

EL ESPAÑOL

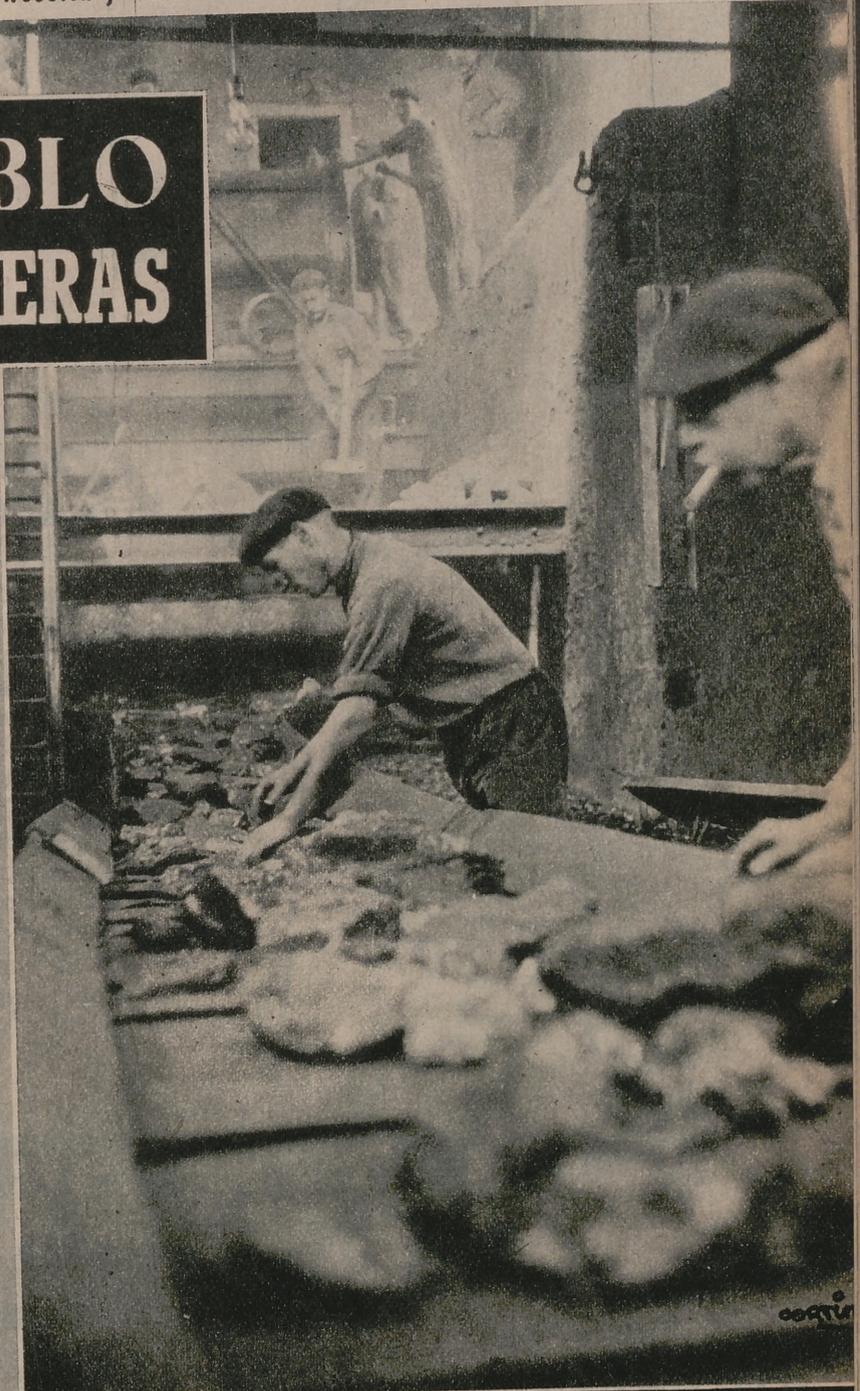
2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 13 - 19 marzo 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 328

UN PUEBLO SIN FRONTERAS

CINCUENTA
PROVINCIAS
INTERCAMBIAN
SUS HOMBRES



LA MISTERIOSA DESAPARICION DEL JUEZ MAYER

Secretos judiciales camino de Moscú.
por Enrique Ruiz García (pág. 58)

EL FUTBOL NO LE IMPORTA A NADIE

Entrevista con Pablo Hernández Coro-
nado (pág. 45)

Castellón, siete veces milenaria, por
Costa Torró, enviado especial (pá-
gina 10) * Las mujeres de Argelia
ante el elemento separatista, por Luis
Antonio de Vega, enviado especial (pá-
gina 15) * En Granada el oro está en
el agua, por Diego Jalón, enviado espe-
cial (pág. 20) * Indigencia del sa-
ber político, por T. Nieto Funcia (pá-
gina 24) * Operación M-U (pág. 27) *
Cartas desde el sur de Francia, por
Jaime Pol Giral (pág. 32) * Por la
causa de la paz, por Tryve Lie (pá-
gina 50) * El cister junto al Tibidabo,
por Gerardo Rodríguez, enviado espe-
cial (página 55)

Las múltiples vidas de Samovar, no-
vela por Sofia Noel (pág. 38)

NO HAY BARRERA SOCIALES EN EL MATRIMONIO



La hora de levantarse

La "Sal de Fruta" ENO es una bebida natural, efervescente y refrescante consagrada en el mundo entero desde hace 85 años. Estimula las funciones orgánicas, elimina los deshechos y depura la sangre. Iguala las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

Cualquiera que sea, será siempre agradable si nos espera el regalo matinal de la cucharadita de «Sal de Fruta» ENO en medio vaso de agua. Tenga un grato despertar que garantice una feliz y provechosa jornada. Empezar el día con el ánimo bien dispuesto, la mente despejada, los músculos ágiles y el espíritu alegre y confiado, es tener ya la mitad del éxito seguro... Ese optimismo se lo proporcionará diariamente la cucharadita matinal de «Sal de Fruta» ENO en medio vaso de agua. Su acción refrescante, depurativa y tónica regula y controla las funciones orgánicas.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

AVIVA CUERPO Y MENTE

ENO se vende en dos tamaños
El grande resulta más económico



LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

UN PUEBLO SIN FRONTERAS

CINCUENTA PROVINCIAS INTERCAMBIAN SUS HOMBRES

NO HAY BARRERAS SOCIALES EN EL MATRIMONIO

VALLE de La Serena es un pueblo de la provincia de Badajoz. Un pueblo limpio, honrado, trabajador y agrícola. Sus hombres tienen fama en los contornos de eficientes, de listos, de fieles y de despiertos. Y sus mujeres también, porque igualmente, y con justicia, les corresponde.

Cincuenta mujeres salieron un día de aquel pueblo extremeño. Y vinieron a servir, como doncellas de primera clase, a los Colegios Mayores Universitarios de Madrid. El Colegio Mayor «José Antonio», el Colegio Mayor «César Carlos» y el Colegio Mayor «Virgen de Guadalupe», en la capital de España, han conocido o conocen la disposición, la limpieza, la pulcritud y la honradez de su trabajo. Un día, un hombre se enamoró de una mujer. El hombre era catedrático; la mujer, muchacha de servir de aquel Colegio universitario. Un año estuvo la muchacha estudiando después en un Centro de cultura



aquello que antes no pudiera aprender en su tierra natal. El hombre, que era catedrático, al finalizar el año, se casó con ella, que era la muchacha de servir. Una auténtica historia de amor, mil veces imaginada por cualquier

ra, se ha hecho realidad en este tiempo.

Si el acontecimiento en sí, sobre todo en la parte primera, puede haber ocurrido en todas las épocas, lo cierto es que hace cuarenta años, tal enlace, la parte segunda, hubiera resultado poco menos que imposible. Era la diferencia social lo que impedía grandemente el matrimonio en muchas situaciones. Hoy, la formación moral, las dotes intelectuales, los conocimientos culturales y, sobre todo, la igualdad en los sentimientos, son los fundamentos primeros que pesan antes que ningunos otros en el matrimonio. Los títulos nobiliarios hacen boda sincera con una universitaria hija de labradores de la más alejada provincia; el obrero especializado de una fábrica de motores o de un centro de hilaturas contrae nupcias con la hija del empresario que viajó por



El comedor de una fábrica recientemente inaugurada

el extranjero; el químico que dirige el laboratorio se enamoró de la inspectora del control de los productos... El hombre y la mujer, su compenetración espiritual, su valor moral, son lo que verdaderamente cuentan. Esto, antes que nada, es signo, afortunado al menos, de nuestra época.

Y si de esta época es señal afortunada la nivelación en la valoración personal de los seres humanos, en el campo sentimental del amor, ocurre algo semejante con el trabajo de los mismos hombres y de las mismas mujeres. Hoy, el hombre que trabaja quiere, ante todo, mejorar sus condiciones de vida; quiere, en un deseo justo, ganar más y vivir mejor. Y para conseguirlo marcha donde mejor se le pague, donde más le ofrezcan por su trabajo honrado.

Si una fábrica fué levantada en Valladolid, el hombre de Cataluña va hasta ella, porque allí ganará más en el nuevo trabajo; si un pantano está en construcción en León, el albañil andaluz tomará contacto con la Empresa constructora y mejorará su condición personal; si una fábrica de paños de Béjar amplía su utillaje, allí podrá encontrarse un hombre de Extremadura que aprendió en Sabadell el oficio.

España es un inmenso campo de trabajo abierto para todos los españoles. Todos, sin distinción de condiciones, tienen en España, dentro de España, el trabajo que mejor les convenga. Las cifras, los hechos y las realidades siguientes así lo demuestran.

DESPUES DE LOS TOROS, EL ARROZ

A poca distancia de Sevilla, arrancando desde la Venta Nueva de Eritaña hasta la desembocadura del Guadalquivir, entre el mar de los trigos y la húmeda estampa de las garbas doradas, se extiende una amplia zona de tierra ríca, fértil y húmeda. Son las marismas. Hace muchos años, aquellas tierras eran tierras de toros, de toros bravos. Los «Pablo Romero» y los «Moreno Santama-

ría» crecían en las marismas, pasaban después, en las ferias de abril, a la Exposición de la Venta de Eritaña, y recorrían más tarde las plazas de lidia más famosas de España. Un día, los toros huyeron de las marismas, y la tierra, criadero de reses bravas, se convirtió milagrosamente, casi de la noche a la mañana, en una zona arrocerá. En «las islas del arroz», más concretamente, como los sevillanos llaman a esas tres islas, Mayor, Menor y Mínima—50.000 hectáreas de cultivo—, que el Guadalquivir forma a su paso por Sevilla, camino del Atlántico.

La conversión de estas tierras no data del siglo pasado. Fué exactamente en tiempos de nuestra guerra de Liberación. Las tres islas estaban antes apenas sin cultivar, un poco olvidadas. Había necesidad de producir arroz, y fueron los Beca, sevillanos, quienes se dieron cuenta que aquellas zonas podrían un día competir con los arrozales valencianos. De las trincheras llegaron entonces capataces y técnicos valencianos. Examinaron el terreno, lo encontraron propicio y comenzó el trabajo. Desde entonces, los valencianos han visto a Sevilla como a una segunda patria chica.

Los cotos arroceros de las marismas tienen nombres evocativos: Rincón de los Lirios, Reina Victoria, Queipo de Llano; en ellos, el obrero andaluz convive con el colono, con el técnico y con el capataz valenciano. Casi todo el personal dirigente vino un día de Valencia. Al principio también vinieron de la región levantina, los hombres de la mano de obra. De Valencia eran las cuadrillas de trabajadores que sobre el agua echaron las primeras semillas. Todavía hoy, en los tiempos de la plantación por el mes de junio, y en la siega, que comienza en septiembre, se reúne en las islas un gran contingente de valencianos, que, al terminar las tareas, volverán a sus tierras o quedarán en las marismas como nuevos colonos. La plantación y la siega son los trabajos que mejor se pagan. En estas temporadas, a los valencianos y andaluces se suman jóvenes extremeños venidos al arroz. En la jornada a destajo, muchos llegan a sacarse sus veinte o treinta duros. El jornal bien vale la pena del viaje.

VEINTICINCO MIL GALLEGOS EN VIZCAYA

En esta fluidez del trabajo, en estas corrientes de hombres de España que van de unos sitios para otros, aparecen los hombres que marchan de Galicia hacia otras ocupaciones que no son las del campo. La industria, en primer lugar; la industria pesada, siderúrgica y metalúrgica de Vizcaya, los llama.

Por Sestao, por Baracaldo, en Basauri, se alzan, impresionantes y severas, las moles pardas, grises o rojizas de las fundiciones. Allí, dentro de las naves espaciosas, pueden escucharse las voces de mando, las conversaciones del trabajo o simplemente las exclamaciones del descanso en el más puro acento de Betancos, de Puentedeume, de Saada, de Oranese, de Lugo o de la misma Pontevedra. Cerca del cincuenta por ciento de la mano de obra empleada en estas instalaciones industriales procede de Galicia. Más de 20.000 hombres han venido de las tierras del Noroeste.

Una gran tradición de obreros siderúrgicos o metalúrgicos se conserva presente y viva en Galicia. Familias enteras, padres e hijos, se han presentado en los talleres de los altos hornos vascos, y allí han aprendido a fundir el lingote, a manejar un tren de laminación y a precisar la dureza o templabilidad de los aceros especiales.

Generalmente, estos hombres llegan atendiendo la solicitud de las Empresas y comienzan, desde jóvenes su aprendizaje. A los dos años son obreros tan diestros y tan magníficos como pueda ser el más adelantado de los oficiales con treinta años de trabajo en la específica técnica de los metales. Y luego, cuando el tiempo pesa, por ley propia y por conocimiento justos, ascienden. Ahí está el caso de aquella familia de Lugo, cuatro hijos y el padre cinco, de los que el más pequeño, a los siete años de trabajo, llegó a ser capataz de su propio padre y de todos sus hermanos.

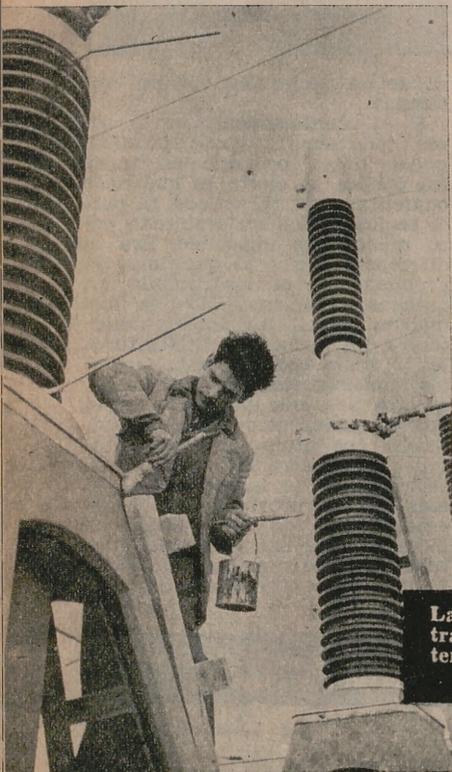
La renovación de nuestra industria siderúrgica privada, acontecida en su mayor parte durante el curso de los dos últimos años y continuada a ritmo intenso en la actualidad dentro de lo que permiten las disponibilidades, que, por otra parte, van siendo, afortunadamente, cada día mayores, ha fraguado principalmente este aumento de hombres de Galicia en tierras vascas. Durante el año anterior, máximo en cuanto a recepción de nuevos obreros en esta rama industrial, Galicia aportó, ella sola, cerca de 1.500 operarios, mientras las restantes provincias, incluida la propia, no pasaron de los 500.

También en Bilbao hay otras obras que han captado hombres de otros lugares de Castilla y de León, por ejemplo. Son las obras del canal de Deusto, actualmente en periodo de construcción intensiva. En medio de las hormigoneras, junto a las caras angulosas, recias y profundas de los vasos, la presencia sería, segura y reposada de aquellos hombres de tierra adentro laborando junto al mar, señala la justa hermandad del trabajo. De sus tierras vinieron a cumplir una misión profesional, a ganar un salario. La oportunidad estaba aquí, y aquí llegaron. España es generosa para todos.

LA EXPEDICION DE LOS HOMBRES DEL NORTE

Si del Oeste al Este y del Este al Oeste marchan hombres a trabajos benéficos, de Norte a Sur ocurre lo propio. Y también, para completar la gran aspa imaginaria sobre el suelo de España, de Sur a Norte, pasando por el Centro.

Cádiz es la ciudad de Andalucía que más ha conocido esta vinda laboral de hombres del Norte a tierras del Sur. Cádiz ha recibido, de siempre, hombres de Santander, hombres de la Mon-



La construcción de las nuevas centrales eléctricas ha permitido el intercambio de obreros en todas las regiones españolas

taña, que han llegado a la luminosa ciudad atlántica a trabajar esencialmente en una misma cosa: en la rama de los cafés, de los bares y de las tiendas de ultramarinos. Los santanderinos ocupan, como dueños, como dependientes o como inquilinos, los mejores establecimientos del ramo. Más de 2.000 montañeses hay en Cádiz dedicados, casi todos, a esta actividad.

En las conversaciones, cuando los clientes piden un chato de manzanilla o una copita de vino generoso, hay siempre una mano, al servir, que puede contar recuerdos del valle del Pas, de Potes o de San Vicente de la Barquera, junto al Cantábrico.

Otra de las actividades ocupadas por los santanderinos, también en Cádiz—aunque ésta sea compartida con hombres de Galicia—, es la de exportadores de pescado. A Marruecos, a Madrid, a Sevilla, a Córdoba y a Granada salen camiones de cinco toneladas, aplanados y chatos, veloces y seguros, llenos de cajas de pescado recién conseguido del mar, dirigidas por empresarios venidos de las montañas santanderinas.

En ambas profesiones juega un papel importante el sentimiento familiar, la tradición y la historia de los antepasados. El padre marchó a Andalucía y le fué bien. El hijo volvió a ir con el padre, y le fué mejor.

Los que trabajan con tesón y sin desmayo tienen la satisfacción del triunfo logrado. Santander en Cádiz lo ha conseguido con creces.

Aun hay otra comarca en España que da, principalmente, hombres para el Sur: es la Rioja.

La Rioja, áspera y bravia, desnuda y violenta, de la sierra de Cameros. De allá van también los hombres para Andalucía. Pero esta vez no se dirigen a Cádiz; se dirigen, con prioridad, a Málaga.

Málaga los recibe y los crea fama, nombre y dinero. Ahí está, por ejemplo, el caso de las historias del primer marqués de Laros: un hombre que salió del mísero pueblo de Rasillo de Cameros y que, en Málaga, conquistó un nombre y una fortuna.

A Málaga llegan los riojanos a trabajar, principalmente, en el comercio y en las industrias de la capital. Quinientos riojanos de aquella región específica residen en Málaga. Ellos, junto con los de Santander, forman la buena expedición de los hombres del Norte que marcharon a las tierras del Sur.

INTERCAMBIO ENTRE LEVANTE Y CATALUÑA

De las costas de Levante ha salido siempre una emigración al extranjero de las de tipo «golondrina». Orán se llamaba el punto de destino. Los emigrantes permanecían en Orán un cierto tiempo y luego regresaban a sus puntos de marcha, después de haber realizado faenas como braceros, principalmente agrícolas. Hoy, este tipo de marcha ha decrecido notablemente, hasta el punto de que es casi segura su desaparición dentro de muy pocos años. La razón no es más que una. El aumento de la industria española, y en este caso, el influjo de las zonas industriales de

El pantano de Entrepeñas, en Guadalupe, donde trabajan dos mil malagueños y jienenses



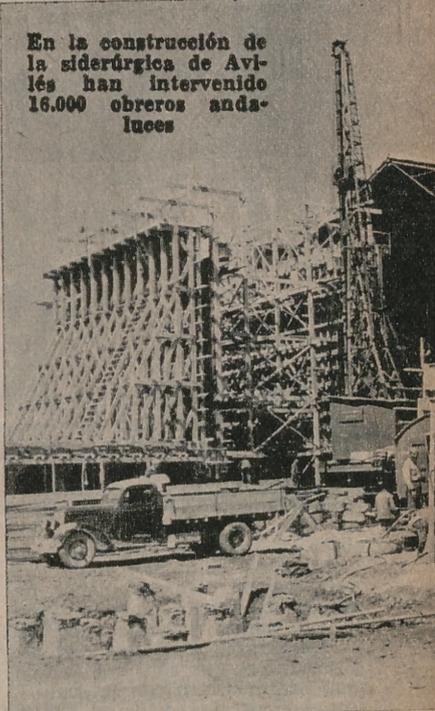
Alicante, Murcia y Valencia hace que el antiguo trabajador que realizaba esta excursión se quede ahora en su Patria. Hay dos argumentos convincentes para ello: de un lado, la industria española le ofrece una ocupación segura y un salario mucho más elevado; de otro, no sale de España, no se ausenta ni pone mar por medio entre él y sus familias, y si es casado, puede llevar a las viviendas que casi todas las Empresas han construido para sus obreros, a la mujer y a los hijos de su matrimonio comenzado.

Por otra parte, Cataluña ha sido, por tradición, un lugar al que han ido los levantinos y, más generalmente, los murcianos. Cerca de 60.000 murcianos hay en la región del noreste de España. La industria textil, puesta en etapa de renovación y ampliación, ha empleado gran parte de estos excelentes operarios. Y en la industria metalúrgica catalana han encontrado ocupación precisa los demás.

Sin embargo, y como ejemplo de que el hombre busca y encuentra hoy su trabajo en donde mejor le conviene, ahí está el ejemplo de la levantina fábrica de calzados de Elda: en ella, la mayoría de sus obreros son de Cataluña.

Cataluña y Levante se intercambian o se prestan operarios de buena clase. Una expansión feliz de la comprensión del trabajo, de la buena voluntad y de

En la construcción de la siderúrgica de Avilés han intervenido 16.000 obreros andaluces



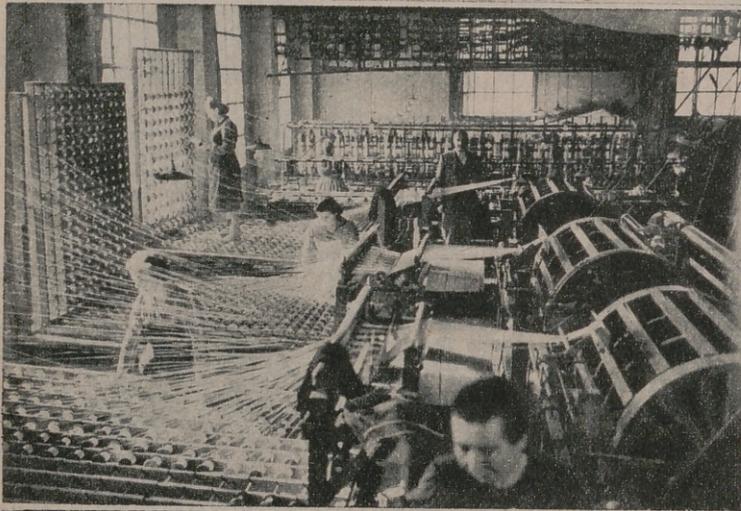
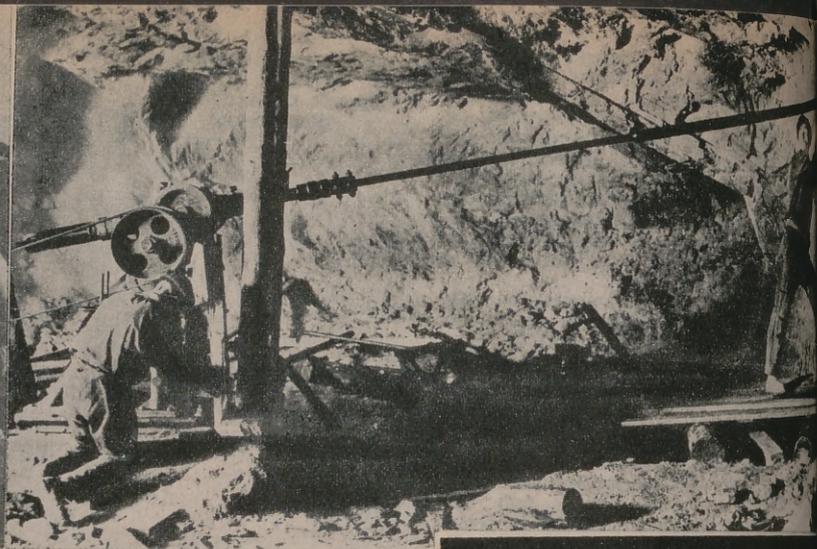
la armonía se está realizando, de esta manera, todas las semanas.

DE LA VID, EL VINO; DEL ARBOL, LA MADERA

En el trasiego de la mano de

Para cultivar el arroz en Sevilla han ido muchos atroceros valencianos





Arriba: En la flota pesquera gaditana se encuentran marineros y armadores de Galicia.—Abajo: Gran número de murcianos marchan a Barcelona a trabajar en la industria textil

A las minas de carbón van especialistas desde los lugares más apartados de España

En las profesiones más dispares, en los lugares más variados, el campo de trabajo está abierto para todos.

CANTEROS DE GEVE EN EL MUSEO DEL PRADO

En Cádiz, además de gaditanos y santanderinos, hay también muchos gallegos, con su sentimiento abierto y noble. Las antiguas corrientes de segadores de la alta y baja Galicia, que llegaban hasta Castilla cargados de esperanza y de «morriña», han cambiado hoy de ruta y de profesión.

Los pescadores de La Coruña, de Santa Marta de Ortigueira, de Muros, de Arosa o de Vigo, cuando salen de sus rías, de sus puertos, prefieren las costas del Sur o de Levante. Por esto, gran parte de la flota pesquera gaditana está compuesta por tripulación y armadores gallegos. En Cádiz o en San Fernando, en las salinas de la bahía, el acento de Galicia se confunde con el deje andaluz. A veces, si la pesca ha sido buena, si el copo sale repleto y la sardina viene cargada, la dulce muñeira se hermana con el ligero y alegre fandango de Cádiz.

Si las sardinas huyen de las costas altas, el fabricante de conservas de Pontevedra o de La Coruña no es hombre que se arredre. Con el personal de su fábrica, levanta anclas y se trasplanta a Valencia o Alicante. Muchas industrias conserveras de esta región del Mediterráneo estuvieron un día abiertas en las costas del Atlántico. Bastantes matrimonios, entre conserveros gallegos y mujeres valencianas o alicantinas, han surgido junto a las fábricas. El amor es, afortunadamente, universal. Y en Levante, como en todas las partes de España, existe y puede verse una demostración tajante y hermosa de acerto.

Más si ahora hay profesiones que han marchado de unos lugares a otros, como consecuencia de esta fluidez en la oferta laboral, perviven otras que lo hacen con motivo de su tradición andariega. Aquí están, por ejemplo, los canteros de Geve. De hace siglos, desde que los grandes templos románicos comenzaron a alzarse en nuestro suelo, los pontevedreses canteros de Geve han sido maestros en el arte de tallar el granito. Nadie como ellos para el oficio. Y a él han recorrido España. Diez, veinte, treinta familias labradoras de la piedra han es-

obra, los hombres que con la esperanza de un mayor sueldo ganado con su esfuerzo menor hacen su itinerario hacia el trabajo, no tienen a veces necesidad de trasladarse a lejanas regiones, a provincias que sólo doblando el mapa coincidirían con la suya. El jornal más elevado y el ahorro en sus jornadas de trabajo lo encuentran con frecuencia dentro de su misma provincia, a escasos kilómetros de su pueblo.

En Huelva, a comienzos de septiembre, en la época de la vendimia, cuando el pámpano se dobla por el peso de los racimos, es típica la clásica estampa del arriero que, desde Riotinto, de Lepe o de Nerva, camina a los pueblos del Condado. Rociana, Almonte, Bollullos y las fértiles tierras de Palma del Condado, aumentan en este tiempo su población. Centenares de familias se trasladan en la época de la vendimia a estas aldeas. El arriero llevará consigo, en algunos casos, a su mujer, y siempre, a sus hijos.

La temporada dura un mes o mes y medio. El contrato de trabajo se establece por el número de bestias que cada arriero aporta.

Almonte acoge a unos 500 vecinos de pueblos colindantes cada año; en Palma del Condado, los forasteros de la vendimia llegan hasta 1.000. Por la mañana, antes de comenzar la tarea, el capataz reúne a sus hombres:

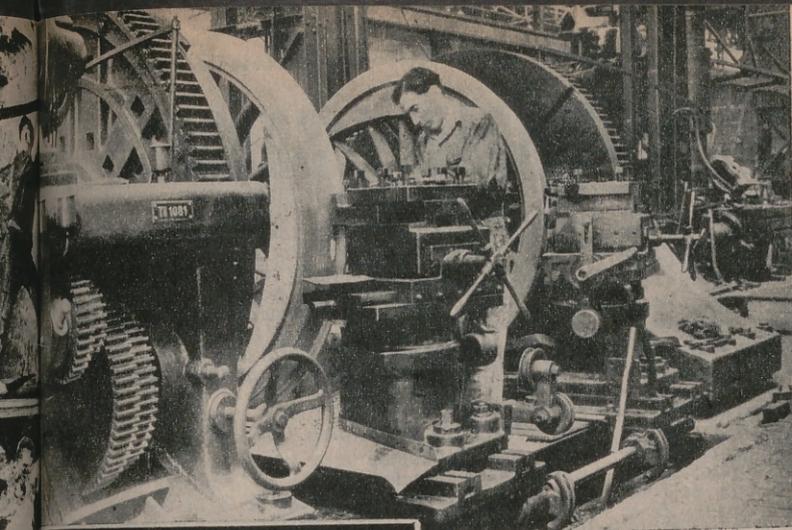
—Tenga; éste es el litro del día.

Un litro de vino, del buen vino del Condado, por cada vendimiante. Es una vieja costumbre de los vinateros de Huelva. Va incluido en el jornal como condición previa y precisa.

Pasando de la viña a la madera, el cortar la leña, aunque parezca lo contrario, no es cosa fácil. También requiere su especialidad, y los especialistas hay que encontrarlos en dos regiones de España: en las Vascongadas y en Santander. Los vascos tienen fama universal.

En determinadas épocas del año, los bosques de Guadalajara ven llegar junto a sus árboles hombres de Santander. Son los hombres del corte y de la tala. Vienen del valle santanderino de Tudanca, del pueblo de Santotis. Allí, en la montaña, se hicieron buenos cortadores y aprendieron a manejar con maestría el hacha.

Los vascos irán hasta el Pirineo, a los bosques de Huesca, al Roncal. La maestría no está sólo en el manejo del hacha, ni siquiera en la fuerza con que se asesta el golpe. A veces, la ciencia del leñador consiste en salvar la dificultad de entresacar los troncos del espeso ramaje. También en esto es conocida la maña o el ardil del leñador bilbaino. Por ello, su presencia se hace indispensable en los pinares de Aragón o en los bosques de Lugo.



La industria metalúrgica y siderúrgica de Vizcaya cuenta con cerca de 25.000 gallegos

tado y están en todas partes donde un gran edificio se construye. Si hace un par de años uno de estos canteros estuvo en Pittsburg, expresamente llamado para el labrado de grandes figuras de piedra, otro miembro de la específica comunidad trabajadora ha estado, hace unos meses, en el Museo del Prado, de Madrid, reparando unas esculturas de los frontis.

Cuando se quiere trabajar y se sabe, el lugar es lo de menos. Todos los talleres, las fábricas o las construcciones están abiertas, como ahora.

DE JAEN A AVILES, PASANDO POR GUADALAJARA

La nueva planta industrial de Avilés ha actuado en estos años de poderoso imán para la mano de obra, especializada o no, de muchas regiones españolas. De las provincias del Sur, principalmente de Málaga, Jaén y Almería, ha llegado el mayor número de obreros para la construcción de los edificios siderúrgicos asturianos.

Andalucía ha sido una de las regiones que más se ha extendido a través de toda la geografía española. Las grandes y modernas presas de regadío del Centro y del Norte conocen muy de cerca la mano de obra de los peones de Almería, de Málaga, de los pueblos de Sevilla y de los de la Alpujarra de Granada. Tres mil jienenses trabajaron en las obras de construcción del salto de Salime en Asturias, que más tarde pasaron al pantano de Barrios de Luna, en León.

Cerca del Canal de Castilla, en la provincia de Santander, se está construyendo un segundo canal, que facilitará el regadío en tierras que hace pocos años eran de secano. A excepción de los técnicos, el personal es casi todo andaluz. Lo mismo ocurre en otras partes. Dos mil malagueños y almerienses, entre otros, mueven las hormigoneras, las perforadoras automáticas o las enormes excavadoras, en el pantano de Entrepeñas y Buendía, de Guadalajara, mientras se levanta el inmenso dique de la presa.

De los veinte mil obreros que trabajan en las obras de construcción de la Empresa Nacional Siderúrgica de Avilés, dieciséis mil llegaron un día de Jaén y de Málaga.

Andalucía, de esta manera, ha contribuido, con el personal esfuerzo de sus hombres, a la riqueza hidroeléctrica de todas las regiones. Es el mejor elogio a su laboriosidad.

LOS COLONOS, HOMBRES INMOVILES

Lo agrícola tiene, también, su lugar en esta sucesión de ejemplos. Y el aspecto nuevo del campo trabajador está constituido por una serie de hombres, mujeres y niños que, habiéndose movido de sus antiguos asentamientos, ya no se van a mover más: son los colonos.

30.123 familias han sido instaladas en fincas colonizadas por el Instituto Nacional de Coloniza-

ción. 269.500 hectáreas, de las cuales 33.500 son de regadío, han pasado a ser propiedad de unos hombres que antes eran aparceros o que cultivaban los pedazos como simples peones. Esparcido por las tierras del Guadalquivir, en Cádiz; por Las Torres, en Sevilla; por la zona de la Violada, en Huesca-Zaragoza; por la zona del Canal de Aragón y Cataluña, en Lérida-Huesca; en las márgenes del río Agueda, por Salamanca; en la zona cacereña del Borbollón, con su pantano al fondo; o allá por el Guadalén bajo, en la andaluza provincia de Jaén, o en el coto de Bornos, junto a Jerez de la Frontera, o en la zona regable del Arroyo Salado de Morón, dando vista casi a la Torre del Oro sevillana, este núcleo humano ha nacido, verdaderamente, a una vida mejor. Algunos vinieron de otros lugares, cuando sus pueblos fueron anegados por las aguas que embalsarían los grandes y gigantescos pantanos construidos; otros ya residían en aquellos mismos campos, en aquellos mismos perfilados paisajes.

Fijos o inmóviles, sedentarios o caminantes, los hombres de España buscan su trabajo mejor, su trabajo que les pueda engrandecer, física y moralmente. Yendo y viniendo, marchando o retrocediendo, el trabajo se encuentra y está, ahí, para todo el que quiera descubrirlo. Esta es, en síntesis, la gran causa de estos movimientos pujantes de trabajadores que van y vienen por los caminos de España.



Las gigantescas obras hidráulicas han movilizado grandes masas de mano de obra de todas las provincias

DOS CONCEPTOS: AUTORIDAD Y SUBDITOS

Es innegable que el concepto católico de autoridad está hoy en crisis. Diríase que en la lucha trisecular del catolicismo contra ciertas herejías morales, disfrazadas de revoluciones políticas, este concepto ortodoxo de autoridad no ha logrado quedar inmune de algún contagio.

En efecto, cierto «populismo» actual que cree en una autoridad procedente, en su raíz última, del pueblo es exactamente lo contrario del sentido católico, según el cual todo poder legítimo procede de Dios y es ejercido por Dios mediante los hombres. «La Religión —dice León XIII— quiere que los ciudadanos estén sujetos a los gobernantes legítimos como a ministros de Dios, y los une a ellos no solamente por medio de la obediencia, sino por el respeto y el amor.»

Este alejamiento de la verdad católica, que se podría identificar con la herejía, es debido al desplazamiento de la doctrina verdadera por parte de algunas clases dirigentes o, tal vez, a cierta desviación lamentable en nosotros mismos, los católicos?

La primera hipótesis, que tampoco en España ha carecido de cierto sentido histórico, dadas algunas épocas que calificaríamos de funestos paréntesis en su historia, queda totalmente justificada en otros países, donde las teorías del falso «modernismo» constituyen la base de los credos políticos. Y no es maravilla que, por ese camino, las concesiones del liberalismo hayan sustraído la autoridad al nombre de Dios para transferirla a manos de los fetiches populares del firmamento bolchevique. Esta fué la extrema inevitable consecuencia del «modernismo», ya que la misma historia se preocupó de enseñarnos que tampoco en un terreno meramente político eran posibles las medias verdades.

Pero, ¿a qué se debe el hecho innegable de que entre los mismos católicos se haya debilitado cada día más el sentido ortodoxamente cristiano de autoridad?

Es posible que una actitud psicológica aparentemente insignificante encierre la raíz de tal decadencia. Nos referimos a esta simple palabra: súbdito, en su contemporánea acepción con respecto a la palabra autoridad. Antes que el mensaje evangélico se hiciera consustancial a las leyes de un Estado católico, modernamente

considerado, el «súbdito» temía a la autoridad como a la manifestación de una autocracia ilimitada, de un absolutismo tiránico, cuya única razón de ser era la fuerza. Hoy, cuando, merced a ese mismo mensaje evangélico, el concepto y los instrumentos de la fuerza bruta han desaparecido, el «súbdito», al liberarse del terror, parece sentirse también menos súbdito, menos sometido, menos obligado hacia el vínculo indisoluble de la autoridad, como pretendiendo olvidar el origen divino del Poder legítimo.

Tanto más ilógica esta postura, esta pretendida independencia, cuando es la misma doctrina católica la que ha prestado a la autoridad toda la dignidad que le pertenece. Exactamente lo reconoce León XIII: «Si la potestad de los que gobiernan las ciudades es cierta comunicación de la potestad divina, por esta misma causa la potestad humana consigue al punto mayor dignidad.»

Es la vuelta pura y simple a la obediencia, al mandamiento de dar al César lo que es del César. Mandamiento mucho más claro para nosotros y entre nosotros, hoy que el Estado católico ha borrado toda autonomía entre el César y Dios, haciendo coincidir la ley política con las leyes morales.

En este nuevo orden del Estado católico queda el católico súbdito ayudado a ver y respetar en la ley la presencia misma de Dios, y en el gobernante el intermediario entre la omnimoda autoridad divina y la absoluta obediencia.

Es cierto que una mayor relajación en el concepto de autoridad es fruto sazonado del liberalismo. Fué el sentido de la autoridad, del poder, de la armonía entre súbdito y gobernante, al que el liberalismo pretendió asestar su golpe de gracia. Al luchar contra la autoridad, luchaba contra la misma razón natural, que por naturaleza exige su existencia, su realización y sus atributos.

Toda obediencia a medias, toda sumisión con reservas para la autoridad legítima, que gobierna según ley, sería tan tristemente liberal como lo sería la tentativa de liberarse de la obediencia a la autoridad y al poder de Dios.

EL ESPAÑOL

De las piedras, pan

ANDALUCES EN BARCELONA

UNA empresa-política que pretenda permanecer implica siempre un propósito de transformación del hombre sobre que actúa. Otras veces se ha indicado que todo régimen con un sentido fuerte del principio de autoridad se justifica si logra una auténtica educación, una transformación en sentido favorable, una victoria definitiva, sobre los principales defectos del país.

El Estado español surgido de la Cruzada ha manifestado en muchas ocasiones su deseo de transformar al país a través de sus hombres. Acaso también opere en ocasiones partiendo de conceptos superiores, espiritualmente más elevados, moralmente mejores que la inmediata realidad. No obstante, nosotros tenemos una profunda fe en la posible transformación de España, a través de la transformación de los españoles. Que-

da atrás como una concepción anacrónica y rural aquel concepto catalanista de los «hechos diferenciales» entre las regiones españolas. La realidad nos demuestra que en España no hay hechos diferenciales. Con frecuencia nos referimos a los vascos y a los catalanes, como prueba de regiones activas, disciplinadas en el trabajo y de alto nivel cultural con relación al nivel medio de algunas otras zonas españolas. En Cataluña casi nunca han sobrado los intelectuales, las genialidades extraordinarias, y frecuentemente concentradas en Madrid, pero el nivel medio de cultura es indiscutiblemente alto. No obstante, repetimos, no hay hecho diferencial. Hoy queremos referirnos concretamente a los andaluces en Barcelona, como prueba evidente que todos los españoles, a través de un oportuno proceso de estímulos económicos y motiva-

ciones culturales, tienen condiciones suficientes para elevar extraordinariamente su nivel de vida. El porvenir de España en lo económico, podemos considerarlo con optimismo si pensamos que el hombre español es un hombre bien dotado.

Frecuentemente se habla de los andaluces como una prueba de la indolencia nacional. La fantasía de los andaluces, decimos, se va hacia lo pintoresco y lo folklórico, hacia la frase y el chiste, pero no cristaliza en empresas fecundas y creadoras. El peonaje andaluz, se afirma con frecuencia por algunos hombres de empresa, no rinde como el peonaje de otras regiones de España. Según el tópico, la máxima aspiración del bracero andaluz, es la alegría transitoria de la taberna o bien la ociosidad «dolce farniente» que se interpreta por los ensayistas, a primero de ellos Angel Ganivet,

como filosofía senequista. Pues bien, nosotros hemos de levantarlos contra esas fáciles concepciones, porque hemos observado el desarrollo y evolución del peonaje andaluz en nuestra ciudad, en Barcelona, acaso no diferente de las que este mi mo peonaje experimenta en aquellas localidades de Andalucía, donde la iniciativa particular o del Estado han levantado factorías y centros de interés industrial.

El peón andaluz, antes de su transformación por los estímulos económicos y culturales de la gran ciudad, no aspira a nada por realismo, en cuanto poco puede lograr a través del ahorro. Además, la realidad ambiente no puede despertar en aquellos hombres la apremiante necesidad de una vida económicamente más alta. El nivel de Barcelona informa a los que fueron braceros en su tierra de la existencia de bienes insignificantes que están a su alcance. Así los observamos afanarse en el trabajo en búsqueda de unos más altos rendimientos y salarios que en su ilusión ya tienen un objetivo, con escalonamiento gradual casi siempre el mismo: gabardina, reloj, traje, aparato de radio, vivienda, muebles.

La transformación del peonaje andaluz en formidable elemento activo que se realiza en Barcelona no constituye un proceso distinto del que se experimenta en Madrid, en Bilbao o en algunas otras ciudades industriales de España. Para nada interviene en esa transformación, el factor temperatura. Los estudios de Willy Heilpach nos demuestran cómo la temperatura en relación con los hombres es en gran medida un dato subjetivo. Cuando en verano de Barcelona nos trasladamos a Málaga, observamos evidentemente un aumento sofocante de calor porque partimos de un estado inferior. Pero cuando no nos movemos de Barcelona también acusamos en verano aumentos sofocantes de calor suficientes para provocar esa euforia flemática, ese aire perezoso e indolente que frecuentemente se atribuye a los andaluces como consecuencia de un determinado clima. Estamos convencidos que ante el incitante de un superior nivel de vida, todos los hombres de España se pondrían a trabajar intensamente en su propia región. Este sería uno de los objetivos a lograr dentro de las tareas políticas del Estado español. La experiencia de Barcelona nos demuestra, repetimos, que no hay hechos diferenciales entre los españoles; pero que existen diferencias de estímulo, diversas motivaciones. El proceso de la industrialización española ha de contar con un peonaje, con unos obreros, con los ojos abiertos a un ideal más elevado de vida. Acaso uno de los propósitos de las Universidades Laborales sea ése. Acostumbrar a nuestros hombres a una vida distinta y mejor que la actual, puede tener insospechadas consecuencias para la entera productividad del país. Pero no se agota aquí el tema que señala el título del presente artículo: «Andaluces en Barcelona». La próxima semana volveremos a insistir sobre diversos aspectos de la cuestión.

Glaudio COLOMER MARQUES

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

INGLES FRANCES ALEMAN

LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

Cursos fonobilingües

Poliglophone

CON DISCOS (corrientes o microsurcal)

SIN DISCOS

La eficacia de nuestros cursos de idiomas no descansa sólo en el complemento de los discos; la amena distribución del texto, de técnica insuperable, hacen su estudio tan fascinador como un juego científico.

"Obsequiamos con un tocadiscos miniatura"



★ **RADIO** Televisión - Cine Sonoro

★ **COMERCIO**

Contabilidad - Tributación - Cálculo mercantil
Taquigrafía - Mecanografía - Redacción

★ **CULTURA** Ortografía-Lingüística

★ **CORTE**

Curso de Corte y Confección FEMINA

★ **DEPORTE**

Fútbol - Judo - Jiu Jitsu

Aprenda lo que ignora

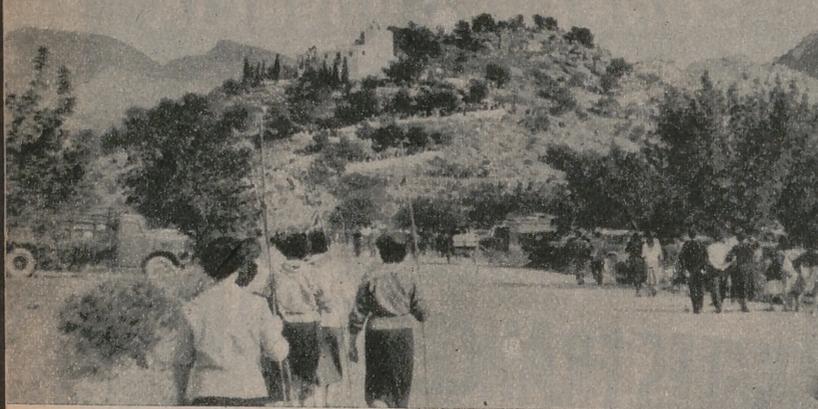


CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.
señas
solicita información **GRATIS** sobre el curso o
cursos siguientes.....

REMITASE A: **CCC** APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

CASTELLON, SIETE VECES MILENARIA



UNA TRADICION
RENOVADA EN
LAS FIESTAS DE
LA MAGDALENA

PROGRESO Y BELLEZA DE UNA GRAN PROVINCIA EN MARCHA

LENTO completamente de viajeros llega el ferrobús. Castellón de la Plana. ¡¡¡Vitol!!!

Las siete veces centenaria ciudad de la llanura, la capital de los labradores jardineros, la limpia y venerable Castalia celebra su Semana Grande. Desde lo alto del campanario están a punto de dar la señal de cohetes, los estampidos al aire desde ese bellísimo «campanar» de la iglesia mayor, tranquilo y separado, que parece un «campanille» florentino o una torre de San Marcos veneciana, a la que ni siquiera faltan las palomas.

Gentes de toda Valencia, de Aragón, de Cataluña, han acudido a la capital castellanense en estas fiestas de la Magdalena en las que se conmemora la fundación de una ciudad que fué plantada con un signo dinámico y de marcha por hombres de cayado y de bordón que quisieron dejarle como símbolo ese del caminante: el cayado, la vara patriarcal que en Castellón ha florecido con luces y hasta con flores, porque en la Plana no hay nada que sea a palo seco, sino que todo, hasta lo más austero, es susceptible de florecer e iluminarse.

Hace siete siglos que los meradores del primitivo burgo del «Castell Vell» bajaron a la llanura para fundar Castellón en medio de la noche y la tormenta con el suelo encharcado que tanteaban a oscuras con cañas verdes y cayados. Así nació, del tanteo y la zancada, fruto de la angustia y los dolores del parto, en la noche y a la espera del alumbramiento, esta luminosa ciudad de bordones: Castellón de la Plana, hija del trueno.

Setecientos tres años tiene ahora Castellón al abrirse la I Feria del Automóvil y del Motor y esperarse la llegada inminente de las avionetas del Real Aeroclub de España. Es lo antiguo y lo moderno que se conjugan: la tradición de las costumbres, los vestidos típicos y las danzas populares y la revolución de los motores, de las ideas de avance y de las hélices.



Arriba: En la falda de un montículo se recorta el ermitorio de la Magdalena.—Izquierda: de la tienda del Rey Don Jaime I.—Derecha: Una gayata en procesión.

Las fiestas empiezan con un acto de caridad en la pérgola del paseo Ribalta, y éste es un buen comienzo, como lo ha sido el que las tómbolas benéficas ya recogieron fondos muchos días antes de la llegada de los festejos de la Magdalena. Luego, inaugura la feria y parque de atracciones, desfila la famosa cabalgata del Pregó.

Quizá sea la poco conocida cabalgata del Pregó castellanense la manifestación folklórica más rica y exuberante de cuantas se celebran en todo nuestro país. Marcha en cabeza una escuadra de batidores con traje de gran gala, llevando la bandera nacional. Siguen dos parejas de dulzainero y tamboril vestidos a la usanza labradora de esta huerta. Luego vienen tres heraldos a caballo que son portadores de insignias con las armas de Aragón y de la ciudad, seguidos de los trompeteros del Rey Don Jaime

el Conquistador. Vienen después los abanderados del «conqueridor» y los caballeros portadores de la «Senyera» y los pendones de la ciudad, tras los que marchan los llamados «cavallers de la conquesta».

HISTORIA VIVA EN LOS «CAVALLERS DE LA CONQUESTA»

A banderados, pajes, escuderos, un alconero y servidores preceden al grueso de los «caballeros de la conquesta», que encarnan a los personajes históricos, que en la cabalgata del Pregó reviven todos los años. Destaca entre ellos Zeit-Abuzzeit, el Rey moro que destronado en Valencia marchó a Zaragoza a ponerse a las órdenes de Don Jaime, y convertido al cristianismo tomó el nombre de Vicente. Zeit-Abuzzeit colaboró después en las gestas del «conqueridor» por las

huertas castellonenses, por lo que fué nombrado señor de la antigua Segóbriga y sus pertenencias.

También desfila don Ximén Pérea de Arenós, lugarteniente general del Reino aragonés e impulsor del traslado de Castellón desde el monte a su emplazamiento de hoy. Don Alonso de Arrufat, el arquitecto que dirigió la construcción del cerco amurallado de Castellón en el llano. Ramón de Patot, maestro general de los Templarios, al que por su contribución en la conquista fuerza entregadas grandes extensiones de terreno. El barcelonés Dalmau de Castellnou, que sitió a Burriana. Don Pere de Vendrell, don Berenguer de Entenza, don Benet de Ciurana, el rosellonés Guillén de Cardona, que vino desde Perpiñán con su escudo de cardos en oro; don Benet de Guimeráns, el noble infanzón de Jaca; don Geliación de Tarba, don Poncio de Torrellas, don Hugo de Fellaquer, maestro de la Orden de San Juan del Hospital; don Guillén de Anglesola y tantos otros caballeros y ricoshombres del Reino de Aragón que están representados en la cabalgata del Pregó castellonense.

Después de todo ese alarde de historia viva vienen las carrozas y los grupos de danzantes con su policromía, los terneros de Morella, muchachas con el cántaro en la cabeza como regresando de la fuente, el cuadro costumbrista de la «Entrá de la tea» y el típico «ball plá», baile llano; la danza de la pandereta, de San Vicente de Piedrahita; la danza de San Jorge, en la que los caballeros llevan un altísimo sombrero de copa; la «Jota de Jérica», el baile perdido o «ball perdut» de las cuevas de Vinromá; una carroza que representa el paso de San Vicente Ferrer por estas tierras; otras con motivos agrícolas y escenas del trabajo en las alquerías; una monumental naranja partida, la célebre media naranja adornada por muchachas guapísimas; jóvenes que representan a los tradicionales acequeros y prohombres de la huerta; guardas rurales, muchachas con cestas de claveles. Mujeres de la huerta con cestas y rosas, labradores con picas floridas, la gran carroza con la reina de los festejos, el «pregoner», que en distintos lugares del trayecto lee el mensaje de comienzo de las fiestas de la Magdalena, y la Banda Municipal como cierre de la brillante comitiva, en la que figuran un millar de personas y más de doscientas caballerías.

Entre música, alegría, disparos de cohetes y de tracas, con la cabalgata del Pregó, dan comienzo oficial las fiestas de Castellón de la Plana.

LAS CANAS COMO BORDON

Por la noche, el ermitaño del antiguo morabito de la Magdalena, que está en lo alto de un cerro distante unos cinco kilómetros de la capital, dispara una carcasa y prende fuego a una «foguerá» en la plazoleta del ermitorio. Es la señal de llamada.



Arriba: Los «Caballers de la Conquesta» desfilan por las calles de Castellón.—Abajo: Ofrenda de flores de los huertanos en la cabalgata de Pregó

A la mañana siguiente tiene lugar la típica «desperta», que inicia el toque de la campana «Vicente», de la torre mayor. Media hora después del toque se disparan potentes carcasas, cohetes y tracas, después de lo cual las bandas de música regimentales y las que de toda la provincia se han reunido en la ciudad tocan alegres pasacalles, con los que llaman a la población a la típica romería de las cañas.

Poco después de las ocho de la mañana el Ayuntamiento en Corporación, presidida por el Alcalde «de la ciutat i terme de Castellón» sale de las Casas Consistoriales y bajo mazas se encamina a la iglesia arciprestal para venerar la reliquia de Santa María Magdalena e invitar al clero a unirse a la romería de las cañas.

En esta romería las autoridades, corporaciones y miembros de la Junta Central de Festejos, llevan, como el pueblo de romeros, una caña verde en la mano.

Venerada la reliquia, en la Plaza Mayor se forma la romería, en la que abre marcha una pareja de guardias municipales seguidos de dos heraldos, de calzón corto, boina y dalmática, con colores encarnado y verde. Estos heraldos llevan mazas con el escudo de la ciudad y orla en cada una de las cuales se lee, respectivamente: «Rey Don Jaime I de Aragón» y «Don Ximén Pérez de Arenós». Seguidamente marchan niños de los establecimientos benéficos, y tras de ellos

los guardias rurales y los miembros de la Junta Central de Festejos.

Un sacristán lleva la cruz alzada, seguido de otro con cruz baja. Junto al sacristán de la romería se coloca un niño que viste hábito de dominico, sombrero de teja y lleva en la mano un farol encendido. Este niño, con otros dos vestidos también de dominicos, pero sin sombrero, es un recuerdo a la famosa institución local de los huérfanos de San Vicente Ferrer.

Siguiendo al clero de todas las parroquias de Castellón van los maceros, la Corporación Municipal, los invitados, la Guardia del Municipio y la banda de música de la Corporación.

Tanto los componentes de la comitiva oficial como los romeros que les siguen llevan en la mano las típicas cañas verdes de esta romería al ermitorio de la Magdalena.

La marcha de la romería se inicia con el canto de la Letanía de los Santos. El itinerario habitual sale de la Plaza Mayor a la de la Hierba, y desde allí, por las calles de Colón y Mayor se encamina al antiguo «Toll», donde se disparan carcasas, morteretes y una larga traca, mientras los guardas rurales disparan al aire sus carabinas. Desde este punto regresa a la iglesia mayor el clero, que no participa en la romería, precedido por el sacristán con la cruz alzada. Una parte del clero acompaña a los romeros hasta el ermitorio de la Magdalena y el sacerdote

te que actúa de preste cambia la capa por el roquete.

Continúa la marcha por el camino «de los Molins» hacia la pequeña ermita de «San Roc de Canet», donde se repiten las salvas y las tracas al llegar la comitiva. Se rezan en la capilla las preces tradicionales y se descansa un rato con la algarazara de los disparos y el alivio de caminantes acostumbrados que suele consistir en higos secos acompañados de aguardiente.

Y otra vez las cañas en la mano para continuar la marcha hacia el ermitorio de la Magdalena, que hace voltear la campana de su torreón cuando los romeros se acercan.

La llegada de los romeros al ermitorio de la Magdalena tiene una especial emoción y, mientras voltea la campana, la guardia rural dispara al aire sus carabinas y se prende fuego a tracas y caracasas hasta que la cúspide de aquel cerro adquiere un extraño aspecto que parece una mezcla de paz y de guerra, con la alegría de la campana y de las gentes, el estampido de las detonaciones, el humo y olor de la pólvora.

COMO HUIR DE UNA TORMENTA

Al pie del cerro se celebra un concurso de carros adornados y caballerías enjaezadas, mientras los grupos de romeros pugnan por entrar en el ermitorio donde se venera el cuadro cornucopia de la Santa Penitente debido, como todo el conjunto ornamental del ermitorio, al pincel del gran pintor castellanense Juan Bautista Forcar, que es el autor del magnífico cuadro, la predela dorada que hoy completa el testero y la policroma azulejería del frontal. A ambos lados del pequeño presbiterio lucen dos artísticos faroles típicos de la artesanía valenciana.

Cumplidas las devociones religiosas, y después de la distribución de los clásicos rollos «madaleneros» la multitud acampa por el monte para dar buena cuenta de sus provisiones.

Después de la comida campestre y el descanso, la campana convoca otra vez a los romeros a oración dentro de la pequeña ermita antes de emprender el regreso a

la capital; otros cinco kilómetros de buen andar.

Al anochecer, en el antiguo «Forn del Plá», la romería de la Magdalena se encuentra con la preparada procesión de penitentes y el brillante desfile de las «gayatas», que en aquel lugar tiene su punto de organización.

La vuelta de la multitud del ermitorio de la Magdalena, en la noche, a paso vivo y con las cañas en la mano tiene todo el simbolismo de la tradicional fundación de la ciudad. Extraña romería que parece llegar en fuga, a oscuras, sin cirios sino con cañas para tantear el terreno, sin más aletes de luz que la llama de una linterna con la que un acólito vestido con hábito de frailecillo alumbrará el paso de un sacristán al que acompaña en la delantera presurca del cortejo. La única imagen sagrada que figura en el cortejo es la del crucifijo que lleva el sacristán en descanso sobre el brazo.

Desde el «Castell Vell» o ermitorio de la Magdalena llega esta comitiva como huyendo de la noche y la tormenta y en los muros de Castellón se encuentra con una luminosa y sosegada línea procesionaria. Son las «gayatas» o gigantescos cayados de luces que salen a recibir a los que llegan.

Hay las gayatas son ramilletes piramidales de luz rematadas por un cayado, pero en su origen eran cayados adornados con lamparillas que llevaba un solo portador. Ahora son mucho mayores, como «pasos» de Semana Santa con muchos portadores, aunque también hay gayatas que lleva un solo hombre, en recuerdo del pasado.

La tradición de las gayatas es muy antigua y arraigada. En los documentos del Archivo Municipal se habla de esos cayados de luces y hasta de algún incidente por el que esa exhibición fue suspendida durante un periodo de siete años.

UN INCIDENTE EN LA HISTORIA

Llegó a ser un espectáculo típico la concurrencia a la procesión de las gayatas de grupos de mujeres penitentes, en hábito de «magdalenas». Con el tiempo se multiplicó tanto su número que

llegaron a constituir un problema, ya que la mayoría de ellas no iban a la procesión enervorizadas, sino para corretear libremente de calle en calle a favor del tapujo del disfraz y de la oscuridad de la noche. Los excesos de esas «arrepentidas» fueron causa de Decretos del Consejo Real y providencias del obispo de Tortosa, don Bernardo de Velarde, quien, resuelto a suprimir aquellos desmanes de tipo carnavalesco, y vista la ineficacia de las advertencias admonitorias, acabó prohibiendo la celebración nocturna de tales procesiones, las cuales, en lo sucesivo, deberían desfilar por la tarde antes de ponerse el sol.

Como la prohibición episcopal se refería a las procesiones del Jueves Santo y de la Magdalena en Castellón, las Cofradías locales, en junta de 25 de septiembre de 1774, acordaron acatar lo concerniente a la procesión del Jueves Santo y, en cuanto a las de la Magdalena, exponer ante el prelado un respetuoso reparo «a fin de que pueda concluirse después de las avemarias para que pueda lucir la iluminación de las gayatas, que en dicha noche se acostumbra».

Ante la negativa del obispo de Tortosa a conceder el retraso solicitado para la hora de la procesión de la Magdalena las cofradías castellanenses, en Junta de 9 de febrero de 1775, decidieron suspenderla y ni en tal año ni en los sucesivos hasta 1781 inclusive salió en Castellón el desfile procesional de las gayatas de la Magdalena.

Por fin, en el año 1782, llegan a un convenio el obispo de Tortosa y los cofrades «para volver a celebrar la procesión en los términos antiguos...» pero acatando las órdenes de S. M. y Supremo Consejo y las del señor obispo.

Diffícil era hacer compatibles estas órdenes con aquellas costumbres, ya que lo ordenado fue que la procesión se recogiese antes del toque del avemaría, y este toque señalaba precisamente la hora del anochecer favorable a lucir las gayatas.

Después de mucho discutir se decidió adelantar un poco la hora de salida de la procesión y retrasar el toque del avemaría hasta que la comitiva hubiera en-



Ya todo ha pasado... con

CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR
Y TONIFICA LOS NERVIOS

C.S. 12898



Carroza de la reina en la cabalgata de Pregó

trado en la iglesia. Aun hoy se practica esto y cuyo origen fue un ingenioso arbitrio popular con el que quedaba a salvo el prestigio de las autoridades y complacidos los deseos de los fieles de Castellón que pudieron así volver a contemplar las luminarias de sus gayatas.

Al reanudarse la procesión a los pocos años volvieron a las andadas los grupos de falsas «magdalenas», por lo que en 1790 el Alcalde mayor de Castellón publica un bando por el que se prohíbe, bajo amenaza de multas y sanciones severas, que las mujeres se disfracen de Magdalena, y sólo permite que concurren a la procesión con aquel hábito «niñas hasta la edad de nueve años y se dirijan con derechura a la iglesia y sigan el orden de la procesión».

LAS «CHIQUETES DEL MENEÓ»

Cuando las gayatas eran llevadas por un solo hombre, alzándolas a brazo, pendían del cayaado unas cintas blancas cuyos extremos eran llevados por parvullas de huecas y rizadas faldas, que revuelan al contonearse las muchachitas. También hoy existen esas niñas del contoneo tradicional y se las denomina «chiquetes del meneo».

Antiguamente, tanto la romería de las cañas como la procesión de las gayatas, se celebraba en el tercer sábado de Cuaresma, pero se trasladó al domingo dicha solemnidad por orden del obispo fray Antonio Salinas, en el año 1793 y así continúa desde entonces. Otra modificación importante ocurrió en 1948, en que se acordó invertir el orden de la marcha en la procesión de las gayatas, haciendo pasar delante al cortejo religioso de las cofradías pe-

nitenciales, quedando para el broche luminoso y final el paso de las gayatas y carros triunfales.

Esta manifestación artística ganó mucho en calidades en los últimos años en que se intercala entre las gayatas monumentales, cada año más bellas, unas carrozas con escenas evangélicas de la vida de Santa María Magdalena. La primera en desfilarse es la ca-

rozza que representa la «Conversión de la Magdalena profana»; luego viene, con gayatas monumentales intercaladas, «La cena en casa de Simón», «Las tres Marías al pie de la Cruz» y «La Magdalena penitente haciendo oración en una cueva».

Al ponerse en marcha la procesión de las gayatas se celebra en plena calle y ante la muchedumbre de espectadores la ceremonia ritual de las «reverencias», que las tres Marías y San Juan rinden, con solemnes genuflexiones al Crucificado de la Cofradía de los Penitentes.



Carroza triunfal en la misma cabalgata de Pregó desfila entre el clamor de los castellonenses

EXALTACION DE LA BELLEZA FEMENINA

A la maravilla de los efectos de luces se une la gracia femenina de los séquitos. Cada gayata tiene su madrina y su florida guirnalda de damas de honor que la acompañan. Esta fiesta procesional parece ser un pretexto para el lucimiento de la mujer levantina que al paso de las gayatas se ofrece a los espectadores al claroosuro centelleante de unos ramilletes de luces que caminan.

Es como una exaltación respetuosa y superior, una exaltación al máximo, de la mujer de la huerta y de toda la Plana. Una exaltación de la mujer que, en esta tierra, parece que sea la medida de todas las cosas de hechura humana realizadas con un sentido artístico.

Ninguna crítica ni grito satírico hay en las gayatas de Castellón, que parecen elevarse a la categoría de las abstracciones artísticas. No representan nada concreto las gayatas, sino que son gigantescos cayados de luces y adornos que no se someten a los acontecimientos del año ni a los motivos de una actualidad transitoria y perecedera, como si en el tambaleo de su luminaria llevasen el misterio de un arte no al servicio de lo temporal, sino de lo eterno.

La ubérrima y envidiable Plana de los naranjos y las huertas hace sentir al hombre la euforia de la vida y crea la necesidad ese tipo de expansiones procesionarias y pirotécnicas de la luz. Es como una alegría vitalista y creadora que se desborda sin los gritos y estridencias con que pudieran hacerlo pueblos preocupados y sombríos que rían de miedo y no de la certeza y seguridad de que lo que en festejos se derrocha tienen que reintegrarlo con creces, y hasta con un menguado esfuerzo humano, los fanalillos rojos de un mar de naranjales o el encharcado de los campos de arroz.

En Levante todo hace sentir al hombre la euforia de la vida y contribuye a que ese hombre deje en su trabajo buenas muestras de la belleza que por todas partes le rodea. Por eso el levantino gusta de una Naturaleza que le ha sido tan pródiga y favorable, y mona sus talleres al aire libre para copiarla mejor.

Si no fuese cosa bien sabida de que es este un pueblo de artesanos que siente, quizá como nin-

gún otro en el mundo, la preocupación por las técnicas bellas, desde la música al fuego de colores; si no fuera cosa bien probada que aquí se destruye para tener nuevamente la ocasión de crear, bastaría la prueba luminosa de las gayatas de Castellón para la certeza absoluta de que es éste un pueblo de maestros en la plural industria de las artes decorativas.

Un silencio impresionante y, de pronto, el estallido de los aplausos al paso de una gayata o de un carro triunfal en el que sonríe la belleza de un ramillete de mujeres. La perfecta armonía de cada uno de los elementos dentro de un conjunto de maestría como de una obra musical del genio levantino en la que fueran notas de luz las luminarias colgantes de las gayatas, que hasta precisan de un tiempo brevísimo para la respiración.

Las gayatas no llevan luz acumulada ni pilas eléctricas, no tienen latas de conserva de luz, sino que se iluminan directamente con energía fresca. Unos largos cables abastecen de energía eléctrica a las gayatas; dos cables que se conectan en la misma calle. Cuando la gayata ha recorrido casi la distancia que le permite el primero de los cables un hombre recoge el segundo y va por delante a conectarlo en la toma de luz, y así, un hilo por delante y otro atrás, avanza la gayata, cuya iluminación se apaga un breve segundo en el cambio de conexión eléctrica.

LA CIUDAD COMO UN SOLO HOMBRE

Al éxito de este singular desfile de luminarias contribuye la ciudad entera de Castellón con todos sus sectores, que rivalizan en confeccionar gayatas cada año diferentes y a cual más bellas. Y también se suman a esta grandiosa manifestación de arte las entidades y corporaciones así hay también la gayata del Sindicato arrocero, la del Gremio de San Isidro la de la Cámara Sindical Agraria, la de la Caja de Ahorros, la gayata monumental de los Sindicatos, las diversas del Ayuntamiento y la gran gayata de la Ciudad.

Con un orden perfecto y un civismo ejemplar se celebran estos festejos populares en los que, además de la Cabalgata del Pregó la procesión de las cañas al ermitorio de la Magdalena y el

desfile de las gayatas, hay también buenas corridas de toros, y este año la I Feria del Automóvil y del Motor, la exhibición aérea de las avionetas del Real Aeroclub de España, el festival del pasodoble, regatas de «snipes» en el puerto, el XI Certamen Literario, en el que actúa de mantener el poeta don Federico Muelas, el Concurso Hípico Nacional, la «gran nit del foc» o noche del fuego, concurso de aeromodelismo y de tiro de pichón, de corte de leña y de albañilería, carreras ciclistas, la XIV Vuelta Pedestre a Castellón, festivales de «ballet», funciones teatrales de gala, concursos polifónicos y danzas... en fin, una muestra casi completa de las actividades deportivas, culturales y artísticas que se desarrollan en la capital de la Plana.

Y todo ello con esa limpieza y sencillez, casi de prestidigitación, que esta ciudad sabe poner en sus cosas. Con esa sencillez y llaneza de Castellón de la Plana, que no se hace propaganda a sí misma, que casi no cuenta su transformación en una urbe que va a parecer de gayatas perpetuas, con su monumental fuente luminosa ante el Ayuntamiento, con los jardincillos de luz indirecta en la nueva plaza del Rey Don Jaime, con las grandes avenidas que se abren a la admiración del visitante, con las importantes obras de nueva pavimentación, con los nuevos edificios públicos, los paseos de palmeras que crecen y el maravilloso Parque Ribalta.

Avance de una ciudad y provincia digna del impresionante apellido del excelentísimo señor don José Antonio García-Noblejas, Gobernador y Jefe Provincial.

Una ciudad que muestra en las calles el esfuerzo de su Alcalde, don Carlos Fabra y Andrés, por darle el rango exterior que merece su historia, sus valores humanos y la riqueza de su arte, de su fértil campo y de su industria tradicional y familiar.

En estos momentos arrecia el estallar de cohetes. Las grandes fiestas de la Magdalena dan comienzo en medio de una sana alegría popular. Una multitud dispuesta, como todos los años, a dar su prueba de orden y sana alegría. Las fiestas comienzan con toda la fuerza del viejo grito vernáculo. El vigor de las tradiciones renovadas. Castellón de la Plana.

!!!Vitol!!!

F. COSTA TORRO

(Enviado especial.)

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

SIDEEA CONOCER

POESIA

ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

Don

que vive en

provincia de, calle

... .., núm.

desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS, un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

LAS MUJERES DE ARGELIA ANTE EL MOVIMIENTO SEPARATISTA

LOS "VIEJOS TURBANTES" Y LOS "JOVENES ARABES" SE HAN PUESTO DE ACUERDO PARA ENFRENTARSE A FRANCIA

Por Luis Antonio DE VEGA (Enviado especial)

A las nueve de la noche en el café de la Rosa Blanca, ¿lo recordarás?

—Lo recordaré. En Tánger hay otro café con el mismo nombre, a la orilla de la Fuente Nueva.

Es un lugar que no recomiendo a nadie. Los que vengan a Argel ya se las arreglarán para buscarlo sin necesidad de que se lo recomienden.

El «Kahua men el Uarda el Balda» está situado, lo escribiré en fenicio para que se entienda mejor, en el barrio de las Uled Nail, que en árabe se dice el Belad men Bentz el Jálua, y por sí todavía hay quien se entera en no entenderlo lo traduciré al español: las Hijas de la Dulzura... ¿Verdad que es bonito esto de las Hijas de la Dulzura?

No pretendo hacer la propaganda al Belad men el Bentz el Jálua—que se la haga si quiere el Sindicato de Turismo de Argel—, pero tengo que reconocer que es preciso, aunque no tanto como el Busbir de Casablanca.

Antes de llegar a Senka el Kebler, que es la lanza urbana que los franceses introdujeron en la vieja carne de la Kasbah, está la que puede denominarse zona de transición. Como en el Islam todo resulta paradójico, el de los afrancesados es el cogollo del separatismo argelino. Son tan separatistas que van vestidos de francés. El europeo que circula por sus calles puede estar seguro de que en ningún otro lugar de Argelia, será tan aborrecido como en los alrededores de Senka el Kebler, donde los árabes llevan trajes iguales al suyo e imitan su manera de vivir.

Las damas musulmanas que hace un lustro ensayaban sus primeros vestidos, adquiridos en los comercios franceses o judíos del boulevard Valéé y del boulevard Gambetta, los llevan con soltura. En todas partes me aseguran que las mujeres argelinas son rabiosamente separatistas, mucho más vehementes cuando sus casas están más próximas a la Europa... Una uled nail de lo más alto de la Kasbah es moderadamente—podríamos decir que instintivamente—separatista... Una muchacha que ha asistido a las escuelas europeas y que habla y

escribe el francés con la misma perfección que el árabe es de un separatismo picajoso, feroz, intransigente.

Es el de estas ilustres y afrancesadas mozas un separatismo difícil de comprender. Parece que, aunque no fuese más que como protesta contra el invasor, debían refugiarse en sus costumbres, en su manera de vivir, repudiar la cultura francesa, en cualquiera de sus manifestaciones, pero no es así. Ninguna de ellas se enamoraría de un rojí ni le entusiasmarían sus proezas. De quienes se enamoran es de los jóvenes pálidos que saben francés, que escriben en los periódicos, conspiran y han acuñado los vocablos Uatán e Istiqlal (Patria e Independencia).

Estas punas han asistido, no sin pena, sino con entusiasmo, al naufragio de una cultura, después de catorce siglos de haber florecido en minaretes esbeltos y en velos delicados, en gummies y en yatañanes curvados, en rumor de colmenas recitando suras sobre las esteras de paja de las coranías, en falucas para la práctica de la piratería.

Los Viejos Turbantes adoramos la civilización occidental del Islam, y tal vez la resurrección—por lo menos de la idea—de la Magnífica República de Cartago obedezca al deseo de que el mundo del Occidente ismaelita no se desvanezca, desapareciendo como una de tantas razas, como uno de tantos pueblos que pasaron por la Historia y se marcharon sin dejar apenas huellas visibles de su tránsito: los asirios, los caldeos, los parthos.

Una zona de transición entre el nuevo Argel y la Kasbah. Yo, mientras no me correspondiera el turno de ir a buscar la razón francesa, le volvía la espalda a la capital de los espaciosos bulevares, a la catedral, al Zoo, a los muelles y a los diques de un enorme puerto, a una ciudad del Mediterráneo europeo que había sido trasplantada al África cartaginesa y en la que no se veían más muestras de la vida sarracena que algunos moros en las colas de los autobuses, leñadoras con la carga vegetal sobre los hombros y los grumetes, amigos



Una mujer en la calle Sidi Abdallah, de la casbah de Argel

de la golfería infantil que nadaba al encuentro de los transatlánticos en solicitud de que los viajeros arrojaran al mar alguna moneda que pescaban hábilmente, entre las aguas, antes de que llegara al fondo.

Para que el que no quiera acompañarme lo deje, diré que iba al barrio de las Hijas de la Dulzura.

—¿Para estudiar el separatismo argelino?

—Precisamente.

QUIEN CONOCE Y RESUELVE LOS PROBLEMAS DE AFRICA ES ANTONIO EL CHURRERO

Si, verdaderamente, los europeos pretendían eternizarse en África, es imposible que se hayan hecho las cosas con mayor torpeza, parece que todo ha sido realizado por espontáneos, por «snobs» Recuerdo que hace unos años regresé de Marruecos atarrado. Europa había quemado la única carta que podía jugar y desdafiaba la que no tenía más remedio que ganar, la Joven Arabe. La insistencia francesa en el error ha dado lugar a tanta sargre y a tanta intranquilidad. Las acertadas orientaciones españolas nos han librado de precipitarnos hacia los mismos abismos.

Entonces fui, contra viento y marea y acompañado por cinco periodistas españoles, a visitar a Abd el Jalak Torres en su casa. Después, bueno, de lo que sucedió después prefero no hablar. Hoy Abd el Jalak Torres es ministro. Los que se irritaron no son nada. Nunca habían sido nada. La papeleta africana no se improvisa, y cada día se complica y se embarulla más, pero yo sé quiénes son los que mejor la entienden. Manolo y Pepe y Paco, que viven en el patio de Trabuco en la corrala de Bab es Saidi, puerta con puerta con Mohamed y con Abd el Kader y con Abdselem, y cuyas mujeres van a pedirles una cabeza de ajo o una cucharada de aceite a Feloma, a Rahma o a Menusa, y otro día van las moras y no llaman a la

puerta, de sus vecinas las españolas, porque ni en el patio de Trabuco, ni en la corralada de Sidi es Saidi se les ha ocurrido nunca a Carmen, ni a Lola, ni a María de la Consolación, cerrar la puerta, y allí entran las musulmanas a decirles que les presen dos tomates, o un poquito de azafrán, o una cebolla.

Y a veces riñen unas con otras, y se injurian, y se cascan las liendres, pero no formando clanes de religión y de raza, sino una mora con otra mora, una española con otra española, o una española con una mora, y después, esas cosas que pasan, que Pepe se amalgama un poco con Rjimo, o el amigo Driss con Pepita, y a nadie le tiene que parecer mal.

Eso es fraternidad y entender el problema, y lo demás, pampalinas para canarios. En el Quad d'Orsay no lo han podido entender, en las Cancillerías tampoco —¡Dios mío, qué cabezas más duras!—, y lo han entendido perfectamente Pepe el Cabrero y Manolo el Malagueño.

¿Que de esta confraternidad la consecuencia es un chico y no saben si ponerle Antonio o Mustafa? No hay duda ninguna, el crío se llamará Antonio; que la consecuencia es una niña, pues se le cambia una L por una B, y una vez de llamarse Luisa se llamará Buisa. Pero si no puede ser más sencillo.

El residente general, el ministro del Norte de Africa, la Cámara de los Diputados, el partido colonialista y monsieur Dupont no han hecho más que enredar las cosas, que ya de por sí estaban bastante enredadas, mientras que Antonio el Churrero lo resolvió con la mayor sencillez del mundo cuando dijo a Menana Drissia:

—¡Qué ojazos más negros tienes!

Antes había tomado té con el padre de la chica, y los dos se hicieron socios del Atlético de Tetuán. Y que en este punto nadie me nueva polémica si no se halla en las mismas condiciones que me encuentro yo, que estoy emparentado con los Yebbur y con los Oddi, que me aprecian mucho. Y yo a ellos.

Y uno en su humildad, también le dijo a una Menana de El Aitun y a una Rjimoararcha que tenía unos ojazos muy negros.

Como Dios manda, señor.

Y a no confundir a Pepe el Cabrero, de Tetuán, con Pepé le Mokó, de Argel, que el primero es un caballero.

(Un inciso: digo y escribo moro y mora, que no tiene nada de despectivo. Es exactamente igual que si a mí me dijese vasco. La palabra entera es vascongado, de la que vasco es un apócope. Moro y mora son apócopes también de mauritano y mauritana, porque la tierra que se extiende desde las negras de Senegambia hasta los arenales líbios se llama Mauritania. Lo que no cometo es la simpleza de dejarme cazar y decir que son bereberes los punco, especie puesta en circulación con fines turbios, ratonera en la que han caído tantos incautos, ni en que tampoco hay un idioma bereber, cuando lo que se habla en las montañas es el cartaginés, el fenicio. Moro y mora—o mauritano y mauritana—, si se refiere a un habitante cualquiera de los países que integraron, en Africa, la República de Cartago, marroquí argelino, tunecino, libio, si se señala al nacido en uno de esos cuatro países respectivamente. El «bereber», dejárselo íntegro para Rabat y para París.

Creo que fui el primero que empezó a gastar el cuño en el diario «Arriba». Lo considero un vocablo extraordinariamente peligroso. Hay que raerlo, rápidamente, de nuestro Protectorado.

(Nuestra Zona es bilingüe. Se habla el árabe y el fenicio—en su modalidad rifa—. El tartamudo, que es lo que significa la palabra bereber, no lo habla nadie.)

LA TRANSFORMACION DE LAS COFRADIAS

Hablaba de la torpeza europea —lo de la invención del bereber no es una torpeza, sino una viveza—la torpeza sería seguirles la corriente—en lo que se refiere al pleito mauritano, si lo que se pretende es darle un plazo eterno a la permanencia en Africa.

Parece como si nuestros vecinos hubieran olvidado una ley histórica, una ley que no ha dejado de cumplirse nunca: todo separatismo, de tipo colonial, acaba triunfando:

El argelino no va a ser una excepción, y menos teniendo en cuenta lo bien encauzado y dirigido que se encuentra... Se tuvo una oportunidad y se desdofó. Inventar a los bereberes fué pa-

sarse de vivos, desdeñar a las Cofradías, anularlas, fué pasarse de tontos.

El separatismo de los Jóvenes Arabes no hubiera tenido necesidad de combatirlo, exasperándolo, con la destitución del Monarca de Marruecos, el destierro de los líderes separatistas de Argelia y Túnez, ni con represiones violentas, ni con senegaleses, de haber sabido cultivar al Viejo Turbante, al cofrade. Con la ley bereber los unieron a todos en un bloque de odio, a los progresistas y a los tradicionalistas, a los que luchan por introducir reformas en Mauritania y a los que las aborrecen, a los que encuentran virtudes en el régimen polígamo y a quienes las niegan.

Es un bloque en el que están comprendidos todos, incluso las mujeres, desde la princesa Nkirchaa (Tesoro), desterrada en Madagascar, hasta la última uleñail de la Kasbah argelina.

Las Cofradías, prácticamente, han desaparecido de Argelia. Y están desapareciendo de Marruecos.

Los fellaghas ya no son aisaus. Son separatistas.

Los titiriteros y las Hijas de la Dulzura no son masauas. Son separatistas. Los nómadas no son chinguitis. Son separatistas.

Los comerciantes no son tileulni ni tijanli. Son separatistas.

Los letrados no son Kitanin. Son separatistas.

Los ricos, los terratenientes, no son darkauas. Son separatistas.

Podría asegurarse que «se les ha hecho separatistas».

En 1928 los Viejos Turbantes veían con malos ojos a los Jóvenes Arabes y oían con malos oídos su programa balbuciente. Que las mujeres salieran de los serralles, que se quitaran los pafuelos que les cubrían los rostros, que se enseñasen nuevas ciencias en las Universidades... Además, hacían extravagancias como la de vestirse de europeos, organizar clubs. Que todo aquello tenía que desembocar en el separatismo debieron verlo hasta los ciegos, y que quienes podían haberlo impedido eran los Viejos Turbantes, amos absolutos de las Cofradías, pudo descubrirlo hasta el Deuxième Bureau.

Aun no habían sonado los vocablos «Uatán» («Patria») ni «Istiqbal» («Independencia»), ni los Jóvenes Arabes tenían un himno, que es mucho más importante que tener un cañón.

Aquellos muchachos constituían un peligro para la tradición islámica. Los Viejos Turbantes renegaban de su política progresista. En las Cofradías los ignoraban... Pudieron disolverse en cuatro románticas algaradas, o pudieron triunfar, eso no se sabe, pero se promulgó la ley Bereber, y en 1930 los Viejos Turbantes se desentendieron de combatir a los Jóvenes Arabes porque consideraron que en aquel punto, el fundamental, tenían toda la razón.

En 1955, o no hay Viejos Turbantes o los Viejos Turbantes son Jóvenes Arabes, aunque parezca una paradoja.

TRES VERSICULOS DEL CAPITULO DE «LA VACA»

En el segundo capítulo del Corán, que lleva por título «La Va-



Mujeres argelinas en el mercado

ca», se encuentra parte de lo que Mahoma recomendó a los creyentes en sus relaciones con las mujeres.

En el versículo 220 defiende a las árabes de la competencia a que las tenían sometidas las idólatras.

«No os desposaréis con las idólatras. Una esclava fiel vale más que una mujer libre e idólatra, aunque sus encantos sean inferiores.»

«Considero este versículo como una protección a la producción autócrata.»

En el versículo 223:

«Vuestras mujeres son vuestros campos; cultivadlas cuantas veces os plazca. Consagrarles vuestro corazón. Temed al Señor y pensad que volveréis a su seno.»

En el versículo 229:

«Los maridos tratarán a sus mujeres con humanidad y no podrán arrojarlas del hogar sin justicia, y nada podrán retener de su dote, a menos que no temiese pasar los límites que ha fijado el señor. No le desobedezcáis. Aquellos que los vulneran son criminales.»

En ninguno de estos tres versículos la esclavitud femenina ni el desprecio hacia las mujeres aparece por ninguna parte. Según se avanza en la lectura del Corán la ternura del Profeta, su deseo de que a las mujeres no se les hiciese ningún mal y de que los hombres fuesen, con ellas, justos y buenos se manifiesta en los capítulos «La luz», «La prueba», «El engaño», «El repudio» y «La prohibición».

Hasta cincuenta y ocho versículos consagrados al tema femenino en favor de la mujer.

Ni Mahoma ni yo somos partidarios de una emancipación demasiado rápida de las mujeres. El que los Jóvenes Árabes no hayan liberado—si se puede decir así—totalmente a los tímidos y bellos rebaños femeninos es lo que más me sorprende de todas las manifestaciones separatistas del Norte de Africa y me hace sospechar que en algún sitio se frena la impaciencia de ellas y la impaciencia de ellos.

No constituye dogma islámico, ciertamente, el que las mujeres no permitan que sus caras sean vistas por ojos extraños, pero si una costumbre establecida por el Profeta. Parecía que lo primero que harían los progresistas sería quitarles esa barrera ligera y peritumada.

No lo han hecho todavía.

Son muy progresistas, pero nada alocados. Comprendieron, o les han hecho comprender, que una gran parte de la población femenina del Norte de Africa no sabe hacer nada útil con sus diez dedos y por mucha capacidad que tengan los barrios privados no las hubieran podido alojar a todas, y que sacarlas de los serrallos para que se metieran en los burdeles, tampoco constituía ningún progreso.

Maravilla lo bien que lo están haciendo. La nueva generación femenina se instruye. Las niñas, cuando dejan de serlo, es decir, cuando ha florecido su granado, continúan llevando el rostro descubierto. Y así para siempre.

Se—por referencias—que toda la ropa interior que llevan las

musulmanas del Norte de Africa es europea. No por referencias, porque lo ve todo el mundo; sé que los jaiques han desaparecido, casi por completo; las babuchas, totalmente, y el pañuelo que les cubría la cara se ha transformado en una gasa sutil que lo transparenta todo.

El cambio total en lo que se refiere a la indumentaria está a la vuelta de la esquina. Cada hermana mayor que vea cómo su hermana pequeña, a pesar del florecimiento de los granados, continúa saliendo a la calle con el rostro descubierto, no encontrará lógico ni justo que, en una misma familia, unas mujeres lleven la cara tapada y otras no, y tirará los velos a la basura.

Las chicas van al cine, saben idiomas, tienen novio, escriben a máquina, forman parte en las manifestaciones, arregnan a los hombres, publican artículos en los periódicos separatistas clandestinos. A unas mozas así va a ser bastante difícil hacerlas salir a la calle con la cara tapada... A ellas, que están dando la cara en todas partes.

Unos jóvenes árabes que me invitaron a tomar el té en su casa no mostraron ningún inconveniente en presentarme a sus hermanas y a las amigas de sus hermanas. Cuando entramos en el salón a ninguna se le ocurrió cubrirse el rostro.

A mí me encantó encontrarme en un grupo de jóvenes instruidas, y en seguida se me ocurrió un centenar de preguntas. Me las tuve que guardar todas. Fueron ellas las que me acosaron.

—¿Viene de la Zona Jalifiana? ¿Qué sucede allí? ¿Es verdad que el Gobierno español permite que se publiquen periódicos nacionalistas? ¿Cómo es Abd el Jalak Torres? ¿Tenéis un servicio de espionaje? ¿Contra quién funciona si todos estáis de acuerdo? ¿Cómo es posible que en un Protectorado haya ministros nacionalistas? Las chicas de Tetuán ¿van al cine?

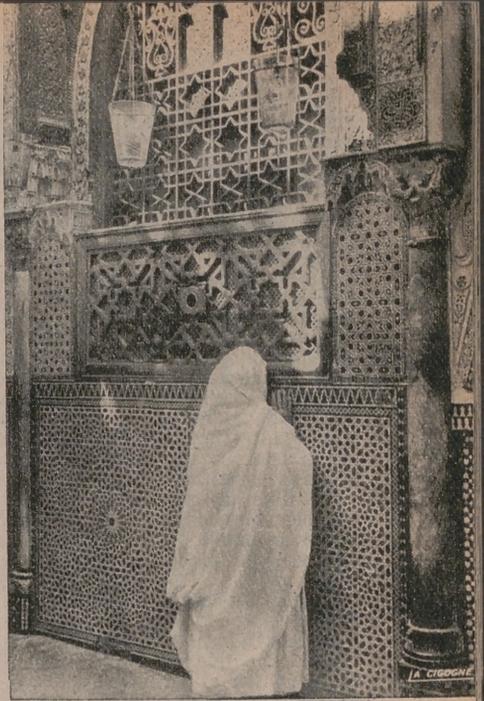
—No vengo de la Zona Jalifiana. Allí no sucede nada de particular. Si en la calle se oye un ruido, podéis asegurar que no se trata de un pistolero que ha hecho un disparo, sino que se ha pinchado un neumático, el Gobierno español no se opone a la publicación de periódicos nacionalistas. Abd el Jalak Torres es un letrado que conoce muy bien su patria y los problemas de su patria. No sé si tenemos o no tenemos un servicio de espionaje. Si lo tenemos, yo no pertenezco ni he pertenecido nunca a él. Por lo que me concierne estoy de perfecto acuerdo con la política que se lleva en la Zona Jalifiana. Es perfectamente viable que en un Protectorado haya ministros nacionalistas. Las chicas de Tetuán van al cine... ¿Puedo preguntar yo algo?

—¿Qué hombre más impaciente! ¿Dónde lo habéis encontrado?... ¡Qué nervioso es!... Que espere, siquiera, a que terminemos de preguntar nosotras...

—Como queráis, guapas.

—¿Por qué no se ha quitado esa cosa rara que lleva en la cabeza?

Me quité la boina. Nos sonreímos todos, pero entonces observé



Una musulmana arcaica junto al Tronco de las Ofrendas



Escena callejera con mujeres árabes de Argel

que las reglas de urbanidad, incluso las más elementales, han variado en Argelia. Lo correcto, lo educado era permanecer cubierto. Y más en una casa extraña.

—Llegará un momento—les dije—en que escribiréis de izquierda a derecha.

—Ya lo hacemos.

—¿Es que escribían así los cartagineses?

Hubo una pausa. Yo me arrepentí, inmediatamente, de haber hecho aquella pregunta, y ellas estaban absortas, desorientadas. Una contestó tímidamente:

—No... Creo que no... Eran puros.

—Selenitas, entonces.

—Sí... Eso creo...

—¿Ponían los emblemas femeninos más altos que los masculinos?

—Tú acabas de decir que eran selenitas.

MI AMIGA JADUSA ANDALUSIA ES CARTAGINESA

Si alguna vez desembarcáis en Argel y sentís curiosidad por conocer a Jadusa Andalucía, subid hasta el Zoco de los Carboneros. Allí encontraréis una calle con unos escalones muy altos, al final hay una plazoleta, con una fuente de mosaicos adosada a un muro. Allí tiene su casa Jadusa Andalucía en un retazo de la Kasbah argelina, en el que encontraréis un piño de pequeños edificios blancos en los que viven las divorciadas y las jóvenes procedentes de los oasis del Medio-día.

En la Kasbah las mujeres se reúnen por clanes, según su procedencia, su edad o cualquier característica que establezca vínculo, situación o parentesco.

Jadusa Andalucía reúne bajo su techo a seis muchachas.

Se llaman Fet-tom, Arkeia, Fatimatu, Rjimo, Sodía y Malica: son seis tempranos frutos del árbol del divorcio. Si no queréis incurrir en las iras del Profeta, libraos de tratarlas mal, pues de lo escrito: «Velad sobre ellas con dulzura, porque son como los pozos que apagan la sed de los caminantes, pero no os detengáis demasiado tiempo a su lado, porque podrían llegar otros nómadas que también estuvieran sedientos.»

Jadusa Andalucía fabrica divorciadas. Peor sería que fabricase ángeles. Las fabrica porque es una buena musulmana y no ignora que Mahoma prohibió que las uled nails fueran célibes para que «no recaiga sobre ellas su propia vergüenza y sí sobre su marido».

Por esta causa cuando no encuentra una muchacha que se halle en la situación civil mencio-

nada le busca un esposo de oficio, dispuesto a presentarse ante el caid a contraer matrimonio con la aspirante a Hija de la Dulzura y al día siguiente de haber cumplido el requisito que libertará al Islam del bochorno de que una doncella se convierta en un pozo que aplaque la sed de los caminantes, requerirá la carta de divorcio, y Jadusa Andalucía podrá recibir a la chica en su casa con la conciencia tranquila.

Jadusa caminaba para sabia. En 1923 asistía en París a los cursos de la Sorbona. Más tarde, su buen criterio de mujer cartaginesa se impuso. ¿Para qué le iba a servir en Argelia un título de abogado o de Filosofía y Letras? Lo pensó mejor, volvió a Argel, se casó, se divorció como Dios manda, compró una casa cerca del Zoco de los Carboneros y montó una industria que, en Europa, hubiera parecido vituperable; pero que en África no tiene nada de vergonzosa.

Como otros reúnen sedas, tebies, quemaperfumes, gummies, Jadusa ha reunido pieles morenas, rostros graciosos, expresivos; pero la selección que ha hecho no me produce ningún entusiasmo. Todas proceden de los oasis del Sur, sirenas de mares de arena, con algo de alimañas salvajes en las que se presiente la traición, la violencia, que no embriagan como un vino de primavera, sino como una droga procedente de sus tierras, pródigas en cáñamo para la fabricación de afián, en brujos y hechiceros.

Jadusa Andalucía me dijo que se alegraba mucho de volverme a ver. Aunque han pasado bastantes años me reconoció. Me recordó que juntos habíamos comentado los escritos de Ahmed Nacash, una especie de Lutero que le salió al Islam y que, por fortuna, no tuvo éxito con su libre examen del Corán y con sus teorías pelagianas.

En poesía no estábamos de acuerdo. A mí no me gustan las blandenguerías de Rabindranath

Tagore que entusiasmaban a la Andalucía. En cambio no se mostraba muy partidaria de Mohamed-ben-Edrín que es mi poeta favorito.

Hablamos primero de su negocio.

—Bien. Los Jóvenes Arabes han vuelto al buen camino y cada vez frecuentan menos a las extranjeras.

—No me extrañaría nada que obedeciese a una consigna.

—A mi tampoco.

Nos miramos, nos comprendimos.

Creo haber sido el primero que hizo observar (en «El Camino de los Dromedarios», página 93) que la cofradía de los amussauas (adeptos de Sidi Mussa que tienen su logia en el barrio de cortesanías de Marrakex y de la que forman parte titiriteros y uled nails no constituía una secta desdenable desde un punto de vista político. El hombre tiene una difícilmente refrenable tendencia a pronunciar palabras imprudentes en momentos de expresiones acentuadas y el oído de la uled nails las captaría, aprovechándolas en beneficio de sus cofrades. No pocos secretos militares y políticos se han conocido, utilizando en todas las latitudes servicios de féminas, mejor o peor remuneradas por la prestación de estas actividades.

Los miembros de otras cofradías podían tenerlas, seguramente las tenían, a su servicio. Los titiriteros eran el telégrafo del separatismo de cabila. Los uled averiguarían lo que les fuera posible averiguar. Si era algo que podía tener un interés de política urbana se lo comunicarían a los Darrakaus y si era algo que tenía que ver con la guerra se lo harían conocer a Ben Kassem. Yo no puedo probarlo, pero tengo la convicción de que las oficinas del Servicio Secreto de Ben Kassem estaban en la casa de color gris de las Hijas de la Dulzura de Marrakex.

—¿Y de éstas si se fían?—le pregunté refiriéndome a las frecuentaciones de los Jóvenes Arabes?

—¿Podrían no fiarse!... Son cartaginesas.

—¿Cómo has dicho Jadusa Andalucía? ¿Qué son cartaginesas? ¿Ellas lo saben?

—El toro no necesita saber que es toro para embestir ni el pájaro que es ave para levantar el vuelo... No sé por qué te digo estas cosas. Probablemente porque eres español. ¿Por qué nos traicionasteis en Sagunto?

—Os traicionamos en Sagunto, pero fuimos heroicos y patriotas en Numancia. Para mí, nuestro mayor héroe nacional no es el Cid ni Almanzor, ni el Gran Capitán, ni Hernán Cortés. Es Viriato.

—Conoce tu mano y tenía oculta.

—No puedo. Me gana la vida escribiendo con ella.

Se me hacía tarde. A las nueve tenía una cita importante en el café de las Rosa Blanca.

—No me marcharé de Argel sin venir a decirte adiós. En mi maleta tengo un libro «El jardín perfumado», del Chejñ Nefzaui. Es una bonita edición hecha en Siria. Vendré a traértelo. Con el bien, Jadusa Andalucía, con el bien.



La calle de las Miradas, en la casbah de Argel

En Vanguardia
de la Moda



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

EN GRANADA EL ORO ESTÁ EN EL AGUA

Los andaluces sólo son
poco trabajadores
cuando no hay trabajo



EN ALQUIFE Y EL MARQUESADO SE CALCULA UNA RESERVA DE 50 MILLONES DE TONELADAS DE HIERRO

ANDABAMOS por la zona costera de Granada. Y habíamos contado ya el planteamiento y el final feliz del drama de Motril, que, como decíamos, podría titularse «La riqueza y la ruina de la caña de azúcar».

Bien; pues, aparte la afortunada solución de los nuevos regadíos, queda aún un epílogo que redondea el venturoso desenlace del asunto, que completa el iniciado resurgimiento de Motril: el I. N. I. va a instalar una fábrica de obtención de celulosa, aprovechando el «bagazo» de la caña de azúcar, ese residuo estropajoso que queda después de sacar a los tallos el jugo.

Tampoco es difícil imaginar consecuencias: demanda de mano de obra y altos salarios industriales.

¡Tres mil trescientas hectáreas de nuevos regadíos y nueva fábrica! ¡Adiós alegre a las vacaciones largas y duras del pueblo de Motril!

Adiós alegre, sí; que los anda-

lucos sólo son poco trabajadores cuando no hay trabajo.

Resuelto su problema con los regadíos y la fábrica, Motril entrará en los próximos años en una época de auge que seguramente duplicará su población.

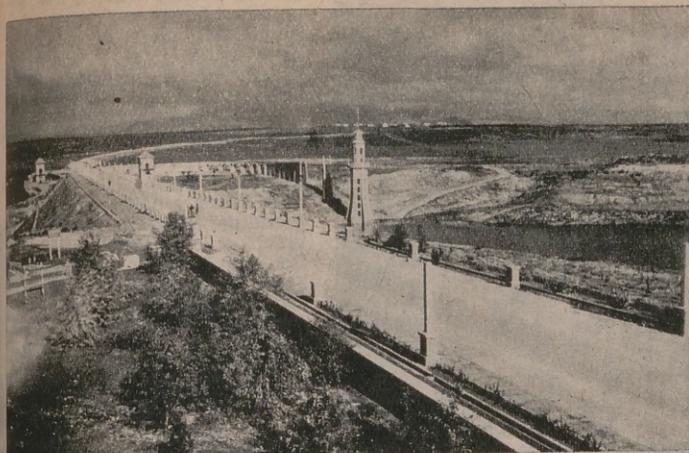
**MAS DE TREINTA AÑOS
SEGUIDOS DE ALCALDE.
FERNANDO V NUESA,
HOMBRE FUERTE DE
SALOBREÑA**

De Motril a Salobreña hay siete kilómetros, y merece la pena recorrerlos, aunque se tenga que ir a pie. Porque desde la carretera, que corre por en medio de las plantaciones de caña se divisa casi a tiro de piedra el mar; porque Salobreña, subido —¿cómo no!— a un breve y agudo promontorio de rocas, es un pueblo precioso y un estupendo mirador para contemplar la vega y la costa; y por último, porque el Alcalde de Salobreña, auténtico «hombre fuerte» de esta Cuba granadina, lleva más de treinta años ocu-

pando un cargo renovable, o que, al menos, fuera de este término municipal lo es: el de Alcalde.

Trepa el coche, hasta donde puede, por la empinada subida a la plaza Mayor de Salobreña. Casas blancas, muy limpias, asentadas por un verdadero prodigio de equilibrio —vaya mi más cordial enhorabuena a los maestros de obras que las alzaron— sobre roca viva. En alguna, al pasar, surta una radio. ¡Ah! Salobreña tiene un cine de categoría: el Yusuf; proyección, todas las noches; aforo, 2.000 personas, y apretando las sillas, que no son fijas, sino de tijera, y «a colocar a discreción» seguramente más.

Mientras avisan al Alcalde, desde el mirador del Casino contemplan las cañas y el mar. Se han abierto las nubes y luce el sol. El verde de las cañas tiene, ahora, reflejos amarillentos. A trechos descubro entre el cañaveral unos rectángulos de un verde azulado. Son matas de claveles, plantaciones de claveles, otro de los culti-



Pantano de Cubillas, por cuya coronación pasa la nueva entrada a Granada por la carretera de Madrid

vos característicos de Motril. El mar brilla bajo el sol. Sobre su azul intenso se recortan unas manchas irregulares: las sombras cambiantes de las nubes. Y pasa por él, allá lejos, la negra silueta de un barco.

Aquí llega «el hombre fuerte», aquí está, alto, delgado, correcto, con la sonrisa excesivamente blanca de una dentadura postiza —¡perdón, si me equivoco!—, con una mirada inteligente y experimentada, don Fernando Vinuesa, Alcalde de Salobreña desde hace...

—Ahora, unos treinta y tres años. ¿El secreto? Ejercer la autoridad con un sentido paternal. —Y al cabo de tan dilatada experiencia política, ¿cuál es, para usted, la máxima clave del arte del gobierno?

No duda un instante.

—Mantener el principio de autoridad. Sin duda alguna.

Comiendo luego en La Casita de Papel, emplazada frente al mar, muy cerca de Motril, hemos echado cuentas, hemos repasado un poco a la ligera, desde luego, los cambios políticos ocurridos en los últimos treinta años en todo el mundo. Enrique Díaz Abellán, que me acompaña en el viaje, Emilio Rodríguez, que nos conduce, y yo, hemos llegado a una fácil conclusión: seguramente no hay en ningún sitio del globo nadie que lleve tanto tiempo de Alcalde. Ni, por supuesto, en España, otro que haya remontado, vara en mano, el peso de la Monarquía, el paréntesis de la Dictadura, la proclamación y el desastre de la República, la guerra... Es un récord nacional y mundial de permanencia...

Al comedor llega un torrente armonioso de música. La «Sinfonía del Nuevo Mundo». Todas las mesas están adornadas con ramos de claveles. Es limpia y luminosa y acogedora La Casita de Papel.

Rodamos de vuelta a Granada, dejando a nuestra espalda una costa, breve y bella, donde, a la altura de Calahonda y Castell de Ferro, se dan, cubiertas bajo suave y cálida arena de playa, las cosechas más tempranas de pimientos, de tomates, de berenjenas, que se llevan a «precio de oro» grandes camiones de Barcelona, de Francia... Costa granadina donde, a la vista de la helada blancura de las nieves per-

petuas del Veleta, el Caballo y el Mulhacén, nace, en Almuñécar, la blanca pulpa, dulce y carnosa, de la chirimoya. Donde podría cultivarse el plátano, y quién sabe si la piña tropical.

Adiós, Salobreña. Adiós, Motril, convertido hoy en un símbolo del camino por el que Granada aumentará su riqueza: creando una industria basada en su agricultura.

EL ALBAICIN, IGUAL Y DISTINTO

Llegamos a Granada casi un par de horas antes de la puesta del sol. Con tiempo para subir a contemplar la ciudad y el atardecer desde la plaza de San Nicolás, en el Albaicín.

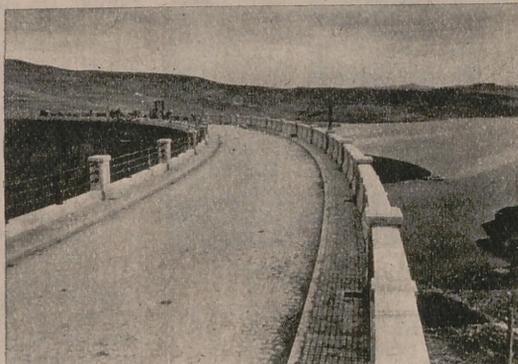
Subir por Reyes a la plaza Nueva y de ésta seguir por la carrera de Darro arriba, por la que el río corre al aire libre, cruzado a trechos por toscos puentes de piedra tendidos hacia el monte, sobre el que se asienta la Alhambra, y tirar luego por cualquiera de las calles que, a mano izquierda, inician el laberinto ascendente del Albaicín, es remontar la historia, pasar de los tiempos posteriores a la Reconquista a los tiempos primeros de la dominación árabe.

El Albaicín conserva, al decir de Gallego Burín, «en su conjunto y con relativa pureza, su aspecto típico original y su disposición urbana puede decirse que es la misma que presentaba en la época morisca...». Estamos, pues, en una antigua ciudad mora.

Calles, a veces rectas, a trozos curvas, que desembocan en otras idénticas o mueren, sin salida posible, de cara a una fachada estrecha o a la vuelta de una es-



Presa del pantano de Bermejales, sobre el río Cacin



Vista del pantano de Bermejales, que regará 7.000 hectáreas

quina imprevista; calles en las que sería inútil buscar razón alguna de nivel en el suelo o de paralelismo en las paredes y para cuyo trazado irregular, primitivo y fantástico no encuentro mejor comparación que los propios arabescos de la escritura de sus primeros moradores. Sí; el Albaicín está escrito en árabe. Todo el barrio es igual. Tiene

Viviendas construidas por la Obra Sindical del Hogar





La Carrera del Darro, típica estampa de la vieja Granada



Torres Bermejas vistas desde el Albaicín

perfiles y colores constantes: el empedrado con guijarros de río, que invita al paso lento, a un noble andar sosegado, de señores; las casas íntimas y, a la vez, abiertas por sus puertas y sus ventanas al más leve susurro de la calle; todas cuidadosamente enjalbegadas, como hechas de escayola para que el conjunto urbano resulte lo más parecido a la blanca filigrana de un enorme ataurique que adorna, cubriéndolo, el monte...

Todo el barrio es distinto. Una calle encuentra su signo peculiar en el perfecto arco de herradura, pálido y carcomido ya el ladrillo, que enmarca una puerta; a otra, la hacen más profunda y más angosta los agudos conos de unos cipreses que se elevan tras las altas tapias de un «carmen» cerrado; una plazuela se define por un aljibe moro que tiene en un rincón; al fondo de un pasadizo se dibujan las almenas de unas murallas...

Desde el mirador de la plaza de San Nicolás, en lo alto del Albaicín, Granada se ofrece como una tentación. Bajando la mirada, a los pies del espectador, la apretada colmena sin geometría del Albaicín, llena en el atardecer de un zumbido alegre de gritos infantiles. Enfrente, separada por el tajo del Darro, invadido de las primeras sombras violáceas de la noche, los últimos rayos del sol orifican las murallas de la Alcazaba, incendian las torres Bermejas. El Generalife y la Alhambra empiezan a disol-

verse en una tenue neblina gris. Al fondo, sobre las cumbres de Sierra Nevada, la nieve se colorea con un tono rosado de rescoldo frío. Y allá lejos, allá abajo, el verde de la vega llana se tiñe del oscuro azul de la noche. Se borran poco a poco en él las manchas blancas de los cortijos. La ciudad pierde sus límites, se mezcla en la penumbra con el campo. Un picacho de Sierra Elvira adelanta la puesta del sol. Sus últimos rayos llenan de sangre el algodón de una nube. Empiezan a brillar las primeras estrellas y se encienden las primeras luces. En el Albaicín queda todavía una estela de claridad solar pegada a la blancura de las casas.

El Albaicín, más que un barrio, es una ciudad; una ciudad inserta dentro de otra mayor, como esas naranjas diminutas que aparecen enquistadas coronando algunas especies de naranjas grandes. Con sus comercios, con sus tabernas, con su central telefónica y su cine, viene a resultar en este aspecto de núcleo urbano «autosuficiente». Y de hecho hay gentes que viven en él días y semanas sin bajar a Granada. Sin bajar, pero con la tranquilidad de saberla muy cerca, de tenerla «al alcance de la mano». Y para mí es ésta una de las claves de la personalidad del Albaicín, del peculiar ambiente que se respira en él: que lleva siglos contemplando desde su altura, con esa mirada al par afectuosa y crítica de los padres, cómo se desarrolla y se embellece, cómo vive Granada.

Al final de la calle del Almirante, cuya bajada facilitan unos amplios escalones, en un recodo alumbrado por un bello farol —por uno de esos bellos faroles del Albaicín que salen como briznos tendidos de los indecisos esquinazos de las blancas paredes y que están pidiendo una verdoosa luz de gas—, hay detrás de unas rejas una imagen de la Virgen de las Angustias. A sus pies arden unas velas. A sus pies se arrodillan a rezar unas mujeres. Y los hombres, al pasar, se santiguan y se detienen un instante.

Toda Granada esta llena de imágenes de la Virgen de las Angustias. Toda vive transida de un fervor apasionado y serio,

de una fe tan familiar como respetuosa hacia la Virgen de las Angustias.

HACIA GUADIX: CASAS Y CUEVAS

La segunda salida, desde Granada, nos lleva al umbral de otro panorama de la región granadina, a las puertas de su zona más llana y más seca: la comprendida en ese brazo de la provincia que de Guadix a Baza, de Baza a Huéscar, avanzan entre Jaén y Almería hacia Albacete y Murcia. Zona «más llana» y «más seca», lo que no quiere decir —pues que pertenece a Granada— que no tenga también más o menos próxima en su horizonte la recortada silueta de cualquier sierra, ni que falte en ella el oasis fértil de alguna vega.

Sube la carretera, a la salida de Granada, curva tras curva. En El Fargue diviso una colonia de casitas, de hotelitos, de aspecto inmejorable. Pregunto a Emilio.

—Es el grupo de viviendas «Nuestra Señora del Pilar», construidas por los Sindicatos, por la Obra del Hogar. No me sorprende la respuesta. No es raro encontrar, en cualquier punto de la geografía española, un grupo, mayor o menor, de casas levantadas por la Organización Sindical. En la provincia de Granada, a las 590 viviendas construidas se van a sumar este año 687 de las llamadas de renta limitada y 260 de tipo social, correspondientes todas ellas al plan de mayo de 1954.

Pasamos Huéscar-Santillán, donde la repoblación forestal ha vestido unos montes con el verde nuevo de los pinares; el paraje solitario de los Dientes de la Vieja, donde, según dicen, solían asaltar a las diligencias los románticos bandoleros del siglo XIX; la bajada del Molinillo, entre tierras de color morado...

A mitad de camino surgen ya claros amplios entre los montes. anticipan el nuevo paisaje los llanos de Diezma. Y en ellos, algún corro grande de árboles frutales. Rebasado Diezma, Purullena, pueblo de cuevas, preludio de las cuevas de Guadix.

La cosa es muy conocida; ya lo sé. Pero nunca está de más, para evitar falsas interpretaciones, insistir en ello. Es el caso que no son estas cuevas toscas cavernas arañadas en los montículos por la miseria. Son viviendas bien acondicionadas, limpias, ventiladas, espaciosas. que pobres y ricos, ricos y pobres, excavan, siguiendo una tradición muy antigua, en la tierra Si, he escrito «ricos», porque, tanto en Purullena como en Guadix, hay cuevas que resultan, valga la expresión, verdaderos palacios subterráneos.

Está Guadix presidido por los muros de su antigua alcazaba y por el campanario de su catedral, ligeramente elevado sobre una vega que riega el Fardes. Encaja, por lo tanto, en el patrón urbano más puro, más clásico, del que fue Reino de Granada: la fortaleza árabe, la catedral cristiana erguida sobre lo que fue mezquita y la ciudad empinada, de puntillas, lanzando a la vega, densa y javán, la mirada vigilante de los mil ojos de sus ventanas.

UN CASTILLO JUNTO A LAS MINAS

Saliendo de Guadix por la carretera que lleva a Almería, y pasados dos pueblecitos que se alzan frente a una zona de pinares, Esfiliana y Alcudia, se abre a la izquierda el horizonte. Empieza la zona llana, la que sigue hacia Baza y Huéscar para terminar, en el límite extremo de la provincia, en la sierra de La Sagra.

Parda llanura, extendida aquí en los llanos del Marquesado, a los pies de Sierra Nevada. Tierras rojizas, tierras amarillentas, cielo azul y cumbres blancas.

Sobre una eminencia, a cuya espalda y como buscando el amparo de sus fuertes muros, se cobijan las blancas y pequeñas casitas de un pueblecito, se alza orgulloso el castillo de La Calahorra. Un bloque macizo de aspecto inexpugnable, que encierra un palacio lujoso, construido, contra la prohibición real de «fortificar» residencia alguna, por el rebelde marqués del Zenepe, después de la conquista de Granada. Y junto al castillo, tras él, un importante distrito minero, una cuenca «de hierro».

De La Calahorra a Alquife nos cruzamos con algunos mineros. ¿Todos vestidos de un color marrón rojizo? No; todos impregnados del oscuro polvo marrón rojizo del mineral, de la hematites. Y conforme avanzamos hacia la primera de las minas —hacia la concesión de la Compañía The Alquife Mines—, el suelo y los árboles y las fachadas de los edificios aparecen teñidos del mismo color.

Tiene esta mina una condición poco frecuente. Es a la vez mina subterránea, con sus profundas galerías y sus encofrados, y explotación a cielo abierto.

Han excavado un enorme espacio, que por su traza circular y sus paredes escalonadas ofrece el aspecto de un descomunal anfiteatro, de una monstruosa plaza de toros hundida en la tierra. Por una vía que desciende describiendo una amplia curva hasta el fondo bajan vacías las vagonetas. A cargar el mineral que arranca directamente del suelo una excavadora. O a cargar tierras que todavía es preciso eliminar para ampliar el anfiteatro, para dejar al aire otras superficies explotables. Y suben unas con su pesada carga de mineral, otras con su estéril carga de tierra por otra vía paralela a la anterior. Cuando alcanzan el borde, la cima del gigantesco embudo, una mano misteriosa —porque funcionan sin conductor— divide sus rumbos, marca sus diferentes destinos. Las «fendidas», a la derecha, a depositar su carga al pie de un edificio. Las «estériles», a la izquierda, a lanzar la tierra en la cumbre de una montaña artificial que va formándose con los desperdicios del gran hoyo.

Desde una torreta de mandos se dirige el movimiento de las vagonetas. Produce una extraña fascinación su impasible, su lento y monótono subir y bajar automático.

Junto a esta mina, repartiéndose con ella el inmenso hígado —que tiene color de hígado este



Panorámica de Guadix, ciudad mitrada, en medio de una vega rica

mineral—oculto en la tierra, hay otra: la que explota la Andalucía de Minas. Entre ambas totalizan, según se calcula, una reserva de unos 50 millones de toneladas de mineral de hierro.

Al regreso, ya oculto hace rato el sol detrás del macizo de Sierra Nevada, los muros y torres del castillo de La Calahorra, a la luz violácea del anochecer, parecen hechos de mineral de hierro. Flota sobre los pueblos una neblina azulada. Brilla en lo alto de las cumbres el perfil de la nieve, y la oscuridad se extiende por el llano.

EL ORO EN EL AGUA

En Granada, el oro está en el agua. No me refiero a las famosas pepitas del Darro, aunque algunos sigan cribando las arenas del río con la misma paciencia oriental que debió animar el monótono zarandeo de brazos de los buscadores árabes. Quiero decir que en esta provincia, cuya riqueza más importante es la agricultura y cuyos terrenos más productivos son, naturalmente, las vegas grandes o pequeñas que se extienden aprovechando los huecos que dejan, entre sí, las montañas, el verdadero, el auténtico oro, es el agua.

Riegan bien, muy bien, los campesinos en Granada. Tienen, detrás, la estupenda tradición regante de los moros. «Aquí—me dicen—son capaces de regar, aprovechando con acierto hasta la última gota de agua». Pero ocurre que gran parte de las acequias que riegan las vegas granadinas se conservan tal y como las dejaron los árabes: hábilmente tendidas pero sin un revestimiento interior que impida considerables pérdidas de agua—de oro—por efecto de las filtraciones. Y ocurre, también, como es lógico, que todavía se puede aumentar el regadío en la provincia construyendo pantanos y mejorando canales y acequias.

Por fortuna para la provincia de Granada, se están haciendo en este sentido cosas nuevas de tanta envergadura como los dos pantanos de Cubillas y Bermejales, que ya han empezado a embalsar. El primero, muy cerca de la capital granadina, aprovechando el caudal del río que le da nombre, pondrá en riego 3.000 hectáreas y mejorará el regadío ya existente de 2.432, todo ello en las zonas de Pinos Puente,

Albolate, Atanfe y Fuente Vaqueros. El segundo regará 7.000 hectáreas con las aguas del río Caira.

Las 10.000 hectáreas de nuevo regadío, que suman ambos pantanos, suponen 200.000 marjales más de vega. Y unidos a las tierras beneficiadas por el canal de Huétor Tájar y a las que fertilizarán los regadíos de Motril y Salobreña—de los que ya hemos hablado en el reportaje anterior—y contando que no es mucho, que cada uno de estos marjales aumente su riqueza en mil pesetas anuales, el resultado final son 300 millones de pesetas anuales a sumar en el haber de la provincia.

¿Hay, o no, razón para imaginar estos dos pantanos, como dos brillantes embalses de oro, del oro líquido del agua?

Uno de ellos, el de Cubillas, va a extender el gran pañuelo azul de sus aguas a las puertas de Granada. La nueva entrada a la capital, por la carretera de Madrid, pasa por encima de la coronación de su presa. Granada, dentro de muy poco, recibirá al viajero de esta ruta—de la ruta que viene del corazón de España—con el simbólico introito de un lago. Y la cosa, para quien sepa verla, será como una estupenda advertencia preliminar como un gran letrero que avise al que llega: «¡Atención, amigo! Entrás en una ciudad maravillosa, en una ciudad nacida del agua—que el agua que riega su vega le dió vida—, abrazada al agua—que estrecha en su seno el cauce de un río—y rematada por el agua—que también son agua las nieves de las cumbres.»

Hay más. Se ha iniciado ya el estudio de dos nuevos pantanos: los de Quéntar e Iznajar. Y poco a poco, se van revistiendo muchos miles de metros de viejas acequias. Poco a poco, porque las obras, en verano por los riegos, en invierno por los fríos, no pueden mantenerse a un ritmo continuo. Sin contar, además, que se trata de labores caras. Que se lo pregunten a la Obra Sindical de Colonización, que está realizando en Beznar, en Ranas y Rapales de Guadix unas obras de este tipo. Que se lo pregunten y se lo agradezcan, que bien lo merece.

Diego JALON

(Enviado especial.)

INDIGENCIA DEL SABER POLITICO

Por T. NIETO FUNCIA

SE dice con mucha frecuencia que los problemas políticos más comunes en el mundo de hoy son reducibles a un problema genérico de educación. Todo sería cosa, según esto, de alcanzar en cada pueblo niveles medios de educación cada vez mayores. Elevar el nivel de educación supondría solvencia de juicio, serenidad, congruencia y hasta altura de miras por una comprensión más profunda de los vínculos que unen el interés propio y exclusivo de cada uno a los intereses generales de manera estricta e inmediata o por vía de repercusiones previsibles. Decir que los problemas políticos más acusados hoy son reducibles a un problema genérico de educación es admitir que nuestro tiempo tiene resueltos sus problemas en las esferas superiores de pensamiento o concepción y que no faltaría sino elevar el nivel medio de la capacidad de entendimiento entre todas las gentes, es decir, hacerles llegar eso que es ya una conquista plena en aquellas esferas superiores. Ahí, bien, esto es de todo punto insostenible. Si circula con facilidad aquel juicio sobre la importancia de los problemas de educación es porque se salta sobre el significado de tal juicio o sobre estas implicaciones. Esa opinión nace, en efecto, en el seno de gentes de gran seriedad y corrección de expresiones y formas, pero que adolecen de limitaciones insalvables. Después se difunde y mantiene por inercia, como tantas otras cosas.

En realidad ocurre todo lo contrario. Lo que está por hallar son esas soluciones y concepciones en las esferas superiores de pensamiento; y es el alto nivel relativo de educación lo que hace que sintamos apremios políticos incesantes y cada vez más agudos, puesto que el movimiento ascensional de ese nivel supone la aparición y extensión de exigencias nuevas cada día. Las exigencias son exigencias. No pueden aplacarse, pues, con palabras huecas. Y de la presión de esas exigencias unida al triste estado actual del pensamiento político resulta lo que se llama fluidez política, inestabilidad, insatisfacción, falta de fe y de aceptación de cánones nacionales en materia política. De la presión de las exigencias crecientes y de la incapacidad para atenderlas surgen las formas visibles o manifestaciones externas de lo que llamamos problemas políticos contemporáneos.

La reacción de los más altos círculos de pensamiento frente a esta situación ha sido tan impropia que por sí misma deja al descubierto la indigencia que padecen. Es la tesis de «La rebelión de las masas», de Ortega y Gasset, según la cual esas exigencias de que hablamos se reducen a un desencadenamiento de concupiscencias, de afán de goce y de pérdida simultánea del sentido de responsabilidad. Sería un fenómeno peculiarísimo de este siglo, cuyo sentido es el que se expresa en el título de la obra de Ortega «La rebelión de las masas». No se ha sentido la necesidad de explicarlo y de dar razón del cambio que habría debido experimentar la naturaleza humana para que esto fuera cierto. Las gentes hoy, tomados sus componentes uno a uno, no son menos razonables que en otras épocas. Sin embargo, se da «la rebelión de las masas» con los caracteres señalados. La soberbia no ha permitido ver en los círculos superiores de pensamiento que los problemas políticos contemporáneos tienen para ellos la entidad de «hechos nuevos», que no encajan en sus cuadros mentales y los desbordan y que reclaman, por consiguiente, la revisión o reconstrucción de esos cuadros. Al producirse la discrepancia entre he-

chos y concepciones se ha optado por reprobarnos los hechos sin poner siquiera en tela de juicio la validez de las concepciones. En una palabra, los círculos superiores de pensamiento se han comportado de una manera irracional. Los hombres de Estado, cuando en virtud de su vocación luchan por atender aquellas exigencias que se han creado las gentes, han debido pelear a muerte contra la mentalidad forjada en esos círculos de pensamiento. Ellos llegaron a la evidencia de que el pensamiento iba a la zaga de la realidad y como prototipo del valor—que es una de las grandes cualidades del político—se decidieron a avanzar empíricamente, pero sin dejar de avanzar. Gracias a ellos vivimos.

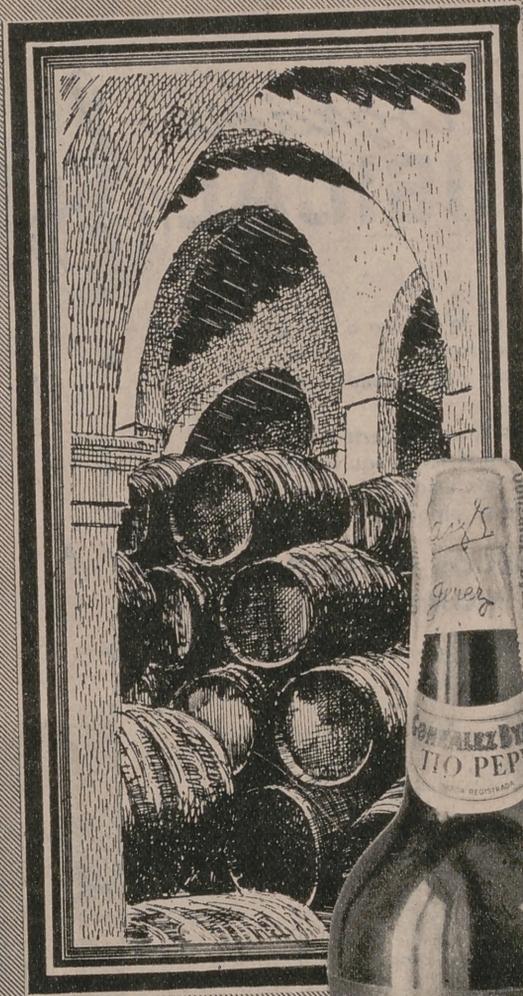
En nuestro mundo la técnica desempeña un extraordinario papel que nadie niega. Las manipulaciones técnicas tienen una virtualidad educativa: enseñan disciplina, rigor, coordinación, con todo lo que esto representa, y dan pasto a las cualidades de intuición en cerebros no viciados ni cansados. De ahí que el hombre medio de hoy esté a nivel mucho más alto que el de otros siglos. El nivel medio de educación es, pues, hoy más alto que nunca, siempre que no reduzcamos la educación a cosa de empalago, de palabrería y de formas insípidas. Las exigencias vitales crecen con el nivel de educación. Y esa es la razón, a mi juicio, del gran problema social contemporáneo. Es algo bien distinto, como se ve, a «la rebelión de las masas».

Más de cualquier forma que sea, lo que sí está perfectamente claro es que estamos muy lejos de tener resueltas las cuestiones de concepción y de saber político positivo en las esferas supremas del pensamiento. No estamos, por consiguiente, en condiciones de transvasar este saber a las gentes comunes, y por lo mismo no puede admitirse que los problemas políticos sean reducibles a un problema general de educación. Recuérdese el texto de Geiger que cita Javier Conde: «Por lo general la inteligencia contemporánea ha perdido la fe en sí misma como rectora de la política. Aun se ven aquí y allá algunos destellos de la fe, pero la sociología del saber ha ido minando progresivamente sus supuestos.» El mismo Javier Conde describe así la situación en esos círculos de pensamiento: «El Poder y el saber político se han disociado radicalmente. Jamás el titular del Poder se contentará con ejecutar los dictados de la inteligencia; seguirá sus propios objetivos. No puede, pues, la inteligencia desempeñar papel creador o rector en el mundo de los hechos políticos o sociales.» Esas manifestaciones del saber político que hasta ahora prevalecen se consideran expresamente incapaces. No queda sino aducir que «a confesión de parte, revelación de prueba».

Hay que concluir, por lo tanto, que estamos más ante un problema de creación y de investigación que ante un problema de educación. Son los estratos superiores de la comunidad los que no están a la altura de las circunstancias. Son los juristas, los economistas, los sociólogos, los técnicos de la administración, los escritores de estas materias, los tratadistas de ellas quienes en vez de manejar un saber útil padecen una sabiduría acartonada y estéril, son sus víctimas y hacen víctimas de su incapacidad a todos. ¿Cómo pensar, en estas condiciones, que se trata de un problema de educación? Se tratará más bien de un problema de crear a los educadores o de hacer posible la tarea de educación.

SUSCRIBASE A "POESIA ESPAÑOLA"

571



TIO PEPE
SOL DE ANDALUCIA EMBOTELLADO
GONZALEZ BYASS

Programa MUSICAL PHILIPS 1955

El placer de la música a través de un radiogramófono, está en razón directa de la calidad del aparato.

Oír un disco, un concierto o una canción en un PHILIPS, equivale a obtener de la música todo su espíritu y toda su emoción.

LOS DISCOS PHILIPS DEL MOMENTO

JOHNNY MEYER al acordeón
P 17194 H

Un poco tarde, Fox
Septiembre bajo la lluvia, Fox lento

JAN CORDUWENER y su Ballroom Orchestra.
P 17218 H

Murmullo, Fox
En busca del arco iris, Fox

COR STEYN con ritmo de cuerdas.
P 17255 H

Georgia en mi pensamiento, Fox lento.
Melodía en fa, Fox.

SARAH VAUGHAN con **PERCY FAITH** y su orquesta
B 21033 H

La Primavera se retrasa, (de la película «Vacaciones en Navidad») Fox lento.
Serenata en blue.

BENNY GOODMAN y su Orquesta.
B 21091 H

Polvo de estrellas, Fox
Caravana, Fox.
Grabación efectuada durante los Conciertos públicos del «Carnegie Hall» de Nueva York, en 1939.

KEN GRIFFIN al órgano.
B 21156 H

Tenías que ser tú, Fox
No se por qué, Fox.

JO STAFFORD con **PAUL WESTON** y su Orquesta.
B 21179 H

Quiero que me quieras, Fox.
Adi-Adios amigo, Samba

TRIO LOS PANCHOS
B 21393 H

Tu, solo tu.
Cristo do Rio.

HENRY LECA, piano y su Orquesta.
P 72182 H

Lua bonita, Samba.
Mulher rendeira, Canción Samba.
De la película «O congaceiros»

(M)

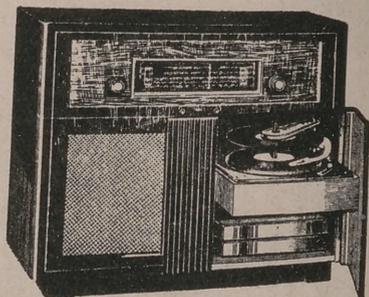
HE 444 A
4.736,25 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



FE 644 A
11.998,50 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS

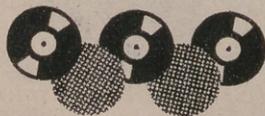


FE 733 A
17.366,25 PTS.

INCLUIDOS LOS IMPUESTOS



El encanto de la música a la medida de sus deseos



PHILIPS

para
la

MUSICA



OPERACION M-U

Muebles españoles para todos los mercados del mundo



El taller artesano y la gran fábrica se beneficiarán de las facilidades para la exportación de manufacturas de la madera

En estas tres fotografías vemos: un salón de la residencia particular del Jalifa, en Tánger, amueblada por una casa española; despacho

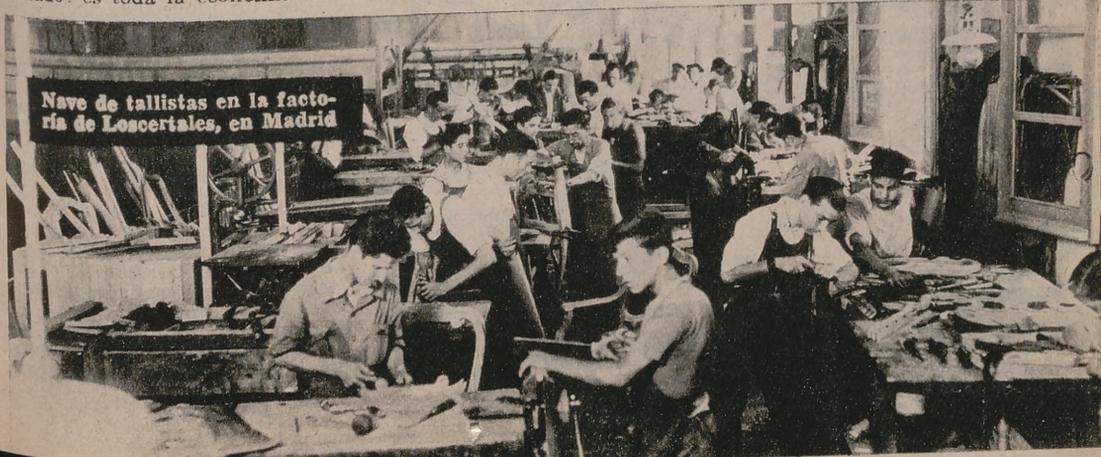
con muebles estilo Renacimiento español, muy solicitados de Sudamérica y Oriente Medio; comedor estilo moderno. La «Operación M-U» abre mercados extranjeros a la industria española del mueble

la tiene un nombre. Nombre de letras, como se le llama en la calle. Técnicamente su nombre es «Operación M-U», para fomentar la exportación de manufacturas de madera y en especial para el mueble español.

Meses antes, en el despacho del señor Arburúa, técnicos del Ministerio de Comercio y del Sindicato de la Madera estudiaban la exportación del mueble. Nuestros industriales competían en los mercados del mundo con dificultades a veces insuperables. La certera visión de política comercial del señor Arburúa, asesorado por estos técnicos, dió pronto la

ES la tarde del día 16 de diciembre de 1954. En un departamento de la Cámara de Comercio de Madrid, trece hombres se han reunido. Todos tienen la misma misión. Son los trece miembros de una nueva organización cuyo fin está ya bien determinado: es toda la economía na-

cional de la industria del mueble la que se va a beneficiar con el entusiasmo y esfuerzo de estos hombres. Una reciente orden del Ministerio de Comercio había creado esta Comisión Ejecutiva para poner en sus manos todo el engranaje y toda la eficacia de una fórmula industrial. La fórmu-



Nave de tallistas en la factoría de Loscertales, en Madrid



Sección de pulimentado de muebles curvados en la fábrica de Bartual, en Valencia

solución. Había un precedente: Las operaciones M-2 y M-4 habían resuelto los problemas en la exportación de productos metalúrgicos y transformados metálicos. La «Operación M-U» venía a resolver el de la industria del mueble. El mueblista español se encuentra ya en condiciones de competir económicamente con otros mercados extranjeros que estén en igualdad de precios. La manufactura de la madera pasa ahora a situarse en una mejora de cambio considerable. El hecho de pagar el dólar a 37,245 pesetas y la reserva de divisas del treinta por ciento del valor de la exportación se traduce en un beneficio económico que el industrial español nunca había conseguido.

El presidente de la Comisión Ejecutiva de la «Operación M-U» es un valenciano dinámico, de rápidas soluciones: Luis Lluch Garín, abogado, Jefe de la Junta Central Económica del Sindicato Nacional de la Madera. Es el hombre adecuado, y junto con sus colaboradores volcará su esfuerzo y su entusiasmo por llevar a cabo la obra creada por el señor Arburúa y que le ha sido encomendada. En él confía la industria mueblista de España.

En la plaza de la Independencia, en las oficinas de la Comisión

Ejecutiva, encontramos al señor Lluch Garín. Cuarenta y ocho años, al hablar cierto acento levantino y una múltiple inquietud en ademanes y gestos.

—La «Operación M-U» permite que el mueble español sea conocido en el mundo entero. Mercados que antes quedaban cerrados a nuestra exportación, hoy se han abierto a nuestra industria, pues los beneficios de la Operación permiten poder saltar por las elevadas barreras arancelarias y competir en calidad y precios con otros países exportadores.

—¿Existe alguna limitación que regule la entrada de nuestros fabricantes de la manufactura de la madera para formar parte de la Operación?

—Ninguna. El Ministerio de Comercio ha dado las normas para la inclusión de las primeras manufacturas. Ahora bien, sucesivamente se irán incluyendo muchos más artículos, pues tratamos de que la Operación alcance y beneficie a todo el ramo, especialmente a las zonas mueblistas de España. Pero todavía la «Operación M-U» es muy joven. Acaba de cumplir un mes. En este mes el volumen de los valores autorizados por la Comisión Ejecutiva en coronas suecas, dólares, libras, libras egipcias y florines suman,

traducido a pesetas, 1.771.663 exactamente.

El señor Lluch abre los brazos en un ademán interrogativo:

—¿Es poco para empezar? De ninguna manera. Nuestros fabricantes pueden decir con certeza que están de enhorabuena. Y en los próximos meses yo les aseguro que esta cantidad se multiplicará a un ritmo acelerado. Una de las posibilidades más importantes de la Operación, además del cambio más favorable, es la reserva de divisas. Con ella se hace posible la importación de maquinaria que permita la modernización de nuestra industria. Instalando moderna maquinaria en nuestras fábricas se conseguiría unos costes más reducidos y, por consiguiente, poder concurrir a los mercados con mejores precios.

PROYECTISTAS ESPAÑOLES AMUEBLAN EL PALACIO PRESIDENCIAL DE LIBERIA

La estética más perfecta ha presidido siempre la industria del mueble en nuestra nación. Hacíamos de ello verdadero arte y desde el operario que realiza el lavado mecánico de la madera, el proyectista que traza el esquema artístico de una depurada reproducción de estilo o aquellos que trabajan el arte noble de la talla, todos rivalizaban en superación. Era como un rito que aunaba los esfuerzos de todos. El mueble español era conocido y apreciado en el mundo y nadie le discutía su arte y calidad. Sin embargo, nosotros mismos no valorábamos la labor callada y eficaz de esta industria que agrupaba a tantos hombres.

En una calle cualquiera, ante un moderno palacio del mueble, habremos oído una conversación como ésta:

—¡Qué maravilla de muebles! ¡Qué lujo de decoración! ¿De dónde los traerán?

—Seguramente del extranjero. Allí siempre están a la última moda. Además, tienen más gusto que nosotros.

Este diálogo, quizá corriente, está fuera de toda realidad. Nada hay más lejos en España que la importación de muebles.

En las zonas dedicadas a esta industria, como son Madrid, Barcelona, Valencia y Vizcaya, hay un verdadero engranaje de artesanos y fábricas dedicados a esta especialidad. El proyectista es el personaje principal. El es el artista creador. Las firmas comerciales no regatean esfuerzos para documentarle. Muchas veces habrá que hacer cuantiosos gastos y frecuentes desplazamientos a diferentes países. Un proyectista un día recibirá una orden:

—Hay que crear un ambiente suntuario para amueblar y decorar un palacio, un departamento oficial en el extranjero, la residencia de un Presidente de la República en Sudamérica. Vaya usted a París, al Louvre. Después a Fontainebleau.

Otro día, el proyectista se quedará en el palacio de Aranjuez, o simplemente no saldrá de Madrid, de la plaza de Oriente. En el Palacio Real de España se encuentran tantas maravillas como en cualquiera de los de la vieja Europa. Y un día, el dibujante estudiará sus modelos de arte sobre



Taller de la fábrica de muebles tapizados de Mir Roca, en Barcelona



Exposición de muebles españoles en la Feria Internacional de Casablanca

los esquemas de los muebles que el palacete de la Moncloa guardaba en los tiempos de Carlos IV.

Todos estos modelos que nuestros proyectistas recogen en sus viajes de estudio, reproducidos, estilizados para quitarle la pesadez del mueble antiguo, irán a instalarse en el Palacio Presidencial de Liberia, o en la residencia particular del Jalifa, en Tánger, por ejemplo, o a las Embajadas de Brasil, Francia, Noruega o del Japón.

UN NUEVO MUNDO PARA EL MUEBLE ESPAÑOL

En las viejas rúas de Santiago, en los rincones de los típicos barrios artesanos de Zaragoza y Granada, hay un alborozo desusado y una palabra corre de boca en boca entre los tallistas que residen en estas provincias, sedes de este arte.

—Trabajo, trabajo, trabajo!

Efectivamente, la «Operación M-U» abre un amplio horizonte de posibilidades para estos artesanos o artistas del mueble. Habrá trabajo en abundancia para todos los talleres y fábricas del ramo, y también para los bronceístas que hacen las aplicaciones, y para todos aquellos vinculados a esta industria.

A los efectos de exportación, cabe clasificar los muebles en cuatro grupos. Primero, los estilos españoles, que con tanto éxito han sido tratados tradicionalmente en España. El estilo Renacimiento español, mudéjar y vasco, que tienen una manifiesta aceptación en determinados países de Sudamérica, e incluso en California, donde se emplean para la ambientación de casas schariegas al estilo español. A los descendientes de españoles, o hijos de los que un día emigraron les gusta, aunque estén en la Pampa o en cualquier paisaje del Perú, de Chile o de Guatemala, decorar sus casas con un bargeño o con cualquier mueble de taracea que les recuerde al

pazo gallego o la casona vasca o montañesa. También en Marruecos y en todos los países del Oriente Medio, por estar ahora variando y transformando sus decoraciones interiores conforme a los estilos europeos, son compradores muy interesantes para esta clase de mueble tradicional español. Y, sobre todo, la demanda se hace más sobre el estilo mudéjar.

El mueble de arte, ya se llame Renacimiento, Reina Ana, Regencia, Imperio o Isabelino, tiene su público específico. Y va destinado a palacios, Embajadas, hoteles de gran lujo y a los salones de las residencias señoriales. Los millonarios sin ejecutoria de nobleza no desdennan tampoco los muebles clásicos y de estilo. Un Rockefeller o un Vanderbilt, por ejemplo, no tienen montados sus hogares de Nueva York en un estridente modernismo. Buscan y adquieren reproducciones artísticas.

España va a la cabeza de la industria mundial en el mueble de este tipo. Nuestras reproducciones de muebles de arte son famosas, y además, en otros países que cultivan estos estilos clásicos, por el elevado coste de las materias, los están transformando ahora en líneas más sencillas y despojándolos de los adornos de tallas, bronce y marquetería. En tanto, que España es posiblemente la única nación que trabaja normalmente con esta riqueza y no ha pensado siquiera desplazarla de sus manufacturas. De aquí la eficiencia de nuestra exportación de muebles de este tipo que ponen al comerciante extranjero en la posibilidad de atender a este público selecto sin necesidad de acudir a las viejas tiendas de antigüedades.

La Operación va dirigida a los mercados de trece países, sin perjuicio de que posteriormente se amplíe el área de acción. Desde el Oriente Medio a las Antillas y al norte de Europa, se conocerá la bondad de nuestras manufacturas

de madera. Pero a donde va dirigida principalmente la Operación es a Norteamérica, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. También la Operación tiene un gran objetivo: el cliente medio. En casi todos los países, el cliente medio instala sus hogares en estilos modernos. La sencillez de línea de estos muebles permiten aplicarles un precio reducido, y al mismo tiempo se obtienen efectos decorativos agradables y perfectamente indicados para apartamentos o viviendas de dos o tres piezas.

EL MUEBLE CURVADO DE VALENCIA

Hay otro tipo de mueble fabricado en España de gran aceptación en el extranjero: nos referimos al llamado «mueble curvado», que se consigue cociendo la madera. Este mueble se fabrica en Valencia. De línea moderna y de tipo industrial, es de gran resultado para cafeterías, bares y restaurantes. Y así, en cualquier cafetería estilo americano, en Nueva York, o de Europa, tal vez, es fácil encontrar una barra o un taburete trabajado por obreros valencianos.

En Valencia existen entre talleres y fábricas 500 industrias dedicadas a la fabricación de este mueble curvado. En estas fábricas el pulimento de los muebles, una vez terminados, y el empapelado de los mismos antes de embalarlos en las jaulas, está a cargo de personal femenino. De día en día los proyectistas de esta modalidad van dando al mueble valenciano unas líneas más modernas. La mayor demanda que se recibe es de Canadá, Marruecos francés y de África Central. Repartidas por la región hay también 350 fábricas, y tanto para las de la capital como las de la región, la exportación va a incrementar enormemente el trabajo.

En el ensanche de la capital,

en la calle de San Vicente, está la fábrica de Feliciano Bartual, que representa a la industria del mueble curvado en la Comisión Ejecutiva de la «Operación M-U». La fábrica pertenece a tres hermanos. Los tres mandan, los tres dirigen, pero en cometidos distintos, en secciones diversas, y así la fábrica gira a un ritmo de perfección. Hombres y máquinas llevan el impulso de los Bartual y los obreros suelen decir:

—Los patronos, como buenos valencianos, son formales y muy trabajadores.

BALANDROS PARA INGLATERRA, FRANCIA Y PORTUGAL

En la «Operación M-U» entra también la carpintería de ribera. Balandros, lanchas, lanchones y hasta bergantines de 400 y 500 toneladas se construyen en los pequeños astilleros de los calafates valencianos.

Francia, Inglaterra y Portugal hacen la demanda de estas embarcaciones que son construidas concienzudamente. Son obras de pura artesanía y completamente familiares. No hay amos, no hay patronos; sólo los padres y los hijos, los sobrinos y los hermanos. Todas las generaciones unidas por la tradición de un mismo trabajo. Sobre la playa de la Malvarrosa los calafates valencianos desbantan los troncos y ensamblan sus pequeñas naves.

Nos aseguran que con la «Operación M-U» la exportación de estas embarcaciones tiene abier- tas enormes posibilidades. Ya es- tos astilleros familiares tendrán que abrirse a obreros extraños. No habrá más remedio; es la ex- portación y la demanda la que hace insuficiente los brazos de estos tenaces y trabajadores ar- tesanos.

También va incluida en la Ope- ración la fabricación de féretros. En las talleres de Valencia se construyen verdaderas obras de arte. Por eso la exportación es- pañola de estos manufacturados ha despertado tanto interés en- tre los industriales extranjeros dedicados a su venta. De Cuba y, sobre todo, de los países ára- bes hay ya una enorme demanda.

El más famoso taller valencia- no de féretros es el de «Dulce y Jordá». En Játiva está también el célebre taller de «Bolinche». En el argot pintoresco de estos constructores se denominan los féretros «estuches» o «envases». Todos rivalizan por construirlos de gran belleza artística. Mu- chas veces en la tertulia de cual- quier café de un barrio típico los constructores de féretros hablan de las excelencias de sus obras.

—Estoy haciendo unos «estu- ches» preciosos, y además van a salir muy baratos, porque he en- contrado una madera de ganga. Ya veréis qué artísticos son. Es una ocasión, una verdadera oca- sión. Había que aprovechar esto.

Cuando se dió cuenta de lo que había dicho, él y todos los contertullios rieron, y uno de ellos dijo:

—Entonces, yo creo que debe- mos morirnos para aprovechar esos féretros de ocasión.

UN CONTRATO ANUAL DE TREINTA MILLONES DE FRANCO BELGAS

La industria del mueble parece estar vinculada a la tradición. Los hijos continúan con la obra del padre o del abuelo y muy pocas veces la fábrica de una familia pasa a manos extrañas.

Hace noventa años un aragonés trabajador y tenaz montaba en Zaragoza un negocio de muebles. Se llamaba Luciano Loscertales. Su negocio no era de mucha en- vergadura, pero este hombre de gran voluntad hizo que poco a po- co sus muebles fueran conocidos en toda España. Fueron abriendo- se sucursales en todas las provin- cias. Pero no quería sólo venta de muebles. Aspiraba a más. Un a gran factoría en Madrid y otra en Sevilla culminó por prestigiarle como uno de los mejores mue- blistas del país. Cuando murió, sus hijos continuaron su obra.

En 1942, los hermanos Loscerta- les se constituyen en sociedad anónima y desde esa fecha se da gran impulso a la firma, que oc- bra importancia mundial. Concu- rren a Ferias y Exposiciones ex- tranjeras y reciben encargo de instalaciones completas de impor- tantes países. Palacios oficiales como el de Liberia o particulares son montados íntegramente por la firma española. Ahora al cons- tituirse la «Operación M-U», uno de los hermanos, Antonio Loscer- tales, es designado representante industrial en la Comisión Ejecu- tiva.

En la factoría de Madrid, entre técnicos, proyectistas y operarios suman los dos millares. También hay un gran contingente de personal femenino en la Sección de Tapicería. En esta factoría se en- cuentra en más de un caso tres generaciones de la misma familia de obreros.

De esta factoría madrileña sa- len perfectamente embalados en «cades» los muebles de gran lu- jo. Esos muebles artísticos que son solicitados por el Canadá, por Zu- rich o por La Haya o Estados Unidos. Con la «Operación M-U», Esta firma, que ya era gran expor- tadora, pero sin las ventajas que proporciona la Operación, incre- mentará esta faceta de su indus- tria.

Un día del mes de enero de este año, entre el voluminoso correo habitual de la casa llegó una car- ta con la estampilla del Gran Du- cado de Luxemburgo. Un gran in- dustrial de la pequeña corte ofre- ce a Loscertales una oferta fabu- losa. Se interesa con toda urgen- cia por la adquisición de muebles por un valor anual de treinta mil- lones de francos belgas.

Otro día reciben el encargo de amueblar el Palacio Presidencial de Liberia.

Pero otros clientes están más cerca. En Huelva hay un lujoso hotelito con visos de palacete. Este hotel lo instala y decora com- pletamente la casa Loscertales. El dueño del hotel se llama Miguel Báez, «Litri».

MIL PUERTAS DIARIAS EN LA «MARGA» DE SANTANDER

En Santander, por el paseo de Pereda, por el Nuevo Puento, la carretera de Bilbao o del Astille- ro, hasta desembocar en la zona

llana de «El Cuadro», un enjam- bre de bicicletas baja todas las mañanas a la dársena de Malli- fio. Junto a la dársena, una fá- brica de tableros contrachapados, puertas en serie y paneles alisto- nados. Es la fábrica Marga.

Apenas han transcurrido doce años del día en que esta Empre- sa ponía en funcionamiento sus instalaciones. Hoy, por el volumen ingente y por la calidad de su producción, se encuentra en la primera línea de las grandes in- dustrias españolas de rango in- ternacional.

Don Alfredo Lantero, técnico de esta industria santanderina, nos recibe en unas oficinas de la va- nida de Calvo Sotelo:

—En nuestra fábrica trabajan unos 450 obreros, de los que 150 aproximadamente, son mujeres.

—¿De los artículos elaborados en Marga, cuál es el más conoci- do en el mercado?

—Indiscutiblemente, las puertas. Mil puertas diarias pueden dar idea de cómo se abastece el mer- cado de este artículo. Prefabrica- da en serie, la puerta es total- mente lisa, formada por un in- terior de madera serrada en listones a manera de emparrillado. La característica especial consiste en que pueden ser utilizadas en toda clase de climas sin perder sus condiciones fundamentales: cierre perfecto, aislamiento al calor, al frío y al ruido. Además de estas cualidades de estabilidad, indefor- midad e igualdad de superficies, presentan estas puertas otras con- diciones de carácter higiénico co- mo es la de su impermeabilidad, debida a la resina empleada como pegamento, lo que les permite limpiarlas y hasta fregarlas perfecta- mente.

—¿Qué clase de maderas utili- zan para estas puertas?

—Las coloniales okumen. De las maderas africanas es la más idónea para el desenrollado.

—¿Qué significa la exportación para la industria Marga?

Don Alfredo saca de su carpe- ta unos papeles y dice:

—Solamente a los países del área de la libra esterlina se han realizado envíos por valor de más de trescientas mil libras. La ex- portación a diversos países de América sobrepasó en un periodo de cinco años la cantidad de quinientos mil dólares. La «Opera- ción M-U», ofreciendo un ma- yor flexibilidad, significa un paso insospechado para toda la indus- tria nacional de la manufactura de madera.

Los astilleros españoles en la construcción de buques emplean hoy, en gran cantidad, los paneles alistonados de esta fábrica ase- tada junto a la dársena de M- Malliño, que hoy se reconoce como una de las más modernas del mundo.

EL TAPIZADO ESPAÑOL VIAJA POR EL MUNDO

En la calle de Valencia, 211, un número alto, característico de las calles barcelonesas, está la fá- brica de Mir Roca. Cincuenta años de existencia. Cuando Ramón Mir Pagés la fundó estaba enclavada en el casco antiguo de la ciudad, junto a las grandes fábricas de tejidos que daban colorido a la vieja Barcelona. Ramón Mir, co- mo buen catalán, tiene un propo- sito: hacer una gran fábrica y

que sus hijos continúen su obra. Pero no solamente alcanza esto, sino especializarse en una característica: los muebles tapizados. En todos los mercados mundiales se conocen los muebles de Mir Roca, el hijo mayor que ha continuado la obra del fundador de la casa.

La familia Roca es una generación para el mueble tapizado. Manuel, el hermano de don Ramón, es el primer proyectista de la casa. Menos Rusia, ha recorrido toda Europa, gran parte de América del Norte y del Sur, buscando orientaciones, nuevas formas, líneas desconocidas para el arte de sus tapizados.

El crin vegetal de Alcalá de Chisvert, en la región de Levante, y de Palma del Río, en Córdoba, abastece desde hace muchos años la industria de Mir Roca y las docientas fábricas de esta especialidad que se encuentran en Barcelona.

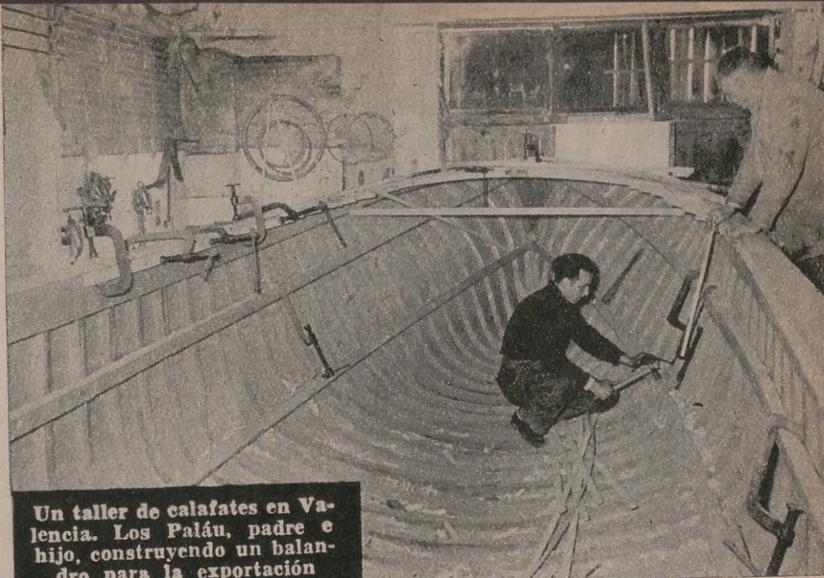
ZARAUZ. UN PUEBLO QUE VIVE DE LA MADERA

Posiblemente no haya ningún pueblo de Guipúzcoa, por pequeño que sea, que no tenga su modesta o soberbia industria dedicada a la fabricación del mueble. De ello son buena muestra las ocho fábricas de Orio, las treinta de Azpeitia o las treinta y siete de Zarauz. Zarauz es un pueblo de unos siete mil habitantes, de los que mil trabajan en la madera. La «Operación M-U», significa para estos hombres, para el propietario y para el trabajador, para el patrono y para el obrero, una seguridad absoluta en su trabajo y una continuidad fija. Una esperanza justificada de que sus manos no conocerán nunca el paro.

En Zarauz, los hermanos Arruti son conocidos por todos los vecinos. Seis hermanos a los que en cualquiera hora del día se les puede encontrar en un sitio determinado. En el Palacio del Mueble, calle del Generalísimo Franco. El dueño de la fábrica es Domingo Arruti, aunque el fundador, el que puso los cimientos hace exactamente cuarenta y siete años, fué Toribio. Juan Bautista y Santiago con la viuda de Manuel Arruti componen el sexteto que preside el suntuoso Palacio del Mueble en este pueblecito vasco.

Domingo Arruti representa en la Comisión Ejecutiva de la «Operación M-U» la ebanistería de Guipúzcoa. El Palacio del Mueble de Zarauz no ha conocido hasta hace poco la exportación de sus manufacturas. Hoy las elegantes consolas, el lujoso tresillo o la indispensable vitrina salen en apretadas partidas con rumbo a Holanda, a Bélgica, a los países nórdicos. En el mes de enero último, ya en funciones la «Operación M-U», salieron para Venezuela, Méjico y Estado de Oregón pedidos de muebles finos que a estas horas, se instalan en salones de gran lujo.

Ángel Aguirre es el operario decano de la casa Arruti. Hace treinta años que trabaja en esta fábrica. Entró de oficial, hoy es tallista, tiene sesenta y dos años y recuerda cuando hace veinticinco un incendio destruyó los talleres de don Domingo.



Un taller de calafates en Valencia. Los Paláu, padre e hijo, construyendo un balandro para la exportación



Marcelino López construyendo una guitarra española solicitada desde Hollywood

CASTAÑUELAS Y GUITARRAS

En el mes de enero, la «Operación M-U» ha abarcado ya un gran sector de la manufactura maderera española. La exportación de lapiceros, por ejemplo, ha significado para la industria en esta primera etapa más de sesenta y cinco mil pesetas. Hornacinas, sillas, secafirmas, cornucopias, bajorrelieves, marcos, miniaturas, artículos de deportes, raquetas, palos de golf, abanicos, plumeros, cepillos y juguetería de madera. Todo lo que utiliza a la madera como materia prima.

Nuestra imaginaria religiosa, de gran aprecio por todos los países católicos, significa un capítulo de gran importancia en el nuevo régimen de exportación. José Albareda Plazuelo, el ilustre imaginero zaragozano, representa a su gremio en la Comisión.

En Hollywood, en Melbourne, en Sidney existen academias de danza española. La de Hollywood se llama «Manuela», ni más ni menos. Para la danza española hay algo que no puede faltar: los palillos, las castañuelas. Son los artículos que estas academias piden constantemente a España. A la Unión Musical Española, concretamente. Otro instrumento indispensable es la guitarra y la bandurria.

La Unión Musical Española se abastece de los talleres de Valencia. La castañuela, obra típicamente manual, la trabajan los pa-

lleros granadinos y madrileños. En el número 54 de la calle Alta de Valencia o en el número 13 de la calle Azorín, se pueden ver los talleres, donde trabajan unos cuarenta hombres dedicados a ensamblar cuidadosamente las piezas de una guitarra o una bandurria, que días más tarde sonará en la Academia «Manuela» o en la australiana escuela de Melbourne.

Marcelino López Nieto, de veinticuatro años, tiene un modesto taller en Madrid. Un taller sin pretensiones. Hace cinco años que él sólo, sin ayuda de nadie, viene construyendo guitarras que causan la admiración de técnicos y aficionados. Sesenta y siete guitarras ha entregado ya a la Unión Música Española.

También estos artesanos, estos artistas del oficio, están de enhorabuena. Ya no existirán restricciones para su trabajo. Cuando las academias extranjeras de danza española pidan castañuelas o guitarras, España las exportará sin las dificultades de otros tiempos.

Un nuevo campo se ha abierto para la economía nacional. La industria de la madera, como hace poco la de la metalurgia, comienza un camino seguro y firme de amplias perspectivas. Por este camino va la industria fuerte, la fábrica de los dos mil obreros y el humilde taller del artesano. Para todos hay ahora una palabra: trabajo. Trabajo y bienestar para todos.

EL CANIGO, GIGANTE ENTRE FRONTERAS

OR TIERRAS QUE PERTENECIERON A CATALUÑA



Vista aérea de Toulouse. En el centro, la llamada Place Capitole, en cuyos cafés se reúnen a diario muchas tertulias de emigrantes españoles

dad elevada con ladrillo arcilloso, que acoge y distribuye—que centraliza, en fin—las expansiones pirenaicas. Esta ciudad es Toulouse.

Toulouse—y sigo comparando—es Barcelona, pero una Barcelona situada en un lugar más estratégico. Ciudad de dimensiones juiciosas, bien distribuida, no tiene barrios apartados, sino ciudades próximas y no sufre de ese gigantismo linfático y atroz, el gigantismo que ha llevado a otras urbes, paso a paso, a engullir, uno a uno, los pueblos colocados en sus alrededores. No creo exagerar si digo que un vecino de Toulouse—un «toulousain»—conoce bien, muy bien, cada uno de los barrios de esa capital, porque se trata de una ciudad reducida, condensada, de bolsillo, a la que no le sobra ni una calle. Para un extranjero, esa ciudad no tiene grandes complicaciones. Se conoce muy bien a las veinticuatro horas.

No sé lo que le ocurre a un extranjero en Barcelona, pero si estoy al cabo de la calle en cuanto a lo que le sucede a un catalán en ella, e incluso a un barcelonés. Se pueden pasar años, vidas, en Barcelona, sin sentir la menor necesidad de conocer, por ejemplo, la barriada del Clot, o Somorrostro, o el sector de Hospitallet.

El Clot, el Somorrostro, el Hospitallet de Toulouse, son las ciudades de su cinturón: Agen, Cahors, Montauban, Auch, Pamiers, Foix... Cada una de éstas tiene su vida independiente. Y, al cabo, todas ellas confluyen en el «amarché» de Toulouse, un mercado semanal, dominical, en el que se hablan, además del francés meridional—muy dulce—, los arriesgados, los detonantes «patois» de la montaña: el «patois» catalán, el «patois» aragonés y el «patois» navarro, que es el más duro de pelar.

Toda la «Haute Garonne»—y todo el Pirineo, en suma—parece

un rico y complejísimo discurrir de caminos, de canales, de vías electrificadas. Centenares de pueblos, docenas de ciudades se plantan en el llano, circundan las montañas, empavesan los campos y los valles, aprovechan los ríos feudatarios del Garona y del Aude. Se nota una armonía, una unidad absoluta, un juicioso criterio en la distribución de los censos municipales.

Esto sucede en todo el Pirineo. No hay ciudades-fenómeno rodeadas de pueblos paliduchos, sino unas sucesiones matemáticas, escalonadas, de pueblos, de villorios, de ciudades. Sólo en los valles interiores, sólo en alturas por encima de los 1.500 metros, se encuentran lugarejos solitarios, lugares exentos de relación con el resto de la comarca.

UNA GRAN CAPITAL DE DIMENSIONES REDUCIDAS

Puede que semejante precisión haya nacido, al paso de los tiempos, gracias a tanto río y riachuelo como anda por aquí, gracias a la bondad fertilizante de unas tierras de calidad jugosa.

Yo soy de los que creen en la armonización de los centros humanos, soy de los que odian, por sistema el gigantismo urbano con todas sus atroces consecuencias de atrofia comarcal. Por eso, al hablar del Pirineo francés en general—antes de entrar en menudencias—, simbolizo en Toulouse el ideal moderno de la gran capital: media docena de grandes avenidas, cincuenta calles principales, tres o cuatro tranvías, algunos autobuses, y pare usted de contar. Todo esto, plantado al pie de una rica comarca y con un río imponente como el Garona, flanqueado de cuarteles, hospitales, fábricas y piscinas, puede llegar a producir una ciudad de alcance humano, una ciudad para hombres de capacidad arterial simplemente discreta. Todo esto, además, producirá bonitas poblaciones de cinturón, poblaciones menudas de cuarenta o cincuenta mil moradores, rodeadas de pueblos civilizados, de pueblecitos que sepan lo que es un automóvil de ahora, lo que son unos grandes almacenes y los inconvenientes del cinematógrafo.

Construir grandes mundos ciudadanos, como París, y Londres, y Nueva York, es elevar leoneras en medio de desiertos.

DESPACIO, POR LA «COTE VERMEILLE»

Lo menos pirenaico del Pirineo francés, naturalmente, es Toulouse. Toulouse está a 400 kilómetros de Barcelona y a 350 de San Sebastián. Durante no sé cuál reinado visigótico, esta ciudad fué capital de España. Desde entonces la historia de las luchas entre Francia y España ha tenido en la capital del Garona una base, un fermento de partida. En otros reportajes intentaré contar—muy por encima—la historia de estas tierras, que es muy entretenida si no se toma en serio. Ahora, en estos momentos, en cuanto el tren emprende, vía Perpignan, su camino por las antiguas tierras del barbudo Don Jaime el Conquistador—«que era rubio y tenía los ojos muy azules», me encuentro con tres cosas importantes: el paisaje, el carácter de la gente que me rodea y el eco de una acalorada discusión sobre la actualidad política que se mantiene en el vecino apartamento. Mis vecinos me hablan, entre otras cosas, de las intimidades de los políticos en candelero y del progresivo malestar económico entre la clase campesina, que pide revisiones aumentativas en las tasas de productos de primera necesidad.

Mi entrada en el país francés ha tenido lugar hace pocos minutos. Por los pueblos que se van a mi paso, por algún letrero y hasta por el acento cadencioso de mis compañeros de viaje, adivino que estoy en país extranjero. No obstante, mis vecinos se expresan en catalán, un catalán antiguo, de raíz purísima, sin la menor infiltración de castellano, pero, en cambio, con muchos galicismos a la vista. Durante cientos de años esta tierra ha pertenecido a la Monarquía catalanoaragonesa. Incluso Perpignan fué fundada por un tal «Pere Pinya», de Besalú. En una época del medievo, Perpignan fué sitiada por los franceses. Se hizo una gran defensa, una bella defensa de sus murallas, con abundantes actos de valor e inmortalización de héroes locales. Al fin la plaza se rindió por hambre, por hambre medieval. Casi un siglo después, por cosas de real mercado, se hicieron unos cambios y la heroica ciudad fué

de nuevo cedida a sus antiguos dueños.

Entonces, inesperadamente, Perpignan protestó contra esa cesión, y se dejó sitiar, y pasó nuevas hambres medievales, para llegar al mismo resultado, es decir, a la rendición.

Más adelante y a consecuencia de un nuevo cambio—se organizó una nueva resistencia, con resultados parecidos, contra las tropas de la dulce Francia.

Todo esto puede parecer algo absurdo, pero es cierto. Contado de otra forma, según prosa oficial de «Baccalaureat», resultaría razonable y ejemplar.

LOS PUEBLOS DE LA COSTA

De Cerbère a la capital del Rosellón median unos 30 kilómetros. Esto es una llanura, una vasta llanura recamada de viñas y de huertecillos.

A mi derecha brincan pueblos minúsculos, pintados pueblecitos en la orilla del mar. Este es el mar antiguo, el mar del viejo Ulises. Aquí, en sus orillas francas de la «Cote Vermeille», parece remozado. Hay toneladas de pintura en las fachadas de las casas, en las ventanas, hasta en los letreros. Pintura viva fresca. Tonos sangre de buey, tonos horchata, tonos violeta, y cadmio, y lila. El sol rebrilla en los tejados. Es un sol bravo, extraño, un sol primaveral y lírico, que se ensancha al batir sobre el color azul del mar. Meneudean los pueblos, bonitos y apretados, con iglesias minúsculas y cementerios ensamblados de cruces. La costa es fea y masculina, muy inferior a su contigua Costa Brava española.

Pero esos pueblos guardan un encanto rural juvenil, detonante. Parece como si los viejos no contasen, parece como si hasta en los mismísimos cementerios sólo hubiera muertos jóvenes.

COLLIOURE, TUMBA DE MACHADO

El tren para en Collioure. Me apeo. Tres minutos. El aire, a la sombra, es fresco y ácido. El cementerio de Collioure está aquí, a cuatro pasos, vetado de cipreses. En él está enterrado Antonio Machado.

En el jardín de la «gare» de Collioure berrea un crío moreno, un crío agitanado, con los moccos cosidos entre boca y nariz. El jardín es menudo, cuidadísimo. Hay en él un inútil surtidor raspado por la herrumbre. Una

tortuga de color tabaco envejece de sol al lado de unos violeteros. La tortuga levanta la cabeza y observa un letrero con aire pensativo, con aire de tortuga culta. El letrero reza: «BYRRH». Esto es una bebida universal que se produce en Thuir, cerca de Perpignan. Los letreros «BYRRH» llenan el Rosellón y toda Francia.

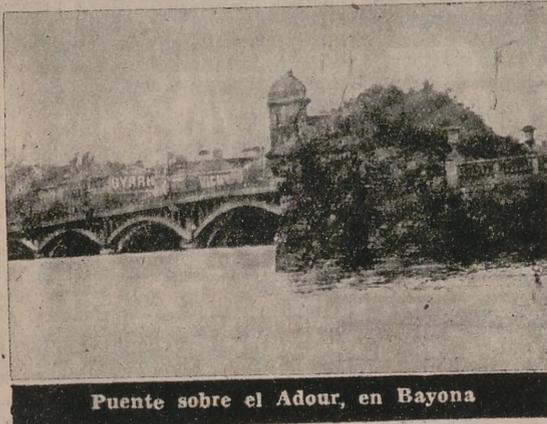
Me asegura la joven francesa que todo su país está lleno de niños gorduzuelos y de «gares» como ésa de Collioure, cuidadas, reducidas, en las que un día cualquiera puede apearse un poeta fugitivo de nada—un poeta asustado de no se sabe qué—, decidido a dormirse y a soñar en fontanas bajo una cruz de nácar.

Regreso al tren. España, a mis espaldas, manda rayos de sol. Es por la tarde. El llano—todo el llano—tiene el rojo invernal de los viñedos. El Canigó luce la cabeza hacia España. El Canigó es gigante entre fronteras. Tiene un pie sobre todas estas «gares», sobre estos cementerios, sobre estas casitas color de chocolate, color de caramelo, color de regaliz, sobre estas casitas donde puede vivir un «frere Jacques» cualquiera a condición de que hable el catalán en casa y el francés en la escuela. Al otro lado—hacia el sitio de donde viene el sol—, el otro pie del Canigó domina todo el llano de Rosas y el llano de Figueras, que ahora estará humeando sobre los techos planos de las «masías ampurdanesas».

LA CANALIZACIÓN DEL TECH

La señorita del verso de Machado me habla de las bellezas comarcales en el sentido estrictamente artístico y geográfico. Parece ser que esta comarca tiene piezas históricas de interés muy crecido y museos importantes con cuadros chamuscados por el tiempo. Esto es muy ologioso pero no me seduce. En cambio veo con interés la infinita prisa de canales y acequias, los nudos de los «resch», de las «agutelles», que desparraman el caudal de los modestos ríos roselloneses sobre las viñas, sobre los vastos melocotoneros. Esta comarca tiene dos ríos menuditos, de vida efímera, nacidos gracias a las nieves del Canigó y a las de otros lugares del Conflent. Son el río Têt y el río Tech.

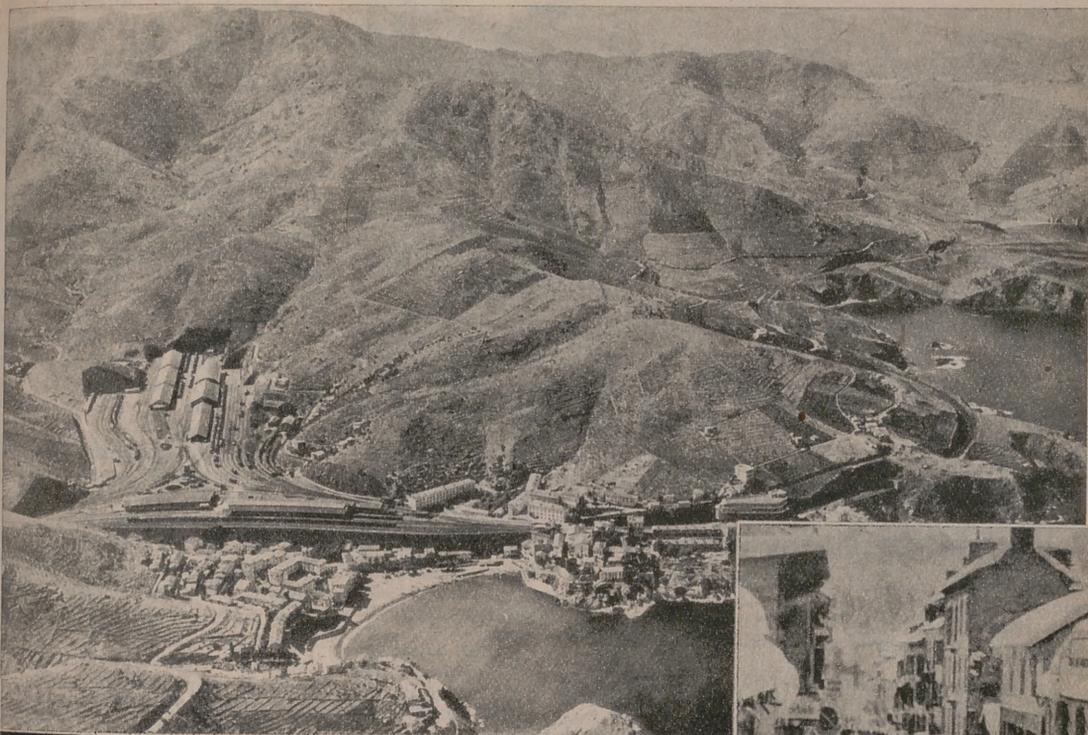
Este último—el Tech—nace casi en la misma provincia lleridana.



Puente sobre el Adour, en Bayona



Vista de Collioure, en el Rosellón



Cerbere, primera población francesa de la costa mediterránea, a pocos kilómetros de la frontera española

na y riega la Cerdaña franca y los bosques de Ariés, de Ceret de Le Boulou, hasta tenderse al sol a la vista de las suaves Corbières mediterráneas, montañas azulinas, montañas donde crece la aliaga, donde salta la liebre, donde huronea el gazapo fronterizo, el notable gazapo hispanofrancés, hábil en sortear las perdigonadas de tartarines españoles y las de tartarines preocupados por las periódicas crisis francesas. Al pie del Canigó, el Tech comienza a sufrir los saques de los agricultores y derrama sus aguas con una carolingia parsimonia limosnera.

Muy pronto empezará la bella zona del Rivieral, donde se hallan las más bonitas huertas comarcales.

EL RIVIERAL

Recuerdo que en verano alguna vez he recorrido en automóvil esta bella comarca contigua a Perpignan. Entonces, al atardecer, da gusto detenerse a la sombra de un plátano, leer algún letrero de la serie «BYRRH» y escuchar largo tiempo—todo el tiempo que dura un cigarrillo—el murmullo del «rech», las voces catalanas del «paysan» entre un sano paisaje de escarolas, de apicos, de coliflores, de rábanos, de patatas...

A trechos pasan coches de esos que tienen prisa, coches a cien por hora y alguna «Mobylette» con un gendarme encima. El aire huele a remolacha, a carne de melón, a cebolla, a pimiento a habichuela... Pasa una furgoneta llena de tomates. El aire, de repente, apesta a caucho y gasolina. Después se llena nuevamente de frescor. Aupadas sobre alambres, al otro lado de la carretera, las vides sostienen grandes racimos de uvas negras, de mesa. Uno piensa en lo bien

que debió pasarlo Baco—aun sin haber estado nunca a orillas del río Tech—y se sienta debajo de una higuera, al lado de un arroyo salpicado de insectos por cuyas aguas boyan menudos higos negros, encarnados por dentro.

El llano es vasto, cálido, sonoro, sonrosado, de una pudibundez nupcial, de una abundancia flúida, enamorado. Junto al camino, las casas campesinas levantan sus paredes de guijarros, ribeteadas de ladrillos. Pasan perros antiguos, perros de «La Odisea», en busca de quien sabe qué patriarca hundido en agua hasta los tobillos. Llegan canciones frescas, canciones vegetales y el murmullo inmortal del agua remozando la entraña de la tierra, el murmullo del agua que trabaja, tan distinto al murmullo parasitario del agua puesta en plan de hacer bonito. Se ven cientos y cientos de cipreses enanos, menudos como plumas de escribir y unidos entre sí por vallados de cañas que en invierno preservarán los sembradíos de la ululante tramontana pirenaica.

Atrás, en las Albères, hay apriscos y bosques de alcornoques. Hacia adelante, la Cataluña rosellonesa, camina hacia la próspera Perpignan, Espumea en la costa el mar de la tarde...

DIALOGO EN EL TREN

La señorita se apea en Argéles-sur-mer. Para mí, español, el nombre de Argéles-sur-mer suena a tragedia. En Argéles—hace ahora dieciséis años—se formó un vasto campo de concentración. Toda la playa, en un espacio de casi cinco kilómetros, se llenó de soldados del ejército vencido. La vida de los españoles en el campo de Argéles-sur-mer fue una tragedia mucho más larga y desolada aún que esa ceja de arena;



Una calle de Baréges, buen lugar para los amigos de la nieve

fué una tragedia que no debe contarse por kilómetros, sino por cruces. Cientos, miles de cruces—muchas de ellas sin nombre—, llenan un cementerio llano, rárido, lunar. Creo que Argéles-sur-mer merece un reportaje, y estoy dispuesto a hacerlo a mi regreso del viaje que ahora emprendo.

—Hay un hombre—me dice un tal Marc Vial, que es recadero—al que deben muchísimo los refugiados que pasaron por Argéles. Es Pau Casals.

—¿El músico?

—Sí, el «musicien». Gastó mucho dinero en proteger a los republicanos españoles; ahora...

—Ahora ¿qué?

—Sí. Ahora le combaten los dirigentes de Toulouse. Dicen que se ha pasado al régimen de Franco...

Le pregunto la causa. El hombre me contesta que hace varias semanas el músico Casals hizo algo «terrible», algo insólito según la forma de entender propia de los emigrantes «activistas», que son los menos.

—Pau Casals—dice Vial, un hombre gordo y lento que fuma en pipa y tiene parentela en Zaragoza—«subió» a Consulado de Perpignan...

Esto, el acto de «subir» al Consulado, el acto de reconocer al Gobierno español, ha sido, al parecer, mortal para el prestigio que los interesados dirigentes



Uno de los frescos de la capellania española de San Antonio, de Toulouse, representando a la Virgen de Begoña

«toulousains» habían acumulado sobre la figura del eminente violoncelista con el propósito de convertirlo en un símbolo espiritualizado.

En efecto, parece ser que Pau Casals pidió un salvoconducto al Consulado para ir a acompañar a Vendrell (Tarragona) los restos mortales de una persona para él muy querida. Hizo un viaje, por tanto, a su tierra natal, en donde pasó varios días. A su regreso a Prades—un pueblecito al pie del Canigó, en donde tiene establecida su residencia desde 1939—se le hizo saber, desde Toulouse, que su acción «no había sido grata» a los jefazos activistas.

—Yo creo que Casals—me dice el recadero—estaba en su derecho y hasta en su obligación al hacer lo que hizo. Ella le había hecho prometer que la acompañaría hasta su última morada y que, además, esta última morada sería la villa natal de ambos. Pero los de Toulouse no piensan así.

—Yo sé, por ahora, lo que piensan los de Toulouse...

A todo esto llegamos a Perpignan y se apea el recadero. Me quedo solo por unos instantes en el compartimento. En seguida me veo rodeado de «paysans». Cinco o seis personajes, nervudos, de media edad, vestidos inefablemente «de ciudad». Frente a mí, uno de ellos desdobra un ejemplar del diario *L'Indépendent*. Los demás hablan de un encuentro de «rugby». Se agitan en francés, pero hablan en catalán novecentista, en catalán rural, ajeno a la pomposa artificialidad creada por Pompeyo Fabra. De vez en cuando asoma un giro, una frase, una palabra suelta en francés «toulousain», un francés que no sabe comerse las vocales y que alargaría «es»:

—*M'ha valgut sols «huit mille» francs*—dice el tipo más grande, el de las manos como mazos, que está a mi izquierda y habla resollando.

Estallan todos en lamentos. Al parecer, el hecho de que al de los resuellos sólo le haya valido ocho mil francos la misteriosa cosa de que hablan es un hecho indignante. Salta otro y carga esta depreciación a los judíos:

—Son los dueños de Francia, los dueños de la Prensa, los due-

ños de los «trust's» industriales —palmoteo y me mira con todo su gran rostro agudo de «paysan» picoteado de rojeces.

Hago un gesto y otro «paysan» —al que llaman François y lleva dos «jerseys», uno encima del otro—me hace saber, en francés oficial, lo que acontece en su país:

—Somos un pueblo desorganizado. ¡Grandes riquezas, grandes, grandes, grandes!...—gesticula, y observo que las mangas le sientan cortas—. Pero—añade—¿y qué? ¡Ah!... Ellos montan las guerras, y buscan las peleas, y ellos venden las armas, ¿n'est pas?... Luego, van y nos dicen: «—¡Armas para Alemania!...» ¿Y quién las paga? Usted, «monsieur», y yo, y éste, y éste, y éste... ¿Y quién las vende? ¡Ah!... ¡Ellos, ellos!... ¡Sí, sí, somos un pueblo desorganizado, «oui, monsieur!»...

Viajo en tercera clase. No hay nada como viajar en tercera para saber qué pasa en cada pueblo.

Mis vecinos «paysans», al oír mi francés, caen en la cuenta de que soy catalán. «François», el de las mangas, se alegra mucho de saberlo. Se alegra tanto, que, al instante—y como buen payés de un pueblo según él desorganizado—olvida sus diatribas y expresa una teoría especialísima sobre Francia y España, una teoría errónea y pintoresca, que transcribo:

—Ustedes, catalanes, y nosotros somos «pirenaicos» «n'est pas?...» Nosotros no tocamos la guitarra, ni bailamos «can-can». Ni lo uno ni lo otro. En París, le decían a mi hijo mayor que era un «sucio español». Y le acusaban de torerismo, y de gitanería. No somos nada de eso. Tampoco somos flacos en materia de fe, como las gentes de París y del Norte. Aquí se cree, y bien, y firmemente, y se va a misa, y se hace todo lo que se debe. Uno va, cumple con su obligación, y luego ¡zas!..., le pasa a uno lo que a la peonza, es decir, sigue rodando. Uno es un buen francés.

—Sigue rondando... y dando tumbos.

—Sí.

—Todo sigue rondando. El tren, el diálogo, el color moribundo de las viñas... «François» es un mortal flacucho y duro, de mandíbulas firmes y labio leporino, con el rostro surcado, terroso. Se saca la

cartera para mostrarme algo —puede que algún retrato—, y se le cae un fajo de billetes de mil francos. Quizá haya diez, veinte, lo cual quiere decir poco dinero, porque en Francia, con ese dinero no se va muy largo.

El individuo sentado a mi izquierda—el de los «huit mille» del ala— se limpia la frente con un pañuelo de treinta y seis colores, y, luego, carraspea y se rasca una pierna. Compruebo que esas cosas las hace más o menos en mi honor, con objeto de demostrar cierto respeto antes de dirigirme una pregunta:

—¿Vive usted por aquí?—, me espeta, después de pasarse la lengua por los labios.

—No, señor. Vivo al otro lado de la frontera...

—¡Ah!... Luego, usted es «frankista», usted es español «blanco»...

El hombre, por lo visto, tiene gran afición a los colores.

Le respondo que no creo en la existencia actual de españoles de tonos diferentes, como si fueran lápices para labios:

—«Monsieur»—le objeto—, la guerra terminó hace dieciséis años. Mucho después de terminar la nuestra, acabó la guerra de ustedes. Y, dígame, ¿aún quedan franceses «resistentes» y franceses «colaboracionistas»?

—No, «monsieur», ahora existen franceses pacifistas y franceses de «ambiente» imperialista... Y existen españoles...—insinúa.

Pero «François» que ya ha recogido sus billetes, le corta, alargando los brazos por fuera de las mangas.

—No digas la lección, Castex, no digas la lección...—ironiza.

—La sabemos muy bien—sonrie un tipo que hasta ahora había callado, un tipo de ojos menuditos y de pelo encrespado, que abomba mucho el pecho.

AMOR ENTRE MALETAS

Silencio repentino. Algo no rueda bien. Los «paysans» se miran entre ellos. El de mi izquierda, tose con toda su asma. Pasa el revisor. En el pasillo, un joven muy pulido se contempla las uñas y enciende un cigarrillo. La tarde se pone hermosísima en el campo. Subimos hacia Rivesaltes, y a ambos lados de la vía fulge el rojo vinagre de las cepas. A trechos, viajo al lado de la carretera de Narbonne. Cruza el convoy por pasos a nivel ribeteados de coches último modelo, especialmente de vehículos «Renault 4-4», de furgonetas de esta misma marca y de turismo «Symca», que son los que ahora se llevan la prioridad en el gusto de las clases acomodadas. El paisaje es monótono y finísimo, a tono con el traqueteo, con la calefacción...

Salgo un rato al pasillo, y me sitúo cerca del joven de las uñas. Al final, a mi izquierda, descubro a una jovencita sentada sobre una maleta de cartón pintado, una de esas atractivas jovencitas misteriosas y pobres que se encuentran en todos los vagones de tercera de todos los países de la tierra. El de las uñas y la jovencita, al parecer, sostenían un torneo de mi-

radas furtivas. Ella simula distraerse contemplando el paisaje. Parece algo nerviosa, y se muere los labios. De lejos, le advino unos ojos azules y esa piel sonrosada, de color entre lila y mantequilla, tan propio de «Jeanettes» y «Marisses». El joven tiene algo de italiano en el semblante. Además, usa brillantina. Me gustaría saber cómo terminará la cosa. Estas historias de pasillo, estas historias de vagón—historias timidas que pueden florecer con cuatro cartas y un par de retratos—, se producen también en nuestra España.

CONTACTO CON EL COMUNISMO DE TERCERA

El contacto inicial con el comunismo, se produce al volver a mi compartimento. Sorprendo al silencioso del pecho prominente batiéndose de palabra con Castex, el de la lección. «François» se tira de las mangas de sus dos «jersseys», chillando como un loro, y el lector de «L'Indépendent» deja el periódico entre sus rodillas para sumarse a la batalla. Hay otro «paysan», en un rincón, que ronca a trechos, especialmente en los brevisimos trechos de calma.

Castex está encarnado como una de esas viñas que atraviesa el convoy. Los ojos le echan chispas; y la boca también, pero chispas mojadas... Se sacude las miasmas en el pañuelo de color bandera y suelta tucos de viaductos, torrenciales, espesos, de una calidad gráfica muy fértil reforzados con gestos y con miradas entre picaras y apostólicas. Habla de paz, de amor, de concordia, de buenas relaciones... Lo malo es que entre una y otra cosa mete tanta bazofia elemental, tanto credo al rubarbo, tanta literatura de diez francos, que sus palabras suenan a alaridos.

—¡Tú eres un cerdo comunista —le replica «François»—; un traidor, un apátrida!

—¡Y vosotros habláis contra el rearme alemán, pero en el fondo, la idea de ese rearme os satisface porque no sólo tenéis miedo a los teutones, sino miedo a Rusia!

«François» tiene entre ceja y ceja a los judíos. Suelta otra parrada contra ellos, y parpadea, satisfecho. Su alargada mandíbula tiembla de ira nacionalista.

El individuo de «L'Indépendent» tiene voz delgadita, de jeringa, una voz de base muy honda, pero sorbeteante. Dice algo en torno a esa concordia invocada por Castex, y habla de un socialismo sistemático, de un estado-empresario, de unos salarios mínimos, alegando que todo cuanto ocurre en el mundo «paysan»—lo que les pasa a ellos, lo que ha motivado su viaje a Perpignan, su reunión sindical y el almidón de sus camisas a cuadrillos—, es debido a la falta de un radicalismo socialista absoluto y templado al propio tiempo, a falta de una organización mecánica que arremeta con todo y lo ponga en orden. «Porque, en Francia—asegura, recogiendo la frase de «François»—, somos ricos, pero estamos muy desorganizados...».

El comunista—porque, claro, el «paysan» del pañuelo es comunista—, se suena las narices antes de



Banquete de la Agrupación «El Toro», de Toulouse, integrada por emigrantes españoles, presidida por el padre Bohigas

ahogar las palabras del lector. Grita, grita, se agita, se endeza...

De pronto, mi compartimento parece una reunión de diputados. «François» se olvida de sus mangas ridículas, y muestra unos gemelos de ochenta francos, y levanta la tráquea por encima del alzacuello, y evidencia las caries de sus dientes, todo en honor de éste que lo es y en contra del judaísmo capitalista.

Además de hacer lo «François», grita el del diario, y gritan los demás «paysans», y yo escucho, y ronca como un cerdo—comunista o corriente—, el elemento que tan sólo mostró cierto interés cuando se hablaba de un encuentro de rugby con los campeones de Carcassonne.

Parece que se olvidan de que uno tiene voz. Me paso veinte o treinta, o más kilómetros asintiendo, y sonriendo, y arqueando las espaldas. Intento sollamar mi pipa, y me salen, al vuelo, dos cajas de cerillas y un mechero. ¡Ah, sí, la «politesses»!... Me duele la cabeza...

¿Cuarenta? ¿Cuarenta horas?... Sí, leo algo de eso en una cabeceira del diario del vecino de enfrente. Se lo pido, y lo abro. Leo que se va a celebrar un mitin, un pequeño mitin, un mitin de estar por casa, con el objeto de pedir una vez más las cuarenta horas semanales de trabajo, y, por si fuera poco, la elevación de sueldo-base?

¿Cuarenta horas de trabajo? Bueno, sí claro... Desde luego, ha de ser agotadora una serie anual de discusiones como la que ahora sostienen estos hombres. Dos, tres, cuatro sesiones semanales como ésta, producirán sin duda una fatiga extensa, una fatiga laboral de primer orden.

CATALUÑA, EN LECAUTE

Las nubes de verano pasan pronto. Esto, ha sido una de ellas. Estos hombres se apean en Lecaute. «François», apresuradamente, me explica que conoce Barcelona, en donde estuvo en 1929, cuando la Exposición, y que tiene una hija casada con un español emigrante, un tal Francisco Vilanova, de Hellín.

—Es español de las Castillas, de Sigüenza—dice—, pero no toca la guitarra ni le gustan los toros.

—Pues a mí, si me gustan—le replica el comunista, ante mi pasmo. Pero aduce, en el acto: —Me gusta eso del toro, aunque sólo en su colorido. Se debiera actuar con toros amaestrados, que supieran el arte como los «toreadores». «N'est pas?... ¡Ah, bien, y nada de matar!... La civilización universal no admite actos bestiales. ¿No basta con la guerra de Corea, «monsieur», no basta con el desangramiento de los pueblos chinos, con...?»

—«¡Allés allés!»...—el otro se lo lleva, lo empuja, y exclama, guiñándome el ojo: —No le haga caso. Ahora, «ellos» hablan así. Es la nueva lección. Cuando hay cambio de lección, se les nota enseguida. Son muy disciplinados, hay que reconocerlo...

El último en salir hacia el pasillo, es el de los ronquidos, un hombre alto, agrisado, de ojos relampagueantes:

—¿Sabe lo que dijeron cuando usted salió al pasillo?—pregunta.

—No lo sé, desde luego...

—Dijeron que fué una suerte para España que los de la otra «ambience» perdieran la guerra...

—¡Ah!...

—«Au revoir, monsieur...»

—«Au revoir...»

Se detiene, un momento, y asegura, con la mirada vuelta hacia un convoy de mercancías:

—Yo me llamo Nonell, y soy de Valls. Vine acá cuando lo de la Dictadura y no he vuelto. Ahora, soy francés nacionalizado... Me casé con una hija de Liberto Castresana, el de las «checas» de Madrid. Mi mujer, es católica. Yo soy ateo. En fin, yo no soy nada. Ni francés, ni español...

Se le traba la lengua; se embarulla. Me aprieta otra vez la mano. Siento algo así como una extraña vibración eléctrica al oír las palabras de este hombre, sus últimas palabras:

—¡Viva España, caray!...

—¡Viva España, Nonell, y viva Valls!... ¡Caray!... —repito.

Jatme POL GIRBAL
(Enviado especial)



LAS MÚLTIPLES VIDAS DEL SAMOVAR

EL samovar no recordaba dónde había nacido ni quiénes fueron sus padres. Sobre la mesa de encina oscura del salón, y durante las noches, le gustaba revivir todas las peripecias de su agitada existencia. De día, apenas le era posible entregarse a la voluptuosidad de sus pensamientos, ya que el sol bailaba en la estancia, impidiendo toda concentración. Durante la noche, los habitantes de la mansión subían a descansar; el silencio adueñábase de las ccsas. A veces se quedaba el escritor sentado en una butaca, frente al samovar, la mirada perdida en un lejano sueño. Se creaba un círculo estrecho de pensamientos, y cada uno—el escritor y el samovar—podía libremente meditar en cosas gratas a su alma.

El samovar había empezado su vida vulgarmente, en una *tchainia* (1), donde sus respetables proporciones decidieron al dueño a adquirirlo. Durante todo el día, su cuerpo desprendía un reconfortante calor, y muy avanzada la noche acudían a él para abrir su boca generosa y llenar un vaso bastante grande.

Allí conoció a un joven estudiante, que se entregaba a unos ideales altruistas y deseaba reformar el mundo; muchos años más tarde lo volvió a encontrar en un país extranjero, cuando los dos—el hombre y el samovar—representaban el papel de «refugiados políticos». Estaba cambiado. Su rostro, delgado y ardiente, habíase llenado de carnes blancas; su cuerpo—en otro tiempo ágil—ostentaba una ancha barriga, y sus discursos eran escépticos y crudos. Esta transformación causó una pro-

(1) *Tchainia*. En Rusia sitio público donde se toma el té.

NOVELA

Por **Sofía NOEL**

funda nostalgia al samovar, pues, como todos los ruscs, gustaba hundirse en el dolor, llorar y desear la muerte.

En la *tchainia* solía reunirse todas las noches una peña de cocheros. Dejaban sus troikas a la puerta y entraban sacudiendo la nieve de sus al-

diendo la nieve de sus al-
dian «té con una toalla». La criada, Macha, abría la boca del samovar, de donde salía el agua hirviendo, y traía la toalla, que se arrollaban al cuello, disponiéndose a sudar.

El samovar cantaba alegremente; su cuerpo, vibrante, algo ensanchado hacia la cabeza, tenía dos preciosos brazos de marfil. Era de cobre plateado y, desde luego, no había nacido para vivir en un ambiente tan vulgar. Los cocheros hablaban de los señores. El samovar fué puesto al corriente de una infinidad de detalles sobre la aristocracia. Cuando estalló la revolución, él sabía ciertas cosas tan interesantes que si hubiera tenido la dicha de poder hablar hubiera salvado no pocas vidas humanas.

También acudía por la noche un viejo señor, muy correcto, muy pálido, con ojos tristes, que se sentaba frente a él sin decir nunca nada; bebía sus cuatro vasos de té hirviendo y se marchaba.

A veces había fiesta. Los cingaros llegaban en grupo. Se sentaban formando semicírculo, y bajo el mando de una vieja enorme, repleta de collares de color, de trapos viejos, de anillos hechos de hojalata, rompían a cantar. Eran extraños cantos desgarradores, que hacían callar a todo el mundo. Sólo podía oírse la respiración conmovida y precipitada del samovar. Hablaban de países lejanos, de bellísimas mujeres, de pájaros azules, de amores perdidos, de sonidos de campanas rotas y de pa-

rajes desiertos donde yacía su felicidad. Las mujeres abandonaban su cabeza entre las manos, la mirada borrosa, la boca seca de emoción. Los hombres, silenciosos, procurando que nadie les viera, se cubían una lágrima huidiza. Al samovar le gustaban enormemente aquellas fiestas. Los concurrentes acompañaban el té con vasos de vodka, lo que enardecía aún más la sangre. Bailaban. ¡Qué danzas tan locas, tan fantásticas!

Una noche entró un cosaco. Tenía un cuerpo nervioso, de cintura estrecha; llevaba alto gorro de astracán negro y muchos cuchillos. Se puso a bailar con ellos. Todo el mundo seguía el centelleante juego de las hojas crueles en el aire brumoso de la *tchainia*. El samovar parecía, como siempre, quieto y normal; pero por su cuerpo relumbrante pasaban los destellos fugaces de los cuchillos del cosaco.

La segunda época de su vida se desarrolló en casa de un rabino, que lo compró al dueño de la *tchainia*, al cual, por ser caucasiiano, le había entrado melancolía y quería volver a ver el sol.

Este era un ambiente muy distinto. Generalmente pasaba el día con las mujeres, pues los hombres estudiaban y rezaban en un cuarto donde él no tenía acceso. La esposa del rabino y sus cuatro hijas constituían el grupo femenino. ¡Qué agradable era ser manoseado por tantas manos acariciadoras! Se enamoró de la más joven; se llamaba Miriam, y cuando, llena de coquetería, admiraba sus dieciséis años en el cuerpo de cobre plateado, limpio y brillante del samovar, éste se hinchaba y resplandecía de felicidad.

Le gustaban las fiestas tradicionales, cuando se alargaba la mesa y los candelabros de siete brazos iluminaban el blanco mantel, los vasos de cristal, los cubiertos de plata, poblado la estancia de sombras agigantadas. El samovar ronroneaba en su rincón, escuchando los rezos que pronunciaban los hombres con la cabeza envuelta en el suave *tales* de seda.

En esta nueva casa, desde luego, no se divertía tanto, no veía caras nuevas y pintorescas ni escuchaba los desenfadados cantos de los cíngaros; pero era otra cosa lo que se respiraba aquí. Un aire de misticismo y de misterio. A veces, durante la noche, cuando todos dormían y todavía conservaba el samovar en su cuerpo algo de tibieza, bajaba Miriam de puntillas. Vestía una larga bata blanca, que parecía cubrirla de leche. Su cabello, largo, sedoso, de un color oscuro caía hacia atrás sobre la espalda. Sus ojos, rasgados, verdes, inquietantes, buscaban algo indefinido. Llevaba en la mano una vela, cuya llama se complacía en repetir varias veces el samovar en las distintas facetas de su cuerpo. Miriam se acercaba a la ventana de doble portición y parecía escuchar. Se quedaba largo rato inmóvil; luego, regresaba a sus habitaciones.

Una noche se desarrolló una escena irsólita, que perturbó profundamente al samovar. Miriam bajó más pálida—como una flor lunar en su blanco vestido—y se dirigió a la puerta de entrada. Transcurrió un rato de oscuridad y de preocupación para el samovar. Luego volvió Miriam, pero no sola. Iba acompañada de un joven desconocido, rubio, vestido de una larga pelizza. Allí, en la estancia silenciosa, a la luz de la vela, delante del samovar, se juraron eterno amor. Miriam acarició la cara del hombre. El samovar vió el brillo en los ojos de los jóvenes y notó cómo latían sus corazones. La entrevista fué breve; ya nunca más volvió el forastero.

El samovar se iba acostumbrando a su apacible vida en casa del rabino cuando estalló un gran pogrom. No asistió más que a fracciones de tragedias debido a su forzada inmovilidad; pero todo lo que desfiló ante él le causó profundo asco, y se volvió misántropo. Cosacos como los que había visto en la *tchainia*, en amables, tan alegres, con sus cantos y bailes, saquearon, golpearon, arrastraron por el suelo al viejo rabino. Hubo gritos, lamentaciones, súplicas; los candelabros cayeron a tierra. Miriam pasó ante él, desmayada, en brazos de un gigantesco cosaco pelirrojo, que reía de felicidad por haber encontrado un tal botín. Aquello fué horrible. El samovar ya no tenía ganas de vivir; se dejó caer y quiso suicidarse. Horas crueles lo hirieron, y quedó así durante horas, quizá días, en el silencio glacial que sucedió al pogrom.

Le habían dado por muerto; hasta que una mañana se encontró en pie y en manos de un «médico», que curó sus heridas y aseguró a su nuevo dueño que podría cantar y bullir como antes.



Allí se encontraba bien. Estaba cansado de los hombres; solamente pensar en ellos le mareaba. Dormía todo el día, procurando olvidar el pasado, los engaños y su frío interno. Debíó de viajar mucho tiempo y atravesar países y países.

Cuando lo sacaron de su cama, lo bañaron y luego lo dejaron expuesto en la tienda del anticuario. Le otorgaron un lugar en primer término. Debido a su magnífica figura, a sus brazos marfileños y a su pequeña chimenea en forma de sombrero de copa, lo colocaron en el escaparate.

Los primeros días, el ver tantos transeúntes le produjo un tremendo dolor de cabeza. Pocos se paraban. Iban vestidos de forma extraña; o la moda había cambiado o el país imponía aquella indumentaria. Las mujeres llevaban faldas tan cortas que descubrían sus piernas hasta por encima de la rodilla, y los hombres, unos pantalones estrechos, que les daban el aspecto de ridículos muñecos.

El samovar compartía el escaparate con un molino de café turco, un abanico español de fino encaje pintado y un cinturón de cuero cuajado de piedras de color, venido de la India. No llegaba a compenetrarse con sus amigos, que hablaban idiomas diferentes.

«¡Si yo hubiese estudiado más!...», pensó.

Poco a poco se fué habituando a la vida trepidante, a los coches que pasaban frente a él, a los tranvías y a la muchedumbre. Ya tenía sus conocidos. A las nueve de la mañana—hora de apertura de la tienda—veía pasar a un señor —siempre el mismo—con un largo pan en la mano, una mujer acompañada de un galgo y unos niños con su ama vestida con traje regional bretón... Al crepúsculo, encendíase frente a la tienda un farol de gas. Gustaba al samovar la lucecita azulverdosa encerrada en la caja de cristal.

Por fin, y tras muchos meses de inacción, pasó a manos de un músico célebre. Empezó para el pobre samovar una vida caprichosa y repleta de emociones. El músico era algo loco y, además, cultivaba sus excentricidades. Habíase dado cuenta de que éstas, tanto como su arte, si no más, atraían sobre él la atención de las gentes.

Cuando vió la enorme tetera, se dijo inmediatamente: «He ahí una pieza bonita y exótica. Me gusta.» «Siempre la llevaré conmigo», confirmó.

Las noches de concierto, su criado tenía orden de preparar el samovar. Este criado era inglés y no había visto nunca tal armatoste. No sabía cómo funcionaba, y tras infructuosos ensayos, tuvo que recurrir al chófer ruso—que, para no desmentir la realidad, era «noble y arruinado por la revolución». Al ver al samovar tan confortable, tan reluciente, con su bello cuerpo de curvas suaves y sus brazos de marfil bien torneados, se puso sentimental y le dirigió la palabra en su idioma nativo:

«¡Ah, querido compañero de exilio!... ¡Al fin vuelvo a encontrarte otra vez! Escucharé tu dulce voz paternal...» Y casi lo abrazó.

Para el samovar era agradable volver a oír su idioma y sentir correr la sangre caliente por su cuerpo varonil, mientras exhalaba las volutas de vapor, como otros tantos alientos vitales.

Cuando llegaba el músico con sus amigos, el samovar cantaba con juvenil frenesí. Habiendo renunciado a todo en el mundo y encontrándose de pronto arrastrado nuevamente por el torbellino de la vida, sentíase dispuesto a gozar de lo bueno y bello que ofrecía el destino. Eran reuniones muy agradables. Todo el mundo lo miraba, profiriendo exclamaciones de admiración.

Siempre es grato ser el centro de una fiesta, y más cuando está constituida por gente encumbrada. Aun siendo samovar, las palabras no dejan de llegar al alma y suavizar muchas cosas. Ni en la *tchaima*, donde su permanencia era considerada como natural y familiar; ni en casa del rabino, donde vivía pacíficamente; ni en el escaparate del anticuario, donde se confundía con la multitud de objetos extraordinarios venidos de todos los rincones del universo, había gozado de esta deliciosa sensación, tan nueva para él. Le consideraban como una cosa original, llena de encanto, de poesía y de majestad.

Tuvo que soportar reposos forzados en su cama blanda de paja y algodón, pues seguía al músico en sus andanzas a través del mundo.

Los cuartos de hotel se asemejaban en todos los países; pero bajo sus pies siempre colocaban un precioso tapiz persa de seda fina, de forma que él, aun en el extranjero, se encontraba muy a gusto. Además, seguía constituyendo el elemento de atracción de las reuniones, ya que el público cambiaba con mucha frecuencia y él parecía dotado a los ojos de los «nuevos» de cualidades poco corrientes.

Quedó bastante tiempo en una villa en Suiza, donde su dueño pasó una temporada de reposo. Fue allí donde encontró al joven estudiante de su juventud, transformado en un gordo burgués antipático.

La sociedad que solía acudir a la casa era de lo más cosmopolita, y el samovar se divertía en identificar la nacionalidad de la gente por el tono de su voz. Allí conoció a una mujer, que había de ser el segundo amor de su vida. Nunca—hasta entonces—dejó de pensar en la inquietante Miriam, cuyo fin sospechaba trágico. Esta era muy distinta de la joven judía. Era inglesa; tenía un cuerpo frágil, cabellos como ceniza apagada y unos dedos largos con uñas pintadas.

Ciertos amores empiezan por un sentimiento de admiración, dejando al ser alelado, embrujado. Otros principios de cariño se basan en la compasión y la ternura. Esta era la clase de amor que sentía el samovar por la inglesa.

Se quedó muchas tardes entregando el calor de su vida a los amantes, en finas tazas de porcelana, en cuyo fondo se podía ver al trasluz una cabeza de mujer china. No tenía celos, puesto que su amor—a pesar de ser profundo y sincero—estaba por encima de esta clase de trastornos, susceptibilidades y molestias humanas. Fué espectador quieto, impassible, pero conmovido por el desarrollo amoroso. Llegó a interpretar el grado de felicidad de los dos amantes, según la manera que tenían de abrir su boca plateada. Vivió con ellos una época de intensa pasión.

El samovar se hizo filósofo. Esperaba el final del idilio, pues ya se había acostumbrado a la forma particular que tenía el músico de tratar a las mujeres. Sabía que aquella felicidad sería breve; pero cuándo ocurriría el desenlace? Esta vez, la mujer era de naturaleza superior a las demás. Le recordaba la música de los cingaros. Bajo su aspecto de rubia inglesa vivía un mundo tejido de fuego y ensueño. A la luz del amor, el samovar

comprendía muchas cosas. Había aceptado totalmente su papel anónimo, y asistía al espectáculo con vivo interés.

La atmósfera se enrarecía; era algo impalpable. Le hacían funcionar con ritmo acelerado. Durante la noche, recurrían a su agua hirviendo para el té, que acompañaban con licres y humo de cigarrillos rubios. El aire se hacía denso. La pantalla se complacía en adornar al samovar de collares y trozos de brillo. Los amantes, silenciosos, miraban con ansiedad el gran reloj de pared. Debía de ocurrir una tragedia.

«¡Dios mío!—pensó el samovar—. ¡Que no vuelva a vivir los antiguos horrores de la casa del rabino!»

Asistió al suceso. Su dueño se había marchado y no quedaba en el salón más que la mujer. Se levantó ésta del sofá donde estaba descansando, y cogiendo un tubo lleno de pastillas redondas y una taza, se acercó al samovar para tomar agua. El sintió la mano helada de la mujer sobre su cuerpo; vió cómo bebía y cómo luego se echó otra vez sobre el sofá.

El extraordinario silencio de la estancia empezó a molestarle. Duró muchas horas. La mujer, aun seguía durmiendo. Entonces intuyó que algo anormal había sucedido.

Tenía la mujer la faz blanca, con grandes ojeras azules, y sus dedos caían, lívidos, hasta el suelo. Entró su dueño, y cuando el samovar vió aquella cara verdosa comprendió que había sucedido lo peor. Las lágrimas llenaron su corazón, y al evaporarse pusieron un vaho sobre el cuerpo de cobre plateado. Su dueño perdió el agrado de vivir; decidió retirarse a un lugar solitario.

Hombre generoso, no quiso vender el samovar, y lo regaló a un joven pintor que vivía en una gran miseria.

Fué acogido con alegría en su nueva casa. El pintor y su mujer—los dos jóvenes y llenos de ideales—lo pusieron en el sitio de honor y se quedaron mucho tiempo contemplándolo.

—¿Vendrá de muy lejos?—preguntaba la mujer.

—Sí, querida. De un país donde hay mucha nieve y noches de luna blanca. Precisamente leía el otro día un cuento de Andreiev, en el cual se hablaba de un samovar...

Pero los pobres no podían gozar a menudo de su alegre bullir, pues el pintor salía muy temprano con su caja, su silla plegable y su sombrero ancho. La esposa quedaba en casa cuidando la comida, remendando y limpiando.

Muchos días no comían más que un plato de patatas. Le causaba pena al samovar ver aquella miseria, tan sencilla y sonriente cuando el pintor estaba satisfecho de su trabajo, y tan amarga cuando el día había transcurrido infructuoso.

Comenzaron a vender los pocos objetos de valor que adornaban el estudio. Pronto no quedó más que el samovar, avergonzado de su cuerpo espléndido y de sus costosos brazos de marfil. Ya nunca podrían encenderlo: no había combustible. Sin embargo, no pensaron en desprenderse de él.

Tomó afecto a sus nuevos dueños; tenía frío, pero no estaba resentido contra ellos. El samovar vivía la lucha del artista para con su arte.

Ciertos días aparecían algunos visitantes; a veces compañeros; en otras ocasiones, posibles compradores. Todos se fijaban en el samovar y exclamaban:

—¡Pero de dónde habéis sacado esta maravilla!

Lo tocaban y acariciaban. El samovar estaba triste, no podía hacer nada para ayudarles. Cavilaba... cavilaba... y se decía: «¡Si pudieran tener solamente lo que tiraban los criados en casa del músico! No entiendo... ¿Por qué tienen que pasar por tan malos ratos? Ella trabaja durante todo el día; es dulce, amable, ama a su marido... ¡Cuántas veces la he visto llorar, rendida de cansancio, y cuando él llegaba sonreír para animarle! El es un gran pintor...»

El pintor por fin, llegó a vender un cuadro a un señor gordo, que llevaba un anillo con un brillante en el dedo meñique y una perla en su corbata de seda con florecitas azules. Era precisamente el cuadro que más le gustaba al samovar. Representaba agua transparente y pura, en la cual unos chopos verdes se reflejaban. Su dueño debió de pintar aquel cuadro en una tarde de primavera, cuando toda la naturaleza reposaba feliz y el viento, cansado, se había detenido.

Esa debía de ser la razón por la cual al mirar aquel cuadro uno se encontraba más sereno, más ligero y menos torturado por los problemas del

comer y del vestir. El samovar, al igual que el pintor y su mujer, se alegró de los billetes de cien francos que produjo la venta, y se entristeció al mismo tiempo, ya que había perdido un amigo.

La noche transcurrió con alegría. Hubo fiesta. Vinieron tres amigos a tomar té y comer pasteles, y como hacía tiempo que no había sentido el dulce calor de la vida en su cuerpo le costó algún trabajo al samovar ponerse a respirar con ritmo regular y optimista. ¡Qué dulce felicidad lanzar el humo por su pequeña chimenea y sentir que vertían más y más agua en su cuerpo para oírle cantar!

—Nunca ha funcionado tan bien el samovar —dijo su dueña—. ¡Qué bonito y alegre es verle así! ¡Qué bien sabían vivir los rusos!

El hubiera querido contestar:

«Siempre lo que ignoramos se presenta a nuestros ojos envuelto en un maravilloso misterio, como lo mejor y lo más bello del mundo. Pero allí, como aquí, como en todos los países donde mi azarosa vida me ha conducido, he visto cosas muy bellas y cosas muy amargas. No he conocido a nadie plenamente feliz. En el fondo confieso ignorar lo que buscan los hombres. Tal vez, amigos míos, las personas más felices que he encontrado en mi vida habéis sido vosotros. Tú, pintor, cuando has manchado tu tela con colores armoniosos, con ternas equilibradas, y tu rostro, repentinamente, parece bañado de dulce luz. Y tú, mujer, cuando has recogido en tus pupilas aquella luz que envuelve a tu marido. Si; pensándolo bien, he visto poca gente feliz. El amor, en general, no da la felicidad. Me acuerdo de Miriam; su amor era angustiado e inquieto. Y de la inglesa — ¡paz a su alma! —; ¡qué expresión tenía su cara pálida cuando en los brazos del músico escuchaba el tictac del gran reloj de pared!... El amor debe de ser algo muy especial, y solamente uniéndose al dolor se convierte en una cualidad superior y extraordinaria... De los pocos seres que he visto felices durante algunos instantes eran los cingaros de la «chainia», cuando cantaban embriagados de ritmo y de sonidos. Su felicidad se debía a la realización de una fuerza sorda, primitiva, que recorría su sangre apasionada. También, recordo detenidamente, he visto a otro ser feliz, con una extraña felicidad: el rabino, cuando había rezado durante horas, el día del «sabot». Su rostro expresaba un cansancio superior; tenía la frente tan blanca como su barba, y sus manos, como palomas sin hiel, daban bendición a todos los que le rodeaban. Su felicidad, tan opuesta a la de los cingaros, provenía de una sabiduría profunda, del apaciguamiento de sus apetitos primitivos y del amor altruista para con los hombres.»

Así filosofaba el samovar. Había vivido tantos ambientes y viajado tanto que podía permitirse este lujo de epicúreo.

«En resumen, amigos míos, la felicidad — la muy relativa felicidad humana — la poseen los artistas, los sabios y los seres primitivos que la civilización todavía no ha logrado enturbiar.»

Pero nadie, desgraciadamente, podía sacar una provechosa lección de sus discursos mudos. Era su «karma» (1) de samovar.

En la casa el dinero voló rápidamente. Tuvieron que comprar colores, telas, poner suelas a los zapatos, pagar una cuenta atrasada a la tienda de comestibles y con la adquisición de un nuevo abrigo para su dueña se liquidaron los últimos francos.

Volvieron los malos ratos, las patatas hervidas y el frío. Nunca habían sido los tiempos tan duros. ¡Hasta llegó a faltar el jabón para lavarse! Los dueños del samovar se encontraban en una situación trágica.

El señor gordo, con su perla en la corbata, entró una tarde en el estudio, y tras haber escogido un cuadro con el más bello marco que poseían sentenció:

—Estoy dispuesto a comprar este cuadro. Pero con una condición: quiero también el samovar. Pagaré lo que pidáis.

Y se sentó en la silla de madera desnuda que estaba a su alcance. El samovar temblaba. El sabía que no habría salvación. Las cosas habían llegado a tal extremo que no conservaba ninguna esperanza. Sin embargo, no tendría que marcharse de la casa del pintor aquella tarde. El señor



(1) Karma: Ley de acción y reacción en la religión budista.

gordo tras una hora de espera, tuvo que retirarse sin haber obtenido el objeto de su deseo.

El pintor tenía fe en un imposible y maravilloso mecenas que en el último momento volvería a equilibrar las cosas materiales. Se habló de una señora de la alta sociedad que estaría dispuesta a entregar mensualmente unos mil francos a cambio de una tela cada dos meses. Era algo magnífico. Pero cuando el samovar vió a la señora en cuestión, con sus cincuenta años a cuestas, su abrigo de astracán, su sombrero a la última moda, su cara coloreada con exageración y el mórbido mirar de sus negras pupilas al fijarse en el pintor, comprendió que este negocio también caería en el vacío.

Su dueña había salido y la señora se encontraba a solas con el artista. Primeramente se puso a mirar todos los cuadros, dando gritos admirativos, con la misma afectación ante un paisaje, un retrato o un bodegón. El samovar veía a las claras que su actitud era fingida y que perseguía una meta muy distinta a la que esperaba el artista. Empezó a coquetear, a reír, echando la cabeza atrás. A pesar de su edad era aún una mujer deseable. Su tez conservaba una compacidad láctea; sus dientes brillaban entre el carmín oscuro de sus carnosos labios. El samovar conocía suficientemente a las mujeres como para darse cuenta de que lo que ella buscaba era al hombre y no a su obra.

La entrevista acabó mal. La señora marchó profundamente humillada, furiosa y maldiciendo a los artistas estúpidos.

No tuvo más remedio el pintor que acceder a las exigencias del señor gordo. Su dueña no pudo reprimir las lágrimas cuando un hombre cogió el samovar con burdas manos y éste abandonó definitivamente el estudio.

Empezó entonces para él su sexta vida en casa de un burgués.

Hasta aquel momento había compartido existencias agitadas y bohemias, de las cuales siempre se podía sacar una provechosa enseñanza. Ahora iba a transcurrir una temporada viendo vivir a gente mediocre, hinchada de pretensiones y con una falsa idea de la dignidad. Lo pusieron encima de una cómoda de caoba clara, de múltiples cajones, en el comedor.

La familia se componía del señor gordo, con su eterna perla en la corbata; de su mujer, llena de grasas linfáticas, difícilmente mantenidas en un corsé con ballenas; de los dos niños mayores y de la «pequeña», de seis añitos, sin contar las dos chicas de servicio y la tía soltera, que acudía de vez en cuando a las comidas, según su humor y el estado de su hígado, cansado por setenta años de existencia aburrida.

El samovar había adquirido el gusto de la psicología humana, y se dispuso a analizar los actos y las palabras de sus nuevos dueños. Las primeras preguntas que escuchó fueron:

—¿Qué es esta cosa tan rara? ¿Para qué sirve? —lanzadas entre risas estúpidas. Luego volvieron a sus ocupaciones: el gordo señor a leer una revista ilustrada, su digna esposa a su labor de media, los chicos a una partida de damas.

La niña—milagro de belleza, finura y gracia, entre el conjunto de fofas carnes familiares—tenía la vista clavada en el nuevo huésped. El samovar leía en esa mirada una estupefacta admiración, y cuando la niña, ligera, se acercó a él, comprendió que iba a tener una amiga en aquel ambiente hostil. Ella adelantó un dedo y observó cómo su yema dejaba un redondel opaco en el cuerpo plateado.

En aquella casa no acontecía nada importante, y a diario, sin embargo, se oían horribles voces que bramaban con ira, haciendo alusiones a cifras, a gastos, a mercancías, a acciones, a Bancos, a terrenos. Daba mareo.

«¿Por qué —pensó el samovar— tienen que llegar a un tal paroxismo de cólera cuando empiezan a hablar de esas estupideces? Veo que no les falta nada. Al contrario: comen demasiado; hasta enferman de tanto comer. Beben a reventar, visten con telas suaves y buenas, reciben gente —tan estúpida como ellos, pero reciben— con champaña y sabrosos pasteles.»

La vida allí no era nada divertida. Había un piano de cola magnífico, pero nadie lo tocaba nunca; y una enorme biblioteca, con gruesos libros encuadernados con pieles suaves, sobre las cuales se leían títulos en letras de oro, pero que nadie abría jamás.

Las visitas se sentaban a beber y contaban chis-

tes. Con sus voces groseras y chillonas —que hacían temblar la fina araña de cristal de la estancia— herían a los objetos bellos que por un azar burlón habían ido a parar a aquella casa.

El samovar no sabía en qué pasar el rato, y tras haber observado durante algún tiempo cómo se deslizaban los días en su ritmo eternamente igual, se quedó ensimismado meditando por qué el Destino le había colocado esta vez en un ambiente tan vulgar y aburrido.

Allí, por ninguna parte notaba un deseo de superación, un anhelo hacia algo superior, impalpable...; allí ni se rezaba, ni se amaba, ni se buscaba la dulce sublimación del arte. Pero en medio de la empalagosa mediocridad en medio de los vergonzosos chismorreos, en medio de la fiera y continuada lucha para ganar más y más dinero, que ellos no sabían aprovechar; en medio de todo este ambiente tan terriblemente «burgués», crecía un ser puro, al igual que en el estiércol nace, durante la primavera, la primera rosa de té.

La «niña» vivía en aquella casa. Escapando a los cuidados de su ama, corría al comedor a ver su «tetera». Reía feliz de admirar su majestad, su gigantesco tamaño y su chimenea en forma de sombrero de copa. Tocaba el samovar y, como la lejana Miriam, se miraba en sus múltiples facetas. El siempre había sentido simpatía hacia las mujeres. La niña le consideraba como a un ser dotado de vida, de pensamientos, de deseos, de cualidades y de defectos. Pronto abandonó a sus costosas muñecas y pasaba las horas libres con el samovar. Este supo que se llamaba Simone, que no le gustaba la escuela, que era francesa, nacida en París, y que hacía relativamente poco tiempo vivía en Bruselas.

—¿Comprendes, tetera? —(Aquí, el samovar sería brincarle el corazón; pero pasaba rápidamente aquella pequeña impresión de amor propio herido.)—No tengo amigas; se burlan de mi forma de hablar... Por eso me callo. Me gusta mucho ir a los estanques y ver a los patos y a los cisnes; pero más a los patos: son más amables y graciosos. Les llevo pan... Tienes que ver cómo se pasean en fila. Parecen hechos de celulosa, con sus picos amarillos...

Y reía. Le faltaba un diente.

—¿Sabes, tetera? Cuando lo paso mejor es contigo, y en la cocina, con Marieke. Es muy joven; habla flamenco mezclado con francés, pero yo la entiendo cuando me cuenta cómo es su casa. ¿Sabes? Vivía en Ostende, junto al mar, donde hay quisquillas, conchas y arena para hacer fuertes y castillos...

Al samovar le gustaba oír su vozcita, como de agua temblorosa y pura; sentir sus manos de dedos rollizos acariciarle, y su aliento empañar de un vaho fino el cuerpo de metal. Hubiera querido admirarse, bullir y cantar, para ver la sonrisa admirativa y extasiada de la niña. Desgraciadamente, le consideraban como un objeto de museo. Sus dueños debían de ignorar que aquella «cosa» tan rara servía para infundir vida y calor durante las blancas noches de luna en un lejano país, en aquella atractiva y romántica Rusia, donde había músicos que escribían composiciones llenas de desgarradora nostalgia.

En la casa del burgués no lo encendieron nunca. No tardaron en llegar, en forma de movilización general y declaración de guerra. El terror pasó como una sombra gigante sobre Bélgica. Dió comienzo en el continuo, trágico y fatigoso caminar de los refugiados.

Los dueños del samovar amontonaron baúles, cajas, abrigos y colchones en sus dos coches. La niña no quiso separarse de su amigo el samovar, y obligó a sus padres a llevarlo con ellos en el exilio. Lo envolvieron en una manta y con una cuerda gruesa lo ataron encima del coche, en compañía de objetos absurdos: una raqueta de tenis, una lámpara y una silla de madera ligera trabada con nácar. Casi no podía avanzar. Los fugitivos iban a pie, en bicicletas, en carretones, en tartanas; en último término, los coches.

Duró este éxodo días y días. Empezaron los bombardeos. La gente, súbitamente, se tiraba al suelo en una angustiosa inmovilidad. Un trozo de metralla hirió a la raqueta. Otro tiró a tierra la fina silla labrada.

El samovar seguía intacto. Veía cómo hombres y mujeres quedaban en medio del camino, llenos de sangre y con una expresión de miedo congelado. Faltaba gasolina; faltaba comida.

Por fin, el samovar, cansado de vivir amortajado, verdaderamente asqueado de todo lo que se desarrollaba en derredor suyo, ignorando cuántos días y cuántas noches interminables habían transcurrido, se encontró una mañana lejos de los ruidos de aviones, lejos de los gritos y de la sangre, y casi asustado del tibio silencio que le acariciaba como una mano. Los refugiados se hallaban en los Pirineos, en la frontera española. Había una cola interminable de magníficos coches sobrecargados. La gente, en el suelo, dormía, feliz de encontrarse lejos de la batalla. Los niños correteaban. La carretera era amplia, bordeada de árboles frondosos, ruidosos de pájaros.

Quedaron mucho tiempo en el pueblecito. Las tiendas se vaciaron; los campesinos se enriquecieron de forma mágica.

¿Qué importaba que los coches no pudieran cruzar la frontera! Lo esencial era salvarse. Destataron al samovar y éste se encontró por primera vez en medio de la naturaleza.

Era algo maravilloso. El cielo y los verdes —desde los tiernos verdes de la hierba, casi amarillos, hasta los duros, compactos verdes de los árboles de hoja perenne— se pusieron a jugar con él. Respiraba un aire puro; la tierra era algo rojiza, y las montañas, altas, de un bello tono de mora aplastada.

Unos campesinos catalanes lo llevaron a su masía. Les chocó la bella forma y los brazos labrados con finura del samovar. En aquella masía no estuvo limpio mucho tiempo. El humo de los leños le recubrieron de un vestido opaco. El, tan acostumbrado a la elegancia y a la higiene, miró asustado a la familia, que comía en una misma fuente enorme, una sopa desconocida, sin los cubiertos de rigor. Vió cómo entraban las gallinas, paseándose con desenvoltura; vió una ternera muy bonita, con sus ojos húmedos de enormes pestañas rizadas, y su traje de piel blanca, manchada de tinta negra, que acercaba su hocico al pan dormido sobre la mesa. Los hombres rodeaban su cintura con fajas encarnadas, y las mujeres llevaban un pañuelo alrededor de la cabeza, como en su lejano país de origen lo solían hacer las muchachas de la «tchainia».

Pasó una corta temporada con los campesinos, observando cómo se levantaban al rayar el alba, almorzaban con lomo y vino, y se marchaban al campo. Las mujeres ayudaban a los trabajos, y antes de abandonar la casa ponían la sopa al fuego. El samovar, durante horas enteras, escuchaba el crujir de los leños, el canto del agua y el zumbido molesto de las moscas. Se encontraba cansado. No había nacido para estos cambios de ambiente; le habían sacado de su círculo y se hallaba desplazado. El sol penetraba en la casa, y cuando se abría la puerta se veía danzar en el aire un polvo densísimo. Le entró nostalgia al sa-

movar, y un gran cansancio entristeció aún más su cuerpo deslucido.

Pero no tenía que acabar en la humilde masía catalana. Vino un señor de la ciudad a varanear, y el azar condujo sus pasos al encuentro del samovar. Era un escritor, un hombre que había viajado mucho y a quien le gustaban las cosas exóticas. Entró en la casa para beber un vaso de leche y descansar de su largo paseo. Vió al samovar, y el asombro más absoluto penetró en su alma.

—¿Qué demonios hace «esto» en vuestra casa? —interrogó dirigiendo su mano de intelectual en dirección al samovar.

Se acercó, levantándolo; lo volvió boca abajo y frotó con su manga el cuerpo ennegrecido. Luego se quedó pensativo.

El trato se hizo fácilmente. Lo envolvieron en una manta a cuadros, que pertenecía al escritor, y al cabo de ocho días hizo el viaje en coche hasta una ciudad del Sur, donde vivía su nueva familia.

El escritor solía quedarse muchas horas frente a él y pensar en la literatura rusa, en el alma eslava y en lo distinto de la psicología de aquella otra tierra donde vivían tantas mujeres como Ana Karenina, por la cual conservaba una pasión de juventud. El consideraba que el samovar era algo maravilloso, que el Destino lo había mandado como símbolo de sus anhelos de hombre y escritor universal. El sólo comprendía, entre todos los demás, la secreta poesía encerrada en el cuerpo de cobre plateado y por ello, lo miraba con ternura y cariño.

El silencio nocturno se cernía sobre ellos; el ambiente se hacía secreto y tibio. Aquellos ratos llenos de compenetración anímica, impedían al samovar caer en un estado peligroso de abulia provocado por su excesiva inactividad. Gracias a aquel mudo y profundo acuerdo entró de nuevo en su alma, algo envejecida, la esperanza. Pues él se conservaba, a pesar de todas las peripecias, fuerte y sano. Llegaría un día en el cual emprendería tal vez un nuevo viaje, un nuevo caminar... Volvería a oír el crujir de la nieve, los rezos, las lágrimas y las canciones; volvería a sentir correr en su cuerpo el calor de la vida, lanzando con ardiente fuerza bocanadas de humo por su pequeña chimenea en forma de sombrero de copa.

Las heridas de su corazón cansado por las tragedias, las miserias, el amor, el dolor; las luchas contra la pobreza, contra la mediocridad, contra —a veces— el mismo Destino, se curarían.

Llegaría a olvidar todo aquel peso de recuerdos que oprimían su alma, y nacería otra vez, dispuesto a entregar a quienes lo deseasen, su dulce y reconfortante calor.



TEATRO MARIA GUERRERO

Director: CLAUDIO DE LA TORRE

ALCANZA CON EXITO ARROLLADOR SU 117 REPRESENTACION

La sensacional comedia de

LAJOS ZILAHY

Adaptada por

VICTOR RUIZ IRIARTE

LA PUERTA ESTABA ABIERTA

Teatro MARIA GUERRERO
Ministerio de Información y Turismo
Director: CLAUDIO DE LA TORRE
SABADO 26 DE FEBRERO DE 1955
A las 7 de la tarde A las 11 de la noche
EXITO ARROLLADOR!
88 Y 89 REPRESENTACIONES
LA PUERTA ESTABA ABIERTA
Comedia en cinco cuadros, original de Lajos Zilahy, según la versión de Victor Ruiz Iriarte.
REPARTO
"El reparto de esta obra, que ha sido un éxito en todas las localidades, está formado por: Noriega, Cordero, Seco, Picazo, Rivas, Barden, España, Miranda, y toda la compañía.
DIRECCION: CLAUDIO DE LA TORRE
SECCION DE LAS LOCALIDADES
Madrugada, tarde y noche
LA PUERTA ESTABA ABIERTA

Teatro MARIA GUERRERO
Ministerio de Información y Turismo
Director: CLAUDIO DE LA TORRE
DOMINGO 27 DE FEBRERO DE 1955
A las 7 de la tarde A las 11 de la noche
EXITO ARROLLADOR!
90 Y 91 REPRESENTACIONES
LA PUERTA ESTABA ABIERTA
Comedia en cinco cuadros, original de Lajos Zilahy, según la versión de Victor Ruiz Iriarte.
REPARTO
"El reparto de esta obra, que ha sido un éxito en todas las localidades, está formado por: Noriega, Cordero, Seco, Picazo, Rivas, Barden, España, Miranda, y toda la compañía.
DIRECCION: CLAUDIO DE LA TORRE
SECCION DE LAS LOCALIDADES
Madrugada, tarde y noche
LA PUERTA ESTABA ABIERTA

con

| | |
|----------------|-----------------|
| ELVIRA NORIEGA | JOSE M. RODERO |
| CARMEN SECO | ANGEL PICAZO |
| MARIA RIVAS | RAFAEL BARDEN |
| LUISA ESPAÑA | GABRIEL MIRANDA |

y toda la compañía
TARDE Y NOCHE
en el

TEATRO MARIA GUERRERO



CUARENTA AÑOS DE EXPERIENCIA
EN LAS PAGINAS DE UN LIBRO

"EL FUTBOL NO LE IMPORTA A NADIE"

Entrevista para EL ESPAÑOL con
PABLO HERNANDEZ CORONADO

El socio número 13 del Real Madrid, ex seleccionador nacional y polemista famoso, es un autor capacitado para poder escribir "Las cosas del fútbol"

Uno de los más autorizados tratadistas de fútbol en España es, sin lugar a

dudas, Pablo Hernández Coronado. Empezó a jugar en 1916. cuenta casi cuarenta años de experiencia. A la derecha le vemos de portero del Real Madrid

pa la Federación Española de Fútbol, Hernández Coronado nos habla de las pequeñas cosas que constituyen los grandes problemas del deporte del balón.

LAS TRAMPAS EN EL FUTBOL

HERNANDEZ CORONADO.— «Las cosas del fútbol» no es nada más que una glosa de los jugadores, del balón, de las botas, de los traspasos, de los árbitros y de todos los factores que intervienen para que cada domingo unos pocos jueguen a la pelota y cientos de miles de personas les vean jugar. Todo esto tratado con sentido del humor y sin gravedad. Porque en el fútbol, como en todos los deportes, la nota destacada debe ser la alegría. En el fútbol unos juegan de jugadores, otros de entrenadores y otros de directivos, y cada uno debe desempeñar concienzudamente su papel para que el

juego sea posible. Pero sin darse demasiada importancia, sin pretender derivar de él consecuencias extradeportivas, y sin aburrir a los demás con metafísicas trascendentales, porque, no hay que olvidarlo, aunque sea el más divertido de todos, el fútbol no es más que un juego.



LA literatura del fútbol no se reduce solamente a las crónicas que los periodistas escriben después de cada partido y antes del partido del domingo siguiente. El fútbol tiene también sus tratadistas que van llenando cuartilla tras cuartilla para servirlos después al aficionado en un tomo bien impreso. Esta vez el autor del libro es Pablo Hernández Coronado y el nombre de la obra «Las cosas del fútbol». Si en este deporte la experiencia es un tanto a favor, justo es pensar que en Hernández Coronado tenemos a uno de los autores españoles más capacitados para escribir sobre fútbol. Desde el año 1916, que empezó a jugar en el equipo Stadium, sin olvidar tampoco los tres años de portero en el Real Madrid, hasta hoy, año 1955, Hernández Coronado no se ha desvinculado del deporte. Pues cuando dejó de pisar el césped de los campos de juego, lo hizo para moverse por los despachos directivos de los Clubs y de la Federación. Cuarenta años de experiencia encerrados en 275 páginas de un libro. En ellas se nos presentan las cosas del fútbol sin pasión, con objetividad y con buen humor. Hernández Coronado, socio número 13 del Real Madrid, es jefe superior de Administración y liquidador de Utilidades. Su aspecto actual es el de un funcionario de Hacienda: vestido con un traje gris de tono apagado, con gafas de cristales montados al aire, con dos focos para ver de lejos y para leer, con movimientos reposados, más parece un investigador que un entusiasta deportista. En una sala de visitas del edificio que ocu-

Mengoti, Manzanedo, De Miguel, González, Monjardín, Gutiérrez, Hernández Coronado, Sansineza, Peris, Comings y Víctor, en 1919





Entre pitillo y pitillo don Pablo nos habla de los problemas del fútbol español

BARRA.—De los que se reúnen cada domingo en un campo de fútbol, ¿quiénes son para usted los verdaderos deportistas?

HERNANDEZ CORONADO.—Para los profesionales, el deporte se ha convertido en oficio y lo practican con el mismo entusiasmo y alegría con que yo despacho expedientes en un Negociado. El deporte debe ser devoción y nunca obligación. En el fútbol profesional los jugadores lo practican por obligación, y cuando realmente es así, bien se les nota. En tal caso, los verdaderos deportistas son los del público.

RIOS.—¿Cómo justifica usted la popularidad del fútbol entre las masas?

HERNANDEZ CORONADO.—El juego del balón no adquirió relieve hasta que no se «inventaron» las competiciones oficiales. Mientras no intervinieron los puntos o la eliminatoria, la pugna por llevar la pelota de un terreno a otro no fué popular. Después, el público se divertía y se aficionó. Ocurrió algo parecido a lo del teatro, que si bien su más noble directriz es la de «castigar con risa las costumbres», el público acude a él más por reír que por el castigar. Ahora bien, en general, las competiciones se salen del marco del deporte, aunque sean su consecuencia casi inevitable.

BARRA.—¿Se suelen hacer trampas para que un equipo gane una competición?

HERNANDEZ CORONADO.—Se han hecho, pero no tantas como supone el público. Las suficientes para demostrar que el fútbol es algo serio, digno de que se hagan trampas, y las justas para no correr el peligro de que alguien piense que se toma a broma. Y eso de hacer trampas en el deporte es mucho más difícil de lo que pudiera creerse. Lo digo por experiencia. Mas no hay que ser maliciosos. En el Real Madrid siempre hemos sido lo bastante egoístas para velar por la pureza del deporte. Además, las trampas les hace el

que pierde y, aun más, el que ya nada tiene que perder.

Hernández Coronado extrae del bolsillo de su americana unas galletas del libro «Las cosas del fútbol». Pasa revista a las hojas y pronto da con la que buscaba. La deposita sobre la mesa que está ante nosotros para que podamos leerla. Tema: las trampas. Dice así: «Yo era portero y jugaba en la selección de Madrid contra el equipo militar de Lisboa. Al partido asistía Don Alfonso XIII, el embajador de Portugal y otros muchos personajes. Mediado el segundo tiempo, íbamos ganando 4-0, cuando se me acercó un comandante y me ordenó displicente: «Oye, muchacho; de orden de Su Majestad que hagan un gol los portugueses». Os juro que en mi vida me he visto en mayor aprieto. Comunique la orden a mis compañeros y como si nada: aquellos portugueses estaban decididos a no acercarse a la portería, y ya me veía en el calabozo, cuando un punterazo de un extremo se me coló pegado al palo, a pesar de mi estirada, porque, ¡horror!, en aquel momento me olvidé de la consigna.»

HERNANDEZ CORONADO.—Me contaron otro caso que tuvo lugar en un encuentro decisivo para el Campeonato, entre dos eternos rivales catalanes. Uno de los porteros había comprado al contrario. Se terminaba el partido y no llegaba el gol, con el consiguiente disgusto del intrigante. Por fin, éste se decidió a abandonar los pelos e irse de delantero. Sabía que el pelotazo más suave se convertiría en tanto. Pero uno de los defensas enemigos le cortó el paso. «¿Es que quieres que sigan esas cinco momias?—rugió el intrigante.» Y le contestó el defensa: «¡Claro; como que son los cinco que se han comprometido a no tirar a gol...!» Resultado del partido: tablas.

LA PARCIALIDAD DE LOS ÁRBITROS NIVELA LAS FUERZAS

RIOS.—Ahora que hablamos de resultados, ¿cuál es su opinión acerca de los árbitros?

HERNANDEZ CORONADO.—El público, indudablemente, influye en el juez de la contienda. Cuanto más pequeña sea una ciudad, hay mayor pasión en los graderíos y, por lo tanto, se coacciona más. Pero la supuesta parcialidad del árbitro no hace daño al fútbol, porque de esta manera se nivelan las fuerzas de los equipos rivales. Si los árbitros actuaran igual en todas las localidades, porqué el público fuera desapasionado, el Barcelona y el Madrid ganarían siempre. Y no hay que dar más vueltas a la cuestión: el fútbol en ese supuesto perdería interés.

BARRA.—¿Cree conveniente que en lugar de uno fueran dos o más los árbitros de un partido?

HERNANDEZ CORONADO.—Se habla de que sean dos los jueces, como en otros juegos, para que cada cual vigile una mitad del terreno. Esta solución nos parece peligrosa, pues resultaría más difícil la unificación de criterios. Sin embargo, como piden algunos, si a esos dos árbitros se suman los jueces de línea neutrales, los jueces de gol, un cronometrador oficial, etc., etc., tal

vez se logre que el equipo arbitral se integre por fuerzas aproximadas a las de un batallón. Desde luego así desaparecería el factor miedo del ánimo de los jueces, causa del 90 por 100 de sus errores. Pero sería más conveniente y barato aumentar el número de guardias, con la condición de que éstos no fueran de la localidad del equipo de casa.

Hernández Coronado deja de hablar. Entra en la habitación un señor y da a don Pablo unas instrucciones. Hay reunión en un Organó de la Federación. Salen los dos unos momentos, con la promesa de volver en seguida. Hernández Coronado es delgado y alto. Representa menos años de los que tiene. ¿Cuántos? Para no equivocarnos en el cálculo, apuntamos solamente que es padre de cinco hijos, el mayor de veintinueve años y el menor de diecisiete. Entra nuevamente en la sala y enciende un pitillo de tabaco negro con un encendedor de gas, que desprende una llama muy viva.

HERNANDEZ CORONADO.—Pues, sí; el fútbol no tiene problemas. Los árbitros no lo harán nunca bien, los desplazamientos serán siempre caros, los trasposos de jugadores se realizarán manejando muchas cifras... Todo esto son problemas sin importancia y en el fútbol, como en la vida, cualquier cosa tiene sus dificultades.

RIOS.—¿Son fundamentadas las censuras que se dirigen contra el Comité de Competición?

HERNANDEZ CORONADO.—Ese Comité acierta en lo principal, como el Alcalde de Zalamea. Es inevitable que al perderse los partidos, se busquen pretextos; el que sufre una derrota encuentra disculpas. ¿Y cuál más fácil que achacar al árbitro todas las desdichas? Lo correcto y lógico sería pensar que los contrarios han jugado mejor, pero cuando existe pasión no se puede pedir buen juicio.

RIOS.—¿Perjudica la pasión al fútbol?

HERNANDEZ CORONADO.—No lo creo. Lo único que me parece mal es que llegue al extremo de hacer depender el honor de una población de las botas de un delantero.

BARRA.—¿Hay algún responsable de ello?

HERNANDEZ CORONADO.—Intervienen bastantes causas: una de las primeras es precisamente la Prensa. Los críticos, por lo general, son partidistas y al escribir dejan que se desborde su pasión por su equipo favorito. El perjuicio que causan lo podemos ver cada día.

Hernández Coronado vuelve a rebuscar entre sus cuartillas y nos da una para leer: «Ya sé que todo el público no es malo y que siempre son solamente cuatro mozalbetes irresponsables los que tiran piedras; sin embargo, como siempre hacen más ruido diez que chillan que mil que callan, esos cuatro mozalbetes se imponen. Me atrevo a suplicar a los callados que cuando los mal educados chillen, ellos vociferen en contra y que se dediquen a apedrear a los cuatro mozalbetes. Verán cómo resulta una cosa muy divertida. Todo menos tener que verse defendidos al día siguiente por los cronistas indige-

nas con aquello de: "El culpable de los incidentes fué el equipo visitante que con sus desplantes y juego sucio provocó al paciente público local". Dejamos la cuartilla sobre la mesa, convencidos de haber leído repetidas veces las últimas frases.

SE GANARON TODOS LOS PARTIDOS INTERNACIONALES

HERNANDEZ CORONADO. — Insistiendo sobre el mismo tema, recuerdo que en uno de los partidos que hace años jugó el Madrid fuera, en una ciudad con una afición joven y pujante, la actuación del equipo despertó tal entusiasmo que le despidieron con cantos, algunos de los cuales rompieron los cristales del autobús. La fuerza pública detuvo a siete mozalbetes y los propios directivos del equipo local intercedieron por los detenidos, sin duda por estimarles una levadura provechosa. Se les soltó por «falta de pruebas». Pero había uno que conservaba los bolsillos llenos de piedras y encontró el gran argumento para su defensa: «No, señor; yo no era de los que apedreaban; la demostración es que mis piedras están secas y ha estado lloviendo durante todo el partido. ¡Yo las tengo desde esta mañana!»

En cuestiones de fútbol no todas las piedras van dirigidas al equipo visitante. Las hay también para los directivos del conjunto local, para los árbitros, por supuesto, y para los seleccionadores nacionales. La distribución puede parecer hasta equitativa.

Pablo Hernández Coronado ha sido seleccionador. Buen tema, ahora que se acercan las fechas de los partidos internacionales.

RIOS. — ¿Cuál fué su labor cuando, por razones del cargo, tuvo que designar al once español?

HERNANDEZ CORONADO. — Yo fracasé rotundamente, pues perdimos, por primera vez, contra la representación portuguesa. Y eso que la delantera era nada menos que Iriondo, César, Zorra, Panizo y Gaínza. Ya quisiéramos tener en estos momentos esos jugadores en plenitud de su forma...

BARRA. — ¿Qué resultados pronostica para los próximos partidos internacionales?

HERNANDEZ CORONADO. — Se ganarán todos, incluido el de Inglaterra. Y si no se ganan habrá que resignarse. Como se juegan pocos encuentros de esta clase, no es posible valorar nuestro fútbol frente al de los demás. Se debería aumentar el número de partidos y no se hace porque se les da demasiada importancia. Hay que celebrar entrenamientos, hay que acoplar el calendario...

En mi opinión habría que jugarlos en días de trabajo para no tener que interrumpir las competiciones oficiales. Y después, no llorar ni alegrarse en exceso. Que no nos abrumen demasiado con la trascendencia de uno de esos partidos, no sea que el delantero centro vaya a perder la ocasión de tirar a gol pensando: «¿Qué pasará en la O. N. U. si fallo?»

RIOS. — ¿Qué considera más conveniente, seleccionador único o un trió?

HERNANDEZ CORONADO. — Uno sólo, porque si los echamos



En el viejo campo de O'Donnell, el portero Hernández Coronado tratando de evitar goles. La foto es del año 1921, de un encuentro entre el Madrid y el Rácing



Con objetividad y buen humor, sin pasión, un jefe superior de Administración y liquidador de Utilidades que conoce bien el fútbol habla con nuestros redactores

de tres en tres se nos iban a acabar pronto.

RIOS. — ¿El mejor seleccionador?

HERNANDEZ CORONADO. — No recuerdo ahora quién fué el que ganó más partidos.

BARRA. — ¿Lo más difícil para la selección?

HERNANDEZ CORONADO. — La falta de homogeneidad en el juego que practica cada jugador. Esto se complica por la falta de valores excepcionales. El fútbol medio, sin embargo, ha mejorado mucho en técnica, táctica, preparación física...

Hernández Coronado nos relata ahora una anécdota de la época en que él tuvo a su cargo la selección. Cuando fueron a Lisboa a jugar el partido, en un banquete con el que les obsequiaron antes del encuentro, Hernández Coronado, con gran visión de lo que podría ocurrir, dijo que ganase quien ganase no por eso iba a perder Portugal parte de la gloria que le había proporcionado Camoens o Vasco de Gama. Como tampoco España sentiría merma de lo aportaron los Reyes Católicos o Colón. Entonces, un portugués le interrumpió: «Pero

Colón no era español, sino genovés.» Hernández Coronado le respondió sin titubear: «Y Vasco de Gama, gallego.»

EL FUTBOL NO LE INTERESA A NADIE

BARRA. — ¿Qué conocimientos se requieren para ser un técnico en fútbol?

HERNANDEZ CORONADO. — Todo el que esté vinculado a este deporte puede considerarse un entendido. No es preciso, desde luego, haber sido jugador para enjuiciarlo, de la misma forma que no es necesario ser pintor para juzgar un cuadro.

RIOS. — ¿Entiende el público de fútbol?

HERNANDEZ CORONADO. — El fútbol no le interesa a nadie. A la gente le gusta hablar y discutir, lo que suele ser más divertido que los partidos. Los espectadores van al campo para buscar temas de conversación, y no llegan a conocer el secreto de las jugadas ni a apreciar la belleza de ellas.

Cuando Hernández Coronado pronuncia estas palabras, en su rostro no descubrimos la menor huella de ironía. Sus ojos miran

tranquilos, como repitiendo que el fútbol no le interesa a nadie. Pensamos entonces en las controversias que se organizan después de los encuentros, que a veces suelen durar hasta que el equipo de turno alita al campo el domingo siguiente.

BARRA. — ¿Sería conveniente modificar el Reglamento de las Apuestas Benéficas?

HERNANDEZ CORONADO. — Por el cargo que desempeño en el Patronato, sé que existen muchas propuestas para introducir modificaciones en el sistema que ahora rige. A mí me parece que el vigente es bastante perfecto y que no se conseguiría nada con incluir en la quiniela más equipos.

RIOS. — ¿Juzga acertadas las críticas que últimamente se han hecho para que se supriman las quinielas?

HERNANDEZ CORONADO. — Yo no soy el más indicado para dictaminar si son perniciosas desde el punto de vista social y moral. Lo que sí puedo decir es que la Iglesia las ha aprobado. ¿Que hay muchos que se privan de lo necesario a fin de invertir su dinero en la adquisición de boletos? Mal hecho está, pero con suprimir las quinielas no se suprimen los tontos.

BARRA. — ¿Han influido las Apuestas en el desarrollo de la afición al fútbol?

HERNANDEZ CORONADO. — Indudablemente. Por eso los organizadores de carreras de caballos pretenden, con gran visión, crear un sistema análogo, y no para beneficiarse con sus ingresos, a los que renuncian por completo, sino para fomentar la afición.

RIOS. — ¿Cree usted que el auge del fútbol ha perjudicado a la fiesta nacional?

HERNANDEZ CORONADO. — Sí; el mundo del toro ha acusado el golpe. A los toros les falta encontrar un sistema de competición similar al del fútbol. Que se pudieran repartir puntos o eliminar a los diestros. Si existiera ganador y perdedor arrastrarían más gente.

BARRA. — ¿Tiene usted fe en algunos de los diferentes métodos que existen para adivinar las quinielas?

HERNANDEZ CORONADO. — Yo no creo en eso. Es igual que si me dijeran que haciendo tal o cual combinación acertaría las jugadas de ruleta. Sucede, sin embargo, que cuanto más avanzada esté la temporada, los resultados son más previsible, porque los equipos se hallan en mejor forma y hay menos probabilidades de que se produzcan sorpresas.

RIOS. — ¿Cuánto dinero ha ganado con las quinielas y como jugador de fútbol?

HERNANDEZ CORONADO. — Nada con las Apuestas y nada jugando. En mis tiempos todos éramos «amateurs» y nos costaba dinero practicar el deporte.

LA BAJA DE LOS SOCIOS, VENTAJA PARA LOS CLUBS

Hernández Coronado se apoya contra el respaldo del sofá en que se halla sentado. Permanece unos instantes en silencio. Sobre su frente se marcan unas arrugas. Nos causa la impresión que sus pensamientos le trasladan a los tiempos cuando él era jugador del Real Madrid. En su libro, hay un párrafo que bien pudiera ser el tema de sus recuerdos.



«No se debe olvidar nunca que el fútbol no es más que un juego»

«El tiempo que mis compañeros de bachillerato dedicaron a hacerse abogados, médicos o ingenieros de caminos, lo dediqué yo al fútbol. Y mirad: ahí tenéis una de las cosas para las que puede «servir» el deporte: para no ser ni abogado, ni ingeniero, ni nada útil; para que «dar en «sportman». A continuación justifica: «Y no digo por mí, que no he salido malparado de la aventura; pero me doy cuenta que de delegación de fútbol del Real Madrid no hay más que una plaza.» Nosotros aclaremos que Hernández Coronado la ha desempeñado.

BARRA. — ¿Se han producido cambios importantes en el Real Madrid desde que usted abandonó las tareas directivas en el Club?

HERNANDEZ CORONADO. — Ninguno fundamental. Se han fichando unos buenos jugadores y por eso se ganó la Liga el año pasado. Nada más.

RIOS. — Si se producen incompatibilidades entre el secretario técnico y el entrenador, ¿a qué son debidas?

HERNANDEZ CORONADO. — Siempre a cuestiones de carácter personal. Nunca por la índole de sus funciones, como pretenden algunos. Las competencias están bien delimitadas; las del secretario técnico terminan al borde mismo del terreno de juego.

BARRA. — ¿Qué problemas tienen planteados ahora los Clubs?

HERNANDEZ CORONADO. — Uno sólo: dinero. Los poderosos se diferencian de los que disponen de menos recursos en que aquéllos tienen más deudas.

RIOS. — Defina al socio del fútbol.

HERNANDEZ CORONADO. — El socio de hace muchos años era un pedacito del Club. Hoy sólo le mueve el interés de abonado.

BARRA. — ¿Sentirían los equipos poderosos la baja en masa de sus socios?

HERNANDEZ CORONADO. — Económicamente los Clubs saldrían ganando, porque esos aficionados volverían al campo el domingo siguiente pagando la entrada completa.

RIOS. — ¿Y en un equipo modesto?

HERNANDEZ CORONADO. —

Los equipos modestos no viven ni de la afición ni de los socios. Para subsistir tienen que tener siempre un «caballo blanco».

BARRA. — ¿Es usted partidario de que jueguen en equipos españoles futbolistas extranjeros?

HERNANDEZ CORONADO. — No veo ninguna causa justificada para que se les prohíba actuar en competiciones oficiales. Ahora bien: me parece acertado que no intervengan en el Campeonato de Copa.

RIOS. — ¿Apunta en España alguna nueva escuela de fútbol?

HERNANDEZ CORONADO. — Ninguna. Antes aun teníamos las clásicas: northona, de paso largo, y la de pase corto — muy acusada en Sevilla—. Pero hoy con la W M han desaparecido todas.

RIOS. — ¿Son justas las protestas de los equipos de Segunda División contra el España Industrial?

HERNANDEZ CORONADO. — Sí; están en su derecho al protestar. Este caso no debe repetirse y para ello hay que adoptar medidas.

BARRA. — ¿Debe de modificarse el Reglamento de fútbol?

HERNANDEZ CORONADO. — Aunque como español me cuesta trabajo reconocer que algo está bien, es forzoso admitir que el Reglamento, tal como está, no es ninguna tontería. A su amparo, el fútbol ha llegado a adquirir la categoría artística y científica que hoy tiene. Porque el fútbol es arte; basta leer algunas enciclopedia reñidas en las que para juzgarle han tenido que recurrir al Partenón, al violín de Sarasate o al cuadro de «Las Lanzas».

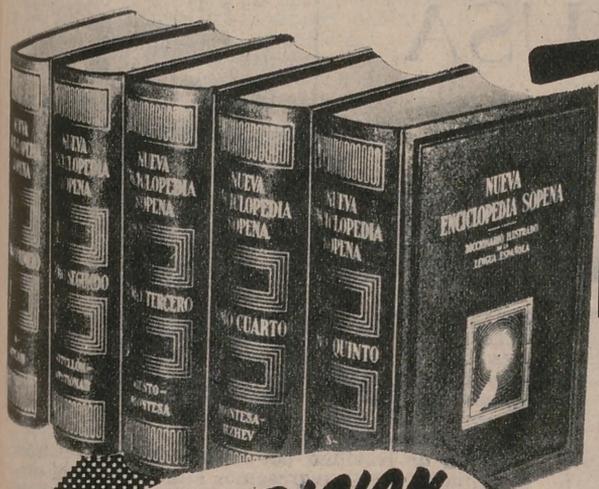
RIOS. — Y de cambiarse algo, ¿qué debe de modificarse?

HERNANDEZ CORONADO. — Hay tres modificaciones viables. La primera, supresión del «off-side». Aun suponiendo que esto sea un bien, yo votaría en contra, porque no hay que olvidar que la simple modificación del «off-side» nos trajo la W M, y es de temer que su supresión nos trajese otro par de letras más enrevesadas, haciendo ya indescifrable el crucigrama de las técnicas futbolísticas. Las otras modificaciones: reducción del número de jugadores por equipo y eliminar los castigos. Esto último es de mi invención. Podría ocurrir que sin «fauls» ni «penaltys» el fútbol se complicara con algún encuentro de lucha libre, pero el espectáculo saldría ganando y podría subirse el precio de las entradas. Afortunadamente, la facultad de modificación sigue estando en manos de los ingleses, y ya se sabe que el que éstos cambien de idea es siempre cuestión de siglos.

Hernández Coronado consulta la hora. Son las nueve menos cuarto de la noche.

HERNANDEZ CORONADO. — No admito ni una pregunta más. Como final de todas las que me han hecho, escriban las recomendaciones que hago en mi libro. Jugadores: jugad sin perder la vergüenza; aficionados: asistid a los partidos sin perder la educación. Así tendremos fútbol para rato.

Nos quedamos solos en la habitación. Entra un ordenanza para indicarnos el camino hasta la calle. Pero antes de llegar a ella, nuestro acompañante nos pregunta: «¿No les sobraria una localidad para el partido con Francia?»



7.000
PÁGINAS
 DE NUTRIDO TEXTO,
 CONTENIENDO:

- 15.400.000 palabras
- 89.500.000 letras
- 400.000 artículos enciclopédicos y lexicográficos
- 25.837 grabados entre texto
- 11 mapas a todo color al tamaño de triple y doble página
- 171 mapas en negro
- 57 láminas en color
- 44 láminas en negro al tamaño de página y doble página
- 400 grabados en negro a página entera
- Lista alfabética de 12.000 verbos españoles y paradigmas de su conjugación.
- SUPLEMENTO al final de la obra con los acontecimientos de última hora.

3ª EDICION
1955

Esto es lo que le ofrece a Vd. la
NUEVA ENCICLOPEDIA
SOPENA
EN 5 GRUESOS VOLUMENES

que gracias a su formato 20 x 25'5 cms. y al compacto tipo de letra perfectamente legible, contienen positivamente igual cantidad de texto en número de palabras y letras que otras enciclopedias en DOBLE NUMERO DE TOMOS.

La NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA es la única obra en su clase que proporciona la información verdaderamente amplia y moderna, a un costo positivamente económico, que la hace asequible a todas las clases sociales.

SUYA POR SOLO
75 PESETAS
MENSUALES

JAMAS se ha ofrecido una inversión más ventajosa en obras de carácter enciclopédico.

GRATIS

le enviaremos el hermoso FOLLETO ilustrado a todo color, al remitirnos Ud. el cupón adjunto.

CUPÓN PARA FOLLETO GRATIS

EDITORIAL EXITO, S. A.
 PASEO DE GRACIA, 24
 BARCELONA

Sírvase remitirme GRATIS y sin compromiso, folleto ilustrado y detalles de las condiciones de compra de la NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA.

Nombre y apellidos
 Profesión
 Domicilio
 Localidad
 Provincia

EDITORIAL EXITO, S.A. PASEO DE GRACIA, 24. TELF. 22-86-07. BARCELONA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

POR LA CAUSA DE LA PAZ

Por Trygve LIE

Trygve Lie

IN
THE
CAUSE
OF
PEACE

Seven Years with the United Nations

THE MACMILLAN COMPANY-NEW YORK

1954

TRYGVE Lie ha sido durante siete años secretario general de la Organización de las Naciones Unidas. Una gestión la suya en que no todo es trigo limpio. España, por ejemplo, nada tiene que agradecerle. Después de renunciar al puesto, Trygve Lie se retiró a su casa de campo «Lieset», situada en Røros Plateau, en medio de las montañas noruegas. Allí fué donde escribió el libro «Por la causa de la paz», que recoge los problemas e inquietudes de los primeros pasos de la nueva entidad internacional. No es exactamente una historia completa, pues deja fuera de sus páginas muchos de los asuntos en los que intervino la Organización, como el de Indonesia, las colonias italianas, la misma intromisión en los asuntos internos de España, en la que Lie adoptó tan poco gallarda actitud. Tampoco es un libro de texto para expertos en relaciones de los Estados. El autor declara que su obra se apoya en documentos oficiales, informes y en su propio diario. En sus páginas no se intenta ocultar los defectos e imperfecciones de las Naciones Unidas. Trygve Lie acusa también. Y llega a la conclusión que la Unión Soviética es tan peligrosa para la paz como lo fueron algunos de los regímenes políticos derrotados en la pasada guerra mundial. Mantiene la tesis de que el comunismo constituye una fuerza que sólo puede ser contenida oponiéndole la fuerza. Afirma, por último, que es necesario mantener unos efectivos militares capaces de hacer frente a la agresión, si ésta se produce. La actuación de Trygve Lie en la Secretaría General gestuvo de acuerdo con tales principios? ¿Fue acertada su oposición a que las autoridades de los Estados Unidos encargadas de reprimir las actividades subversivas investigasen sobre el comportamiento de algunos funcionarios acusados de servir a la causa comunista? Trygve Lie se esfuerza por justificar su oposición basada en escrúpulos legales. Sea como fuere, tales reservas conducen siempre a favorecer a un poder que, como afirma el mismo autor, se sirve para lograr sus fines de métodos y procedimientos que nada tienen que ver con la ley, con la paz y con la libertad. El tiempo, sin duda, vendrá a juzgar.

The MacMillan Company.—New York, 1954.

LLEGA UN TELEGRAMA EL DÍA DE NAVIDAD

Para mí no empezó todo en San Francisco o Londres, sino en una cabaña en las altas montañas de Noruega, el día de Navidad de 1945. El país había recobrado su libertad después de la ocupación alemana. Las penalidades de la guerra se habían terminado. Mi esposa, Hjørdis, y yo decidimos pasar las Navidades con nuestros tres hijos en compañía del matrimonio Bratz. La cabaña cons-

truida con madera se halla en la región central de Noruega, entre Hallingdal y Numedal, a unos 3.200 pies sobre el nivel del mar y a 15 millas de la estación de ferrocarril más cercana. La satisfacción de vernos reunidos nuevamente nos hizo olvidar las preocupaciones del mundo que habíamos dejado a nuestras espaldas.

El día de Navidad por la mañana fuimos todos a esquiar. Cuando regresamos a la cabaña con excelente apetito, me dieron un telegrama procedente de Oslo. Decía así: «El jefe de la Delegación americana en la Comisión preparatoria, Mr. Stevenson, ha preguntado a Colban si el ministro de Asuntos Exteriores, Lie, aceptaría el nombramiento de presidente de la Asamblea General que tendrá lugar el próximo día 10 de enero. Mr. Stevenson no puede anticipar nada acerca de los resultados de esta propuesta, porque la cuestión no ha sido sometida aún a las otras delegaciones; no obstante, si el ministro Lie se muestra conforme, los americanos propondrán a él. Urgente contestación telegráfica.»

Después de estudiar el telegrama, lo leí varias veces en voz alta para que se enteraran de su contenido los demás. Mi primer sentimiento fué de disgusto. El telegrama era una especie de intromisión en nuestra felicidad. Se trataba de una voz de alerta para recordarnos que los problemas del mundo no admitían demora en su solución. Ha sido costumbre siempre en nuestra familia adoptar las decisiones importantes después de atender los diferentes puntos de vista de cada uno. Todos se mostraron conformes en que no podía negarme a dar mi nombre para desempeñar el cargo. Así, pues, mi contestación fué afirmativa. Escribí la respuesta en un trozo de papel y encargué a mi hijo Knut que telegrafiará al Ministerio de Asuntos Exteriores de Oslo.

Regresé a la capital y sometí el asunto al Gabinete. Me autorizaron a dar una contestación definitiva en Londres. El día 8 de enero llegué a Inglaterra, y aquella misma tarde me entrevisté con la Delegación americana. Aunque creía antes que Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña apoyarían mi candidatura, la verdad es que este último Gobierno era partidario del ministro belga Paul-Henri Spaak. Por lo tanto, informé a los americanos que mi deseo era que se retirara la propuesta, pues consideré perjudicial para los intereses noruegos oponerse al nombramiento del belga, amigo y colaborador mío durante los años de la guerra. El día 9 por la mañana me informaron que la elección de Spaak podía considerarse segura, porque contaba con mayoría a su favor.

Al día siguiente, fecha en que se elegía al presidente de la Asamblea, Feodor T. Gousev, embajador soviético en Londres, me dijo que su Delegación había sido informada por la americana de mi decisión de retirar mi nombre. Añadió que, a pesar de ello, la U. R. S. S. y los Estados europeos del Este deseaban apoyar mi designación. Spaak no podía ser aceptado por ellos debido a que le consideraban defensor del bloque occidental. A todo esto respondí que la solución sería proponer que don Eduardo Zulueta Angel, de Colombia, presidente en funciones de la Comisión preparatoria, asumiera también la presidencia de la Asamblea general. Pero

Gouse se opuso rotundamente a esta sugerencia. Por último, me anunció que había hablado con los norteamericanos y que se mostraron partidarios también de mi candidatura. La Unión Soviética me propondría —añadió— y Estados Unidos votaría a mi favor.

SECRETARIO GENERAL Y NO PRESIDENTE

Expuse la situación a la Misión noruega, y mis compañeros consideraron que en tales circunstancias no podía negarme a los deseos de americanos y rusos sin perjudicar los intereses de mi país. De todo esto se dió parte a los ingleses.

Abierta la sesión, el primer ministro, Clement R. Attlee, dió la bienvenida a los delegados. Después se anunció que se procedería a la elección del presidente. Se concedió la palabra a Gromyko, que defendió mi candidatura. Zulueta Angel habló a continuación para recordar que la voluntad de la Asamblea debería manifestarse a través de una votación secreta. Tras un cambio de pareceres de varios representantes, se procedió a la elección secreta. Depositaron la papeleta 51 miembros y el resultado fué: 28 votos a favor de Spaak y 23 en apoyo de mi candidatura. Pienso que salí derrotado porque muchos delegados creyeron, por la defensa que de mí hizo Gromyko, que yo era el candidato exclusivo del bloque soviético.

Cuando después de esto empecé a leer en la Prensa mi nombre para la Secretaría, no se me pasó por la imaginación que pudiera ser designado para tal cargo, y mucho menos teniendo en cuenta que ningún delegado me había dicho nada ni en favor ni en contra. Intenté realizar unas gestiones para que se nombrara a Eden, mas renuncié a continuarlas en vista de que el Gobierno laborista no se mostraba conforme con la propuesta. Se hablaba también de apoyar la candidatura del general Eisenhower, pero, entre otras razones, se le descartó porque era opinión unánime que no debería desempeñar la Secretaría ningún representante de los cinco grandes.

En días sucesivos continuó sonando mi nombre en la Prensa, sin fundamento alguno, hasta que dos delegados australianos me comunicaron que su ministro de Asuntos Exteriores Herbert V. Evatt, les había transmitido instrucciones a fin de que se me proclamara para el cargo. Tras numerosas gestiones, el día 28 de enero, en una reunión de los delegados de los cinco grandes, Stettinius me propuso para desempeñar la Secretaría. Los rusos recibieron la idea con agrado; los chinos no objetaron nada; los franceses se mostraron conformes, a condición de elevar consulta a París; y el Gobierno de Londres dió también su conformidad. El día primero de febrero se reunió la Asamblea General y, por 46 votos a favor contra tres, fui nombrado primer secretario general de las Naciones Unidas.

UNIDOS EN LA GUERRA Y JUNTOS EN LA PAZ

Unas fechas antes de ser elegido, yo expresé el punto de vista noruego sobre la Organización de las Naciones Unidas. Los representantes de las pequeñas potencias habían censurado la posición de privilegio de algunos de los miembros, con puestos permanentes y derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Mi discurso se fundamentaba en que la paz no podría asegurarse dividiendo el mundo en dos bloques antagónicos, sino reafirmando la unidad entre las grandes potencias. Dije: «Los pueblos poderosos deben desempeñar un papel directivo en el Consejo de Seguridad... Las pequeñas potencias han de prestar su colaboración y confiar en aquéllos.» «Tengo la seguridad que la victoria ha sido posible por la completa cooperación y entendimiento entre las grandes potencias, y creo necesario asimismo que la paz y la seguridad tengan los mismos fundamentos. Si estuvimos unidos en la guerra, debemos permanecer juntos en la paz.»

Pronto se nubló el horizonte de mis esperanzas. La Unión Soviética, en todos los países del este de Europa liberados de la ocupación por los ejércitos rusos, hizo caso omiso del convenio de Yalta, por el que tenían que haber celebrado elecciones libres bajo el control o supervisión de los aliados. El Este cayó bajo el poder comunista, que no hizo otra cosa que imponer gobiernos a su estilo. La Conferencia de Potsdam en el mes de julio y la primera reunión de ministros de Asuntos Exteriores en Londres, durante el mes de septiembre, no sirvieron más que para poner de manifiesto el

desacuerdo. Ambas asambleas finalizaron sin llegar a un compromiso efectivo. Los proyectos para solucionar el problema alemán no pudieron realizarse y a pesar de los años transcurridos, todavía no puede afirmarse que haya una paz efectiva en Europa, con Alemania dividida en dos zonas, ocupadas por ejércitos que se observan con recelo y hostilidad. La cooperación mantenida durante la guerra empezó a romperse también ante los problemas de Grecia, Trieste, Indochina, Malaya, Irán...

En todos estos asuntos hice cuanto estubo en mi mano para lograr una conciliación. Cuando en los debates se empleaban expresiones agrias y los representantes se dejaban arrastrar por la pasión, sugería a Makin, el presidente, que aplazara las sesiones del Consejo y que sus miembros se reunieran en privado en mi despacho. Yo también recomendé a Bevin y a Vichinsky que moderasen sus expresiones. No deseaba que el Consejo degenerase en una tribuna propagandística. El presidente atendió mis ruegos y con la ayuda de algunos delegados, como Stettinius y Van Kleffens, se consiguió aplacar un poco los ánimos.

Pronto se planteó el problema de Siria y Líbano para recargar aun más la tarea encomendada a las Naciones Unidas. Y pronto también empezó el ejercicio del derecho al veto por parte de la Unión Soviética. Creo que nunca se enfrentó una Asamblea con un orden del día tan difícil.

NUEVA YORK, SEDE DE LAS NACIONES UNIDAS

La gran importancia política de domiciliar las Naciones Unidas en Nueva York no ha sido suficientemente valorada. Pues además del hecho de elegir el territorio de los Estados Unidos, tiene una destacada significación que se haya preferido la costa del Atlántico. Ha sido este uno de los asuntos más discutidos hasta llegar a un acuerdo definitivo. Las primeras conferencias tuvieron lu-

Tres regalos...

...TRES LIBROS excepcionales

...para la mujer



ANITA COLBY
TU BELLEZA

El tratado más completo de belleza, atractivo, personalidad y elegancia. El libro que toda mujer anhela y necesita. Lujoso volumen de 21 x 28, con más de mil consejos, mil anécdotas, mil ilustraciones. Segunda edición: 160 ptas.

...para la madre

Dr. B. SPOCK
TU HIJO

La puericultura de la madre moderna. Todos los problemas del niño, del nacimiento a la adolescencia. Un consejero médico del hogar. 300 págs. 15 x 21 cms. Ilustrado. Segunda edición: 125 pesetas



...para el hijo



G. AMALDI
TU MUNDO

Amenísima enciclopedia que contiene la Historia de la Tierra, la Historia de la Vida y los progresos de las ciencias modernas. 500 páginas 15 x 23 cms. 25 láminas en negro y color más de 175 ilustraciones en el texto. Enc. tela: 175 ptas.

RELLENE EL ADJUNTO BOLETIN DE PEDIDO

NOMBRE _____

DIRECCION _____

POBLACION _____

Desea recibir contra reembolso, libres de gastos, los libros siguientes:

Y REMITALO A SU LIBRERO O PROVEEDOR HABITUAL O BIEN A
EDICIONES DAIMON, MANUEL TAMAYO
PROVENZA, 282 • BARCELONA • TELEF. 28 55 86

DOLORES DE CABEZA

Recuerde
siempre...



CONTRA
RESFRIADOS
GRIPE
REUMATISMO

ASPIRINA

Eficaz e inocua

El remedio de fama mundial

CCS 14356

gar en Londres, cuando esta capital estaba sometida a los bombardeos y ello, indudablemente, tuvo poderosa influencia en el momento de adoptar una decisión. En el supuesto de otra futura contienda la sede de las Naciones Unidas situada en Europa podría verse aislada como ocurrió con la Sociedad de Naciones.

Se pensó en Ginebra, que gozaba preferencia sobre cualquier otro emplazamiento europeo, pero el Gobierno suizo no se mostró propicio. La tradicional hospitalidad de este país se mostró coartada por temor que la nueva Organización, dentro de sus fronteras, trajera dificultades para mantener la neutralidad. El punto de vista suizo cristalizó al fin, en la siguiente fórmula: damos nuestro consentimiento para que se establezcan los órganos de las Naciones Unidas en territorio de la Confederación, pero con el compromiso de que cualquier decisión del Consejo de Seguridad que suponga el empleo de fuerzas militares debe ser adoptada fuera de Ginebra y más allá de las fronteras suizas.

Personalmente, nunca consideré el emplazamiento ideal en un país esencialmente neutral. Los partidarios de situarlo en Europa dieron los nombres de Bruselas, París, Londres y también el de las capitales de los tres países escandinavos. Pero los problemas de toda índole que ensombrecían el futuro del Antiguo Continente hicieron que se empezara a pensar en Nueva York como lugar más conveniente para fijar la sede de la Organización. Las excelentes comunicaciones de este emplazamiento parecían garantizar el contacto con todos los problemas del mundo. Además, las facilidades técnicas que ofrecía esta capital eran muy superiores a las de cualquiera otra ciudad norteamericana, incluida San Francisco, que había ganado la voluntad de los representantes durante la Conferencia que allí se había celebrado.

Por noviembre y diciembre de 1945, cuando la Delegación noruega salió hacia Londres para tomar parte en los trabajos de la Comisión Preparatoria, llevaba instrucciones de no tomar la iniciativa en este problema y de defender, si se decidía establecerla en América, un punto situado en la costa atlántica.

Los partidarios de fijar la sede en Europa perdieron muy pronto la primera batalla. El Comité ejecutivo de la Organización recomendó a su sucesor, la Comisión preparatoria, que se eligiera residencia en Estados Unidos. Tal acuerdo se adoptó en contra de la voluntad de Philip Noel-Baker, que defendió hasta lo imposible a Ginebra. Después se hicieron numerosos tanteos a favor de Connecticut, Massachusetts, Rhode Island, San Francisco, que concluyeron con la elección de la ciudad de Nueva York.

Esa capital se hallaba superpoblada cuando empezaron a trasladarse a ella los servicios, muchos de los cuales funcionaban en las habitaciones de hoteles de viajeros. No hubo opción sino a elegir entre Hunter College y el edificio «Sperry», en Lake Success. Este último reunía mejores condiciones, con aire acondicionado, instalaciones modernas, etc. Y fué el escogido.

Recuerdo que en el primer día de estancia en Nueva York como secretario de las Naciones Unidas, se me ofreció un banquete y dije entonces:

—Estamos todos en Nueva York unidos en la misma empresa; ustedes están con ella, yo estoy con ella y, también cientos de millones de seres en cualquier parte del mundo donde se encuentren.

Nueva York se había convertido en la capital de la tierra. El haber establecido en ella la sede de la Organización suponía una seguridad de que los Estados Unidos no volverían a su antiguo aislacionismo, abandonando el papel rector que les corresponde en la tarea de salvaguardar la paz.

LA ORGANIZACION E HISPANOAMERICA

En enero de 1947 realicé mi primer viaje a Hispanoamérica. Tenía muchos deseos de tomar contacto con los problemas de estos países, que solamente conocía por referencias de segunda mano. Nunca me había desplazado hasta entonces más al Sur de Washington. Visité Méjico, América Central y la zona del Caribe. Sabía de antemano el disgusto que reinó en aquellos países por el papel secundario que se les dió en la antigua Sociedad de Naciones. Presentía, asimismo, la gran misión que le corresponde realizar en la nueva Orga-

ización y deseaba dar alientos a aquellos pueblos.

El final de la segunda guerra mundial les sorprendió en difícil situación económica. La Unión Panamericana, revitalizada en la Conferencia de Chapultepec el año 1945, había preparado el camino a la actual Organización de Estados Americanos, y muchos eran de la opinión que tal organismo reunía las características necesarias para resolver los problemas de los países adheridos, que en esencia se hallaban basados en la falta de capitales, de técnicos y de educación apropiada de las masas. Todo se reducía, en opinión de muchos, a dar mayor vigor a la Unión Panamericana y a la política de buena vecindad. Muchos gobernantes miraban resentidos a Norteamérica por su asistencia a las Naciones Unidas, que, según ellos, se realizaba a costa de los intereses de los pueblos americanos. Con tal punto de vista se podía llegar a consecuencias encjosas. Aunque el problema no era grave por el momento, se hacía necesario mantener cambios de impresiones con los dirigentes para hacerles ver lo que se podía esperar de las Naciones Unidas, y la importante misión que les estaba reservada en el nuevo orden de cosas.

Con tales fines visité Méjico, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Cuba, Haití y la República Dominicana. De regreso en Nueva York, después de un viaje de 8.400 millas, me di perfecta cuenta de la gran lección que había aprendido. Desde entonces se convirtió en tema obsesante para mí el ayudar a los países de economía poco desarrollada, y no descuidé las tareas del Consejo Económico y Social ni de los organismos especializados de la organización de las Naciones Unidas. Era urgente crear una estructura de bases económicas sólidas para garantizar la paz en el mundo. Este constituía un campo de actuación en el que yo podía tomar la iniciativa.

Como hice público, aquellos países poseían unos recursos que, debidamente puestos en explotación, eran suficientes para garantizar un elevado nivel de vida a cientos de millones de seres. Por eso adopté la resolución de crear cuanto antes una Comisión Económica para Hispanoamérica. Había que ayudar a levantar industrias, a incrementar sus recursos.

A mediados de 1948 esta Comisión estaba en marcha, integrada por veinte Repúblicas sudamericanas, Francia, Holanda, el Reino Unido y EE. UU. En el mes de junio empezaron a llegar informes, el primero de los cuales había sido elevado por Haití solicitando una Comisión técnica para asesorar al Gobierno en política económica. Ecuador, por ejemplo, pidió consejo para reorganizar su sistema administrativo; Guatemala quiso técnicos en economía; Méjico, asesoramiento técnico para sus proyectos agrícolas e industriales.

De los primeros trabajos de la Comisión surgió un plan de conjunto para coordinar las economías del Continente. Desde entonces esta importantísima región del globo ha sido objeto constante de los trabajos de las Naciones Unidas. Por lo menos se hizo algo importante: empezar.

MI PLAN PARA LA PAZ

Durante el tiempo que desempeñé la Secretaría de las Naciones Unidas hubo cuatro acontecimientos de capital importancia para la paz en Europa; la decisión de Estados Unidos de ayudar a Grecia y Turquía, el golpe de Estado comunista en Checoslovaquia, la ruptura del mariscal Tito con la Kominforma y el bloqueo de Berlín. El papel que desempeñaron las Naciones Unidas ante esos hechos es conocido de todos. Por si fueran de poca monta tales problemas, uno nuevo vino a complicar aún más las cosas: el de la admisión de la China comunista en la organización.

Los esfuerzos por llegar a un acuerdo sobre este punto no hicieron sino agravar la situación. Durante muchos meses los occidentales y Moscú no mantenían contactos diplomáticos. La Unión Soviética, después de su alianza con la República Popular de China, parecía querer encerrar dentro de los límites marcados por las fronteras de esos países controlados por ella. Washington, Londres y París, de su lado, montaron el pacto del Atlántico. Las Naciones Unidas, por lo tanto, parecían quedar relegadas a un segundo plano. Era preciso actuar para reanudar las negociaciones con el mundo comunista. Yo me mostré partidario del pacto del Atlántico, pero no hasta el extremo de

que dejara sin contenido a la organización de la que era secretario. Estaba convencido de que la paz tendría que basarse en la cooperación internacional.

Fué entonces, el 21 de marzo de 1950, cuando anuncié lo siguiente: «He recobrado las esperanzas por las recientes afirmaciones de los jefes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética acerca de las posibilidades de una pacífica coexistencia entre los diferentes sistemas económicos y políticos que ellos representan. Como las Naciones Unidas están fundadas en ese presupuesto, lo que nosotros necesitamos, lo que el mundo necesita es un programa a desarrollar en veinte años que nos asegure la paz.»

En vista de la buena acogida que tuvo esta sugerencia desarrollé el programa en los siguientes puntos: dar comienzo a una serie de reuniones del Consejo de Seguridad, con participación de los ministros de Asuntos Exteriores; realizar nuevos esfuerzos para establecer un control internacional de la energía atómica; dar fin a la carrera de armamentos; llegar a un acuerdo sobre las fuerzas armadas para someterlas a la autoridad del Consejo de Seguridad; admisión de todas las naciones dentro de la organización; un programa eficaz de ayuda técnica y económica para poner en explotación los recursos de los países poco desarrollados; una mayor actividad de los Gobiernos y de los organismos especializados de las Naciones Unidas para lograr un nivel de vida más elevado; respeto de los derechos del hombre y de las libertades en todo el mundo; promover por medios pacíficos el progreso de los pueblos sometidos a tutela o a sistemas coloniales para que ocupen un puesto entre las demás naciones libres, y, por último, un sistemático empleo de las atribuciones conferidas por la Carta para hacer realidad un Derecho Internacional aplicable a una sociedad universal.

ENTREVISTA CON STALIN

Resolví ponerme en camino para dar a conocer los puntos de mi programa en Washington, Londres, París y Moscú. El sábado 13 de mayo estaba en esta última capital. Zinchenko vino a mi habitación del hotel Nacional para anunciarme que Stalin me recibiría el próximo lunes, a las diez de la noche. Molotov y Vichinsky estarían presentes en la entrevista.

Hacia mucho tiempo que Stalin no recibía a ningún diplomático occidental. Al estrechar su mano tuve la impresión de hallarme ante un hombre vigoroso, a pesar de sus setenta años. Me dio bienvenida y pidió disculpas por la presencia de Molotov, que justificó por tratarse de un experto en los asuntos de las Naciones Unidas. Después tomé la palabra para expresar que sentía emoción al encontrarme hablando con él y con sus más destacados colaboradores. Le dije:

—Además de ser el dirigente de una nación de 200 millones de habitantes, ejerce su influencia en regiones pobladas por unos 800 millones más, sin tener en cuenta el número de seguidores de su doctrina en todo el mundo. Yo, por mi parte, no soy sino un hombre que trae una misión de paz.

Estas palabras mías no provocaron ninguna reacción en Stalin. De acuerdo con el plan previsto, me extendí en nuevas alabanzas sobre su país, que fueron escuchadas en silencio. Pasé después a recordar el llamamiento de la Asamblea General del 3 de noviembre de 1948, dirigido a las grandes potencias para renovar sus esfuerzos a fin de establecer una paz duradera. Añadí que cuando se adoptó tal acuerdo, Stalin, entre otros, estaba dispuesto a reunirse con los Jefes de Estado de los países occidentales.

Expuse después mi plan para asegurar la paz y sugerí que, para llevarlo a buen término, sería necesaria una entrevista con Truman, que podría celebrarse en Ginebra. Stalin era el llamado a tomar la palabra una vez que di por finalizada la exposición de los motivos que me habían llevado a Moscú, pero hizo una seña para que hablara Molotov.

Este dijo que había estudiado la proposición con interés y empezó a jugar con el término «mediador». Si lo que yo presentaba—añadió—era una sugerencia de mediación, tenían que reznar, porque era totalmente favorable a una de las partes.

—Estoy sorprendido—contesté—de que me acuse

de estar influido por los puntos de vista americano o angloamericano. No es posible que un «no comunista» escriba nada tan objetivo sin más fin que resolver la actual situación. Debe entender, además, que no vengo como mediador, sino como secretario general de la organización.

VICHINSKY DA EL GOLPE DE GRACIA A MIS PROYECTOS

Stalin hizo constar que estudiaría con atención los puntos de mi programa, pero que no podía asegurar una rápida respuesta. Poco tiempo después se produjo la invasión de Corea. La organización resolvió hacer frente al ataque. En tal estado de cosas, la Unión Soviética sólo tenía en su mano dos alternativas: o abandonar las Naciones Unidas por considerarla opuesta a la política comunista, o permanecer en ellas para tratar de ocultar su participación en el atentado. Optaron por esto último, y en la reunión de la Asamblea General de noviembre de 1950, Andrei Vichinsky dió el golpe de gracia a todos mis esfuerzos por la paz. Dijo así:

—Se ha hablado que Trygve Lie regresó de Moscú con su memorándum. No; él llegó a Moscú con su memorándum, que había sido ya sancionado por el departamento de Estado de los Estados Unidos de América, visado después por el Foreign Office en Londres y más tarde aprobado por Schuman en París. En otras palabras, fué aceptado por el grupo en pleno de conspiradores contra la paz, y después se presentó a nuestra consideración en Moscú...

LA DIMISION DEL CARGO

Durante los seis últimos meses que desempeñé el cargo, la Secretaría General se vió envuelta en enojosas consecuencias de la política estadounidense de represión del comunismo. Por ser humano, yo, desde luego, cometí errores. Censuras y alabanzas me arrastraron a posiciones que jamás intenté ocupar y a sentimientos que nunca defendí. Para comprender lo ocurrido en el tiempo que va

desde finales de 1952 hasta la primavera de 1953 es necesario remontarse al año 1946. Al comenzar a funcionar las Naciones Unidas tuve que reclutar funcionarios para la Secretaría con toda rapidez: 2.900 entre marzo y diciembre de 1946, y varios cientos más en 1947. Tengo que hacer constar que se buscaron referencias del personal admitido, pero no tenía en mi mano los medios que cualquier Gobierno posee en este aspecto. Otra dificultad de este reclutamiento fué el predominio de ciudadanos norteamericanos, sin que, por otra parte, las autoridades del país me ayudaran mucho en la tarea de selección.

Yo no sentí temor por posibles actividades comunistas en la Secretaría: no había nada que espiar. Los Gobiernos nunca enviaban informes secretos y la documentación era de propiedad pública. El trabajo en la Secretaría se realizaba bajo la inspección permanente de los Estados miembros. En 1946 y 1947 solicité al Gobierno norteamericano antecedentes de los funcionarios estadounidenses que trabajaban en la organización. En agosto de 1948, antes de las sesiones de la Asamblea en París, envié una lista de 377 norteamericanos para que se les extendiera el pasaporte, confiando en que me comunicaran cualquier razón legal que impidiese la concesión del documento. En junio de 1949, Byron Price, a instancia mía, solicitó del F. B. I. que nos comunicara cualquier antecedente que tuvieran sobre el personal que trabajaba en la Secretaría. La contestación fué un «no» rotundo.

En 1948 se hizo pública ante un Subcomité del Senado de los Estados Unidos una acusación según la cual cientos de agentes extranjeros se esudaban en la organización para realizar actos en contra de la seguridad del país. Un año después un testigo alegó que la Secretaría estaba bajo el control comunista. Todo se complicó ante la negativa de algunos funcionarios de responder a los interrogatorios del organismo encargado de investigar las actividades comunistas y subversivas. Suicidio del funcionario Abe Feller, colaborador íntimo mío y acusado por aquel organismo, me colocó en muy difícil situación.

Se planteó si era legal que funcionarios de las Naciones Unidas comparecieran ante los Comités de investigación, y se resolvió este problema con un orden de Truman en virtud de la cual se autorizaba a hacer averiguaciones acerca de los ciudadanos norteamericanos afechos a la organización, que podran ser realizadas por el F. B. I.

Por considerar que tales medidas se adoptaban en contradicción con los textos legales de las Naciones Unidas y en contra de su soberanía, presentar mi dimisión. En la tarde del lunes 10 de noviembre de 1952 hice pública mi renuncia a la Secretaría. Recordé en tal ocasión que ya en 1950 pretendí dejar el puesto, pero que la agresión en Corea me había impedido hacerlo. Añadí:

—Ahora la situación ha cambiado. Un nuevo secretario puede ser más útil a la organización que yo. Si la coyuntura empeorase, otra persona puede intentar nuevas fórmulas para llegar a un arreglo que no está ya en mi mano pretender.

La sorpresa en la Asamblea fué general.

Hice después una breve historia de mis servicios.

—Sólo quiero recordar ahora mi actividad ante el problema del Irán, de China, y mis intentos de llevar a buen término mi programa de diez puntos para garantizar la paz. A causa de mi apoyo a la resolución de las Naciones Unidas de hacer frente a la agresión armada en Corea, algunos Estados miembros me retiraron su confianza como secretario general. Pero hubiera soportado esta situación de continuos ataques de la Unión Soviética y de sus satélites si no comprendiera que la Secretaría General debe trabajar con la confianza de todos los miembros de la organización.

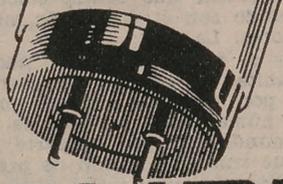
Cuando el 31 de marzo del año siguiente se anunció el nombre de mi sustituto, Dag Hammarskjöld, le dije:

—Al futuro y no al pasado debe dirigirse la atención de todos.

Recordaré, como final, las palabras pronunciadas por Eisenhower, el día 23 de septiembre de 1953: «Con todos sus defectos, con todos los errores, las Naciones Unidas representan aun las esperanzas de los hombres de sustituir los campos de batalla por una mesa de conferencias.»

La lámpara
fluorescente de

**MAXIMA
GARANTIA**



ELIBE
FABRICADA EN ESPAÑA CON LICENCIAS Y PROCEDIMIENTOS
WESTINGHOUSE

Con la lámpara fluorescente
ELIBE, resolverá cualquier problema de alumbrado en todos los sentidos, como **TONALIDAD, ECONOMIA Y DURACION**

INSTALE LUZ FLUORESCENTE...

...terminará usando **TUBOS ELIBE**

EL CISTER JUNTO AL TIBIDABO

VEINTE ABADESAS EN UN CONVENTO BARCELONES

VALLDONCELLA, VESTIDA DE BLANCO

JOSE Juan Domenech es el capellán del convento de monjas cistercienses de Nuestra Señora de Valldoncella, donde se hallan ahora reunidas más de veinte abadesas que han venido de otros tantos monasterios españoles, acompañadas cada una de ellas de otra monja en calidad de secretaria. El hecho no altera, en realidad, la paz interna de este convento de monjas de clausura. Pero tiene sus pequeñas repercusiones. Como esa de las llamadas telefónicas que registra el aparato supletorio de la casita del capellán, adosada a la parte del edificio que comunica con la iglesia.

Las cuarenta monjas forasteras han movilizado, sin pretenderlo, una gran cantidad de familiares y amistades residentes en Barcelona y sus cercanías, o incluso procedentes de sitios más remotos.

En la falda del Tibidabo radica actualmente el histórico convento de Valldoncella. A esta calle del cister se llega después de haber atravesado la de Claravall.

Cister. Claravall. Los nombres no pueden ser más apropiados. El Ayuntamiento de Barcelona se los concedió a estas calles, precisamente a petición de las monjas, que querían exteriorizar el recuerdo de los dos monasterios en que tiene su origen la Orden. Ambas calles son de reciente trazado. Como también el edificio del convento es relativamente moderno de construcción. Aunque la fundación monástica de Valldoncella se remonte a épocas muy antiguas.

—Poético nombre el de Valldoncella—me atrevo a interrumpir.

—Poético y significativo en cualquiera de sus dos acepciones. Porque, en efecto, el primitivo nombre catalán quiere decir exactamente lo que sugiere la palabra: Val-Duncelles, Valle de las Doncellas. Pero en las historias antiguas se le denomina «Vallis Domicellae», Valle de la Casita. Con lo que se alude, probablemente, a la pequeña capilla de Santa María, que, cedida a la Orden del Cister por el obispo don Berenguer de Palou II, en 1226, es el origen al monasterio primitivo.

LA ABADESA «ROCA»

Un salto imaginativo de más de siete siglos—a través de los cuarenta y cinco conventos de Valldoncella fué varias veces interrumpido, reedificado y cambiado de emplazamiento—nos coloca a



Los momentos de la misa de pontifical celebrada en el Congreso de Monjas Cistercienses en Barcelona

comienzos del siglo XX. Rige los destinos del convento doña María de la Esperanza Roca y Roca, una de las madres abadesas más beneméritas en la historia de Valldoncella. De espíritu firme como su apellido, ha de enfrentarse con un gran contratiempo. Verano de 1909. Barcelona sufre su luctuosa Semana Trágica. El monasterio cisterciense padece sus efectos. La madre Esperanza instala a sus monjas en sitio seguro, desde el cual contempla, en la madrugada del 28 de julio, la gran hoguera que arrasa Valldoncella.

La valiente abadesa no se amilana. Hay que construir un nuevo convento. Y cuatro años escasos después—mayo de 1913—inaugura, con sus monjas, el actual edificio, a 200 metros escasos de la cumbre del Tibidabo.

—Ni en los días más solemnes —aclara el capellán—adorna el altar mayor atavío alguno. Solamente las seis velas litúrgicas. Ni más luces ni una sola flor. Es costumbre arraigada en la mayor parte de los conventos cistercienses femeninos.

El coro es amplio. Se lo hago notar a mosén Domenech. Y responde:

—Tiene que serlo. Esta comunidad de Valldoncella ha sido siempre muy numerosa. Ahora hay nada menos que 65 monjas, contando tres novicias. De esas 65, solamente 12 son conversas o legas. El resto, de coro.

El coro para rezo del oficio divino es una de las notas peculiares de las monjas de clausura, cuya institución entra de lleno en el concepto canónico de Orden religiosa. Con los votos solemnes, la clausura y el régimen autónomo de los conventos, el rezo en común del oficio divino ha completado siempre los rasgos característicos en que las «Moniales» o monjas propiamente dichas, cifran su vida de contemplativas, que las distingue de las Congregaciones, Asociaciones o Institutos religiosos femeninos, cuyos miembros reciben canónicamente el apelativo genérico de «Religiosas».

EL DELEGADO DE LA SANTA SEDE

Precisamente para poner en práctica las últimas normas pontificias que regulan la disciplina canónica de las «Moniales», se hallan reunidas en Valldoncella las abadesas de 21 conventos cistercienses. No son éstos los únicos monasterios de la Orden. Hay otros 25 ó 26 que ya han celebrado meses atrás otro Congreso parecido en las Huelgas, de Burgos.

Finalidad principal de estos Congressos—que también han celebrado o celebrarán las demás Ordenes religiosas femeninas—es la constitución de Federaciones respectivas que agrupen entre sí, sin perder jurídicamente la necesaria autonomía, a los distintos monasterios que se rigen por reglas idénticas o similares a las de la correspondiente Orden de varones. La Sagrada Congregación de Religiosos ha nombrado en cada caso un delegado que presida las Asambleas y encauce los pasos en orden al establecimiento de la Federación.

Para las monjas cistercienses que se han acogido a la tutela de la Orden masculina de la Primitiva Observancia, el delegado de la Santa Sede es el prior de Poblet, padre Guillermo Aparicio. El padre Roberto Larrinoa, antiguo prior del monasterio de cistercienses reformados (o trapenses) de Cobreces, dirige, por disposición de la Santa Sede, el movimiento federativo de los otros conventos femeninos cistercienses, que se reunieron en las Huelgas, de Burgos, en diciembre pasado.

Esperamos unos segundos al prior de Poblet, una vez que el capellán de Valldoncella y este cronista concluimos de visitar la iglesia del convento. Desde el patio que une el templo con el monasterio, vemos salir por la puerta del vestíbulo donde se halla el locutorio a tres monjes vestidos de blanco. Dos de ellos llevan birrete—uno blanco y otro rojo—y anillo pastoral. Son dos abades. El más fuerte—el del birrete rojo—es el abad general de la Orden, Dom Shigardo Kleiner, de nacionalidad suiza. El otro, muy joven—apenas acaba de cumplir treinta y dos años—, es el padre Garreta, abad de Poblet desde hace pocos meses. Con ellos, un monje, más alto todavía que el abad Kleiner y joven también, aunque con algunos años más que el abad Garreta. Es el prior de Poblet y delegado de la Congregación de Religiosos para las monjas cistercienses de la Antigua Observancia: el padre Guillermo Aparicio.

Saludamos a los tres monjes y nos quedamos solos con el padre delegado. Incluso el capellán, mosén Domenech, nos deja departir mano a mano unos instantes. Pocos, de momento. Diez minutos después, el padre Aparicio será reclamado por las tareas del Congreso, que tiene que dirigir bajo la presidencia de los dos abades.

—El domingo, después del Pontifical podremos hablar más detenidamente. Pero ahora, unas palabras sobre la finalidad del Congreso, que no es otra que poner en práctica las directrices de la Santa Sede, expresadas en la Constitución «Sponsa Christa», de 21 de noviembre de 1950, y de las sucesivas Instrucciones de la Sagrada Congregación de Religiosos.

CLAUSURA PAPAL

El padre Aparicio habla tajante y sencillamente. Y le interesa deshacer equívocos. No se trata de reformar la institución de monjas de clausura. Tampoco modernizar o acomodar son palabras propias. «Aggiornare», dicen en Roma. Poner al día. Pero, entiéndase bien, hay dos aspectos en las nuevas disposiciones: el material y el espiritual. En el material, cuadra más la idea de «aggiornare». En el espiritual, más bien podría hablarse de reforzar.

—Un detalle concreto—me aclara el prior de Poblet—: el relativo a la clausura. En este aspecto, la Santa Sede no sólo ha abierto la mano, sino ha asegurado la primitiva acepción. Por de pronto queda suprimida la clausura episcopal. Ha de ser papal en sus dos matices: mayor y menor. La clausura mayor seguirá rigiendo para aquellos monasterios que «no admiten dentro de la casa religiosa—son palabras textuales de la «Sponsa Christa»—obras estables de educación, caridad, retiro, o cosas semejantes». La menor o mitigada, pero siempre papal, se reserva para aquellos otros que juntan, por prescripción o con auencia de la Santa Sede, la vida contemplativa con el ejercicio de ciertos ministerios en consonancia con ella. Pero aun esta mitigación sólo se refiere a las partes del convento o a las monjas que directamente se apliquen a dichos ministerios. El resto, entra totalmente en el campo de la clausura mayor.

Queda clara la idea respecto a este punto. La Santa Sede quiere decididamente que continúen existiendo, en toda su pureza primitiva, las monjas de clausura. Y que predomine en ellas la vida contemplativa. Con preferente dedicación a las obligaciones espirituales. Por eso los votos solemnes, como principal lazo de esta unión con Dios, permanecen en toda su integridad. Y la obligación del rezo en común del oficio divino.

CONJUNCION DE ACTIVIDADES

Los matices que más han de ser objeto de adaptación—«aggiornamento»—en estos otros Congresos similares, son precisamente los externos: el régimen de autonomía y el trabajo monástico. En orden precisamente a garantizar la estabilidad y florecimiento de la institución de las monjas de clausura.

Al hablar de la autonomía surge, naturalmente, el tema de la Federación. Es la palabra que más ha sonado con motivo de los Congresos de religiosas de clausura. El padre Aparicio me vuelve a remitir sobre este punto a las palabras tajantes de la «Sponsa Christa». Mudadas las circunstancias de los tiempos, hay muchas razones que persuaden y exigen la Federación de los monasterios de monjas. Algunos de ellos—no en tan gran número ni con trazos tan sensacionalistas como se han pintado a veces—sufrieron graves crisis económicas y aun sanitarias. Federándose los diversos conventos que tienen la misma regla, lógicamente han de salir beneficiados esos monasterios, con la conjunción de actividades, el conveniente traslado de religiosas de un convento a otro, la ayuda económica, la coordinación de trabajos y otras modificaciones parecidas.

Intento preguntar al padre Aparicio detalles concretos sobre los monasterios que han de integrar la nueva Federación de monjas cistercienses bajo las directrices del delegado de la Sagrada Congregación y previa aprobación de los estatutos por la Santa Sede. Así como del diverso trabajo monástico que en esos monasterios se realiza o va a realizarse.

Pero una hermana conversa interrumpe nuestra breve charla. Va a comenzar la sesión de la tarde, y las abadesas y sus secretarías, con los abades Kleiner y Garreta y otro monje de Poblet—el padre Altisent—que desarrolla una serie de conferencias sobre determinado aspecto canónico, esperan la presencia del padre delegado.

Vuelvo a unirme con mosén Domenech que me espera a la puerta de su casa, contigua al convento.

NUESTRA SENORA. ABADESA PERPETUA

Una tarde fría, impropia del clima barcelonés. Y en las alturas del Tibidabo el frío se nota mucho más todavía. Incluso hay barruntos de nieve.

Pero allí cerca, en la misma falda del monte, el paisaje se aprecia en toda la magnitud de su maravilla. A nuestra derecha, a unos 200 metros, reconozco el campanil del monasterio cisterciense. Vuelve a surgir el tema

de la conversación sostenida una hora antes con el padre Aparicio y con el propio mosén Domenech.

Recuerdo a éste un detalle que apreció en el coro de la iglesia. Junto al sitial de la abadesa me había impresionado un cuadro en relieve que representa a la Virgen con el Niño en brazos. Me pareció que se trataba de una imagen antigua y de considerable mérito artístico.

—Es la Virgen del Coro, Patrona del monasterio. En efecto; es una imagen antigua que ha acompañado a las monjas en sus diferentes vicisitudes desde hace varios siglos. Incluso se le atribuyen hechos milagrosos especialmente de la época de la primera fundación. Las monjas la consideran como su abadesa perpetua. Cuando es elegida una abadesa nueva, su primer cuidado es entregar las llaves del convento a la Virgen del Coro.

Me habla también don Juan de las tres abadesas que ha conocido desde sus tiempos de capellán. Valldoncella y el monasterio de Santa Ana, de Málaga, son los únicos cuya abadesa tiene carácter vitalicio. La madre que actualmente rige los destinos del monasterio barcelonés es doña María Esperanza Suñol y Figueras, cuya bendición abacial fue conferida por el entonces abad general Dom Mateo Quatember, fallecido hace pocos años, y cuyos restos, por disposición propia, descansan en el monasterio de Poblet.

VOLVIERON TODAS

Precisamente en la sesión de esta mañana, madre Esperanza ha sido propuesta como presidenta de la Federación que trata de crearse.

Los nombres de la actual abadesa y del Monasterio de Poblet traen a mosén Domenech el recuerdo de la madre Margarita María Suñol y Baulenas, tía de madre Esperanza y hermana del abad benedictino Dom Gregorio Suñol, muerto no hace muchos años en Roma, donde era presidente del Pontificio Instituto de Música Sacra. A la madre Margarita María, que rigió el monasterio desde 1924 hasta 1945, se debe en gran parte la vuelta de las monjas a Poblet. Durante su mandato coincidió la conmemoración del VII centenario de la fundación de Valldoncella. Pero la fecha no pudo ser festejada solemnemente a su debido tiempo. Era el año 1937.

—Gracias a Dios volvieron todas después de la Liberación. Tanto las que se habían refugiado en casa de parientes y amigos como las que acompañaron a madre Margarita durante su estancia en un monasterio italiano.

Valldoncella había sufrido los consiguientes efectos de la guerra. Poco a poco fué realizándose su restauración. La abadesa mostró una vez más sus dotes de monja emprendedora, y el convento recuperó rápidamente su tradicional carácter, que supo también mantener durante su breve abadiato (1945-1951) la madre Montserrat Reverter, inmediata antecesora de la actual.

La historia del monasterio de Valldoncella y su pujanza actual—aparte de su emplazamiento cercano a Poblet—son los motivos

por los que ha sido elegido para sede de este Congreso.

VALDONCELLA, VESTIDO DE BLANCO

Ha caído la tarde y he de volverme a la ciudad, mientras mo-
sén Domenech regresa a su capel-
lantía.

La mañana del domingo pre-
senta una novedad. El tono gris
de un día frío y nuboso contrasta
con la doble blancura que envuel-
ve a Valdoncella: fuera, la de la
nieve que excepcionalmente ha
caído durante la noche y ha cub-
ierto las estribaciones del Tibi-
dabo; dentro, la de los hábitos
de más de un centenar de monjas
cistercienses que llenan el coro,
dispuestas a oír la misa de ponti-
fical que va a celebrar el cardenal
arzobispo de Tarragona.

El cardenal, revestido ya, baja
del altar mayor al coro. Las 65
monjas de Poblet y las 42 con-
grecistas esperan de pie al pur-
purado y sus acompañantes. Tras
las rejas se van acercando de dos
en dos para recibir la bendición
y el asperges ritual. Durante la
misa, cien voces femeninas sal-
modan el canto gregoriano con
impecable gusto. Al ofertorio ba-
ja del presbiterio el diácono e in-
ciensa, también junto a las rejas,
a las monjas, que esperan de pie.
Cuando, al final, despojado el
cardenal de los ornamentos de
la misa, se retira a través del co-
ro, por el interior del convento
hacia la sacristía en desfile pro-
cesional, las verjas permanecen
abiertas hasta que desaparece la
cortina.

En seguida vuelven las verjas a
robricar la separación. Los fieles
van desfilando hacia fuera. En el
coro quedan sonando las voces
monjiles, que entonan los salmos
de sexta y nona.

«CUARENTA AÑOS SIN VER A MI HERMANA

En el patio que une la iglesia
con el convento se agrupan los
visitantes. La mayor parte son
parentes que esperan el regreso
de las monjas del coro para ha-
blar con ellas tras las verjas del
locutorio, que se llena de gente.
Una viejecita se nos acerca.

—Soy hermana de una de las
abadesas que han venido, ¿saben?
De la superiora de San Bernardo,
de Málaga. Se llama sor Patrocinio.
Hacia cuarenta años que no
nos vemos. Desde que ella se
fue al convento. Yo no esperaba
verla más, pues, aunque malague-
ña las dos, hace ya mucho que
me vine a vivir a un pueblo cer-
ca de Barcelona. ¡Quién me iba
a decir a mí que volvería a verla
tan lejos de nuestra tierra y de su
convento!

Frases parecidas se escuchan
en otros corrillos. No es extraño.
Las abadesas han venido de pro-
vincias muy diferentes. Además
de las andaluzas de Málaga—tres
monasterios—hay castellanas, de
Las Huelgas Reales, de Vallado-
lid; San Andrés, del Arroyo (Pa-
lencia); Sacramento y Piedad
Bernarda, de Madrid; Brihuega
y Buenafuente (Guadalajara); de
los tres conventos toledanos, de
Santo Domingo, Casarrubios y
Talavera. Catalanas de Salt (Ger-
ona) y Vallbona de las Monjas
(Lérida). Aragonesas, de Cas-
bas (Huesca) y Santa Lucía (Za-

ragoza). Y Vascongadas, de Ba-
rrio (Alava) y Lazcano (Guipúz-
coa). La abadesa de este último
convento no había salido de él
desde hace más de cuarenta años
ni viajado nunca en ferrocarril.

BORDADORAS, CONFITE- RAS Y FABRICANTES DE GASEOSAS

Varias personas se acercan a la
escalera de la portería. Van a sa-
ludar a los abades Kleiner y Ga-
rreta y el cardenal arzobispo, que
bajan del interior del convento.
Tras ellos, el padre Aparicio. Se
acuerda de nuestra cita anterior
y acude a mi solícito. Viene con
él un señor de abrigo gris, entra-
do en años.

Volviéndose hacia mí me lo
presenta:

—Don Antonio Paulí, un archi-
vo viviente en cuestión de monas-
terios y datos históricos—y aun
canónicos—relacionados con las
monjas.

Charlamos los tres del Congre-
so.

—La sesión de clausura será esta
tarde, y terminará con unas
palebras del cardenal. Pero los
acuerdos ya han sido tomados a
lo largo de las sesiones de toda la
semana. Ahora, como le he dicho
ya, todo ha de someterse a la
aprobación de la Santa Sede. Sólo
cuando vengán aprobados los
Estatutos puede decirse que queda
constituida la Federación, que
integran los monasterios de que
usted tiene referencia.

—La agrupación de Federacio-
nes—tercia don Antonio Paulí—
se hacía necesaria. Yo adminis-
tro muchos conventos de monjas
de distintas Ordenes. Y sé perfec-
tamente las dificultades que
acarrea la rigurosa autonomía.
De ahora en adelante, gracias a
la nueva disciplina canónica es-
tablecida por la «Sponsa Christi»,
disminuirán notablemente.

En realidad, en la mayor parte
de los monasterios han empe-
zado a disminuir de varios años a
esta parte. Desde que se genera-
lizaron las normas pontificias sobre
el trabajo monástico.

Esta es, quizá, con el estableci-
miento de Federaciones, la mayor
innovación de la disciplina actual
en la institución de las «monia-
les». Es verdad que en muchos
monasterios se practicaban ya
trabajos de distinto género. Por
lo que toca a los cistercienses, en
algunos se dedicaban—y seguirán
dedicándose—sus monjas a lab-
res de bordado, confitería, etc.

Son célebres los «suspiros» de
monja fabricados en el convento
aragonés de Casbas. Y las bata-
tillas confitadas de Santa Ana,
de Málaga. Y las gaseosas del
monasterio de Brihuega.

Las monjas de Valdoncella se
han especializado en bordado de
casullas. En el verano de 1953,
con motivo de las conmemoracio-
nes centenarias de San Bernardo
y Santa Clara, se organizó, preci-
samente en Barcelona, una Ex-
posición de labores artísticas rea-
lizadas por monjas de clausura.
Y llamaron poderosamente la
atención las casullas de Valdon-
cella.

—Pero de ahora en adelante se
aplicarán los trabajos—añade el
padre Aparicio—, siempre que en-
cajen en la vida de los monaste-



Las monjas cistercienses durante el
solemne acto religioso

rios. La coordinación de esos tra-
bajos ha sido uno de los temas
más estudiados en el Congreso y
uno de los principales puntos de
mira de la Federación. Hay que
ver la forma de habilitar medios
para que las tareas manuales
puedan desarrollarse normalmen-
te, encontrar modo de colocar los
productos fabricados o dar salida
a las labores realizadas. Todo ello
evitando el carácter excesivamen-
te industrial, antes buscando úni-
camente el acabar con las angus-
tias económicas que forzosamente
acarrearán dificultades, incluso para
cumplir con los fines espiritua-
les de la vida contemplativa.

—Que es, en resumidas cuentas,
el espíritu de la «Sponsa Christi»,
¿verdad, padre?

Regreso hacia Barcelona en
compañía de don Antonio Paulí.

—Una gran parte de las Ore-
nes religiosas femeninas—me di-
ce—han celebrado ya asambleas
para constituirse en Federación.
Comenzaron las salesas en enero
del año pasado. Constituyeron
tres regiones en España, para
agrupar en ellas sus veintitantos
conventos. En el monasterio de
la Encarnación, de Madrid, han
tenido su Congreso después las
agustinas recoletas. Las canóni-
gas de San Agustín, en Palencia.
Y no hace mucho, las capuchinas
de la región catalana se reunie-
ron con el mismo fin en Mataró.

Charlando con don Antonio lle-
go a la calle de Muntaner, donde
tiene su casa. Me hace subir a
ella y me regala cinco o seis fol-
letos, que son otras tantas mono-
grafías con la historia de deter-
minadas Ordenes religiosas o con-
ventos. Entre ellos figura la del
que acabamos de dejar, con las 42
congresistas—abadesas y secreta-
rias—preparadas para la sesión de
clausura.

Dispuestas a regresar a sus res-
pectivos monasterios, espero la
aprobación de los acuerdos toma-
dos.

—La abadesa de Lazcano—co-
mentó—va a hacer su segundo re-
corrido en tren.

Y bastante largo, por cierto.
Gerardo RODRIGUEZ
(Enviado especial.)

LA MISTERIOSA DESAPARICION DEL JUEZ MAYER

ALARMA A TODAS LAS POLICIAS

INSTRUYO UNA CAUSA
CONTRA CUATRO CO-
MUNISTAS ESPAÑOLES
Y EL DIA DEL JUICIO
NO COMPARECE

¿EL JUEZ MAYER CAMINO DE MOSCU?

UN HOMBRE ALEGRE SE
DISPONE A CELEBRAR
BIEN LA ENTRADA DEL
AÑO

LA vispera del fin de año, el juez Mayer felicitó cordialmente a todos sus colegas. A la hija del procurador, pequeña amiguita, la envió de regalo un oso de largo pelo blanco y garras plásticas. Parecía del mejor humor.

En la casa donde se hospeda en Ruan, que pertenece a los esposos Cossart, no se notó nada anormal. A la hora de cenar charló amablemente con ellos, pagó la pensión y pasó a poner en orden—se trata de un hombre meticuloso y exacto—el armario en el que guarda sus ropas. Luego hizo lo mismo con los libros.

Cossart le preguntó:

—¿Cuántos días de permiso?

—Sólo doce.

En casa del procurador, Edmond Mayer habló con todo detalle del itinerario del viaje.

—Iré a tomar el tren a Saint-Pierre-du-Vauvray... será la ocasión de probar la bicicleta de motor que he comprado. Total son 35 kilómetros hasta tomar el expreso a París. Creo—añadió—que me será de mucha utilidad allí... mi domicilio está lejos de la estación de Saint-Lazare.

Nada, pues, daba motivo a creer que unas horas más tarde comenzaría un apasionante misterio.

Todavía antes de marcharse, el juez añadió:

—Si me queda tiempo visitaré a mi madre en Brumath.

Pero la noche de San Silvestre el hombre desaparece sin dejar rastro.

UNA MUJER DA LA ALARMA

El día 2 de enero se presentaba ante M. Aubry, procurador de



la República en Ruan, una enfermera parisisa que venía a saber, directamente, noticias del juez Mayer.

Se trataba de una mujer morena, delgada, de ojos inquietos. En Ruan, sobre todo sus colegas, se sabe que el juez tenía en París una amiga con la que vivía desde tres años antes. La calle, «que está lejos de la estación de Saint-Lazare», es Simón Bolívar. El número, el 66.

El magistrado, sorprendido, la dice:

—El juez salió el viernes...

—Estoy segura que algo le ha pasado. Edmond no ha venido a casa.

Se llama, antes que a nadie, a Brumath, en el Bajo Rhin, donde vive la madre. Allí no se ha presentado.

—Y mañana—dice inesperadamente la enfermera—cumple cincuenta y tres años. Teníamos preparada una bonita fiesta.

Odette Blancard, nerviosa, obliga al procurador Aubry a hacer rápidamente unas gestiones con Saint-Pierre-du-Vauvray. Los empleados no tienen un solo fallo:

—Ningún velomotor ha sido facturado el viernes, 31, para París. Ninguna persona cuyas señas personales correspondan a las del juez Mayer ha tomado allí el tren.

El magistrado, sorprendido, se vuelve hacia Odette Blancard.

—Ninguna noticia.

El mismo M. Audry recorre

Ficha policíaca del juez Mayer, desaparecido en circunstancias misteriosas

personalmente la ruta que debería de haber seguido, según sus propias palabras, el juez Mayer. Se examina toda la orilla izquierda del río hasta Pont-de-l'Arche. Toda la gendarmería está en acción para investigar la posibilidad de un accidente o un asesinato. Pero la nieve que cae con fuerza borra todas las huellas. Cuando los periodistas preguntan a Odette Blancard sus impresiones, contesta lo siguiente:

—Ha tenido que ser víctima de un accidente. Llevamos una vida retirada y Edmond Mayer no tenía amigos...; todos los viernes venía a casa.

—Los viernes y otros días de la semana—dice el procurador, Odette, pálida, lo niega.

Sin embargo, la advierten, siempre que podía marchaba a París para regresar al día siguiente.

—No sabía nada—dice la enfermera.

LA OFICINA POLICÍACA
DE LA RUE DES SAUS-
SAIES

La primera obligación para poner en marcha la investigación es hacer la correspondiente denuncia. El desaparecido en la noche de San Silvestre, comienza a ser poco más que una ficha.

El Cuartel General de los «desaparecidos» está en una calle donde «las investigaciones se realizan en interés de las familias». La calle es la de Saussaies, en el número 225, y aunque Odette Blancard no puede ser considerada como «familia», se cumplen los trámites. Se va llenando sobre el papel la fisonomía del juez. La ficha dice: «Altura, 1,65. Frente despejada, ojos vivos, traje clásico y grave...».

Quien hace la ficha levanta los ojos hasta Odette Blancard.

—Cada año—la dice—desaparecen de Francia 50.000 personas. Aparecen 40.000 solamente.

El director de la Delegación Policiaca, Marcel Delettretz, piensa en muchas cosas sin importancia cuando pasa a estudiar el caso del juez. Tiene M. Delettretz una mirada dulce y un poco burlesca para Odette. Parece decirle: «Estamos acostumbrados. ¿Sabe usted que la gente conoce nuestra casa como la "oficina de las lágrimas?"».

La investigación, hasta ese momento, es una vulgar encuesta. Se trata de un caso vulgar.

Pero el 10 de febrero, la ciudad de Ruan, que sigue su corriente vida de siempre, se sobresalta nuevamente. Y el protagonista es, sin más, un desaparecido.

CUATRO COMUNISTAS ESPAÑOLES EN MEDIO

Cuando en 1950 se prohibió —bien tardíamente—sobre territorio francés, el partido comunista español exilado, comenzó una época de clandestinidad. La Policía puso en comunicación de su Gobierno la existencia de una vasta red comunista, sobre todo en el Sur de Francia, que tenía un verdadero arsenal de armas y municiones. «El peligro—llegó la noticia al Ministerio del Interior—afecta aún a la propia seguridad del Estado francés.»

Entre los detenidos, como consecuencia de las medidas tomadas por Francia, figuraron cuatro españoles: Félix Rodríguez, Juan Lombardo, Juan Belwer y Vicente Herráiz.

El juez que instruyó la causa fue Edmond Mayer. Los expedientes fueron amontonándose y la fecha definitiva del juicio se fijó para el día 10 de febrero, en Ruan.

El caso es que cuando el escribano M. Ansart comenzó a poner en orden el «dossier» de la acusación, comprobó que faltaban dos documentos importantísimos y vitales para la acusación. En los ficheros, los papeles, perfectamente comprobados, llevan los números 130 y 135. ¿Qué ha sido de ellos?

Se buscó por todas las partes. Se revolvió la Audiencia y ya, a última hora, se quiso conocer por los protagonistas la versión de la desaparición. Pero uno de ellos faltaba: era el juez Mayer quien había instruido el sumario.

Inmediatamente, Edmond, juez de Ruan, se convirtió en algo más que un «desaparecido» al que los policías de la rue des Saussaies, buscaban entre 10.000 nombres más.

La investigación pasó a la D. S. T., la Policía secreta del Ministerio del Interior y, por razones que son obvias, a la Interpol, es decir, a la Policía federada y



Un acto de sabotaje comunista en Rouen, contra un centro de beneficencia

organizada para ayudarse más allá de las fronteras.

UN JUEZ CON DOBLE VIDA

Mientras por un lado se persigue una sombra, un hombre que ha desaparecido, la D. S. T. comienza a pulsar, paso sobre paso, la existencia auténtica del juez Mayer. No busca, como la gendarmería, sus huellas en la orilla del río. Lo de menos es la noche de San Silvestre. Lo importante es saber por qué, en determinado momento, un juez francés ha tenido interés en hacer desaparecer documentos que afectan, vitalmente, a la organización comunista. Sobre todo a la española.

Por lo pronto se descubre, y esto arroja la bomba sensacional sobre el «affaire» que el juez Mayer, el metódico y organizado magistrado de Ruan, es en el París galante de la noche, un hombre nuevo al que «los habituales» conocen nada más que como «Edmond».

La primera sorprendida es Odette Blancard.

—¿Cómo es eso posible?—pregunta.

—¿Quién le proporciona el dinero para poder vivir esa doble existencia?—inquire, a su vez, la Policía secreta, que conoce bien, demasiado bien, que el sueldo de un juez le imposibilita totalmente para esos despilfarros. Esto último es cosa sabida, además, para todo el mundo. En los momentos actuales se está desarrollando en Francia una campaña enorme para la reforma de la Justicia francesa y se han dado a conocer datos impresionantes: los jueces y los magistrados apenas pueden mantener a sus familias.

Sólo el juez Mayer parece tener dinero abundante. Aunque en Ruan haga una vida mediocre, meticulosa, dentro de un cuadro escasísimo de posibilidades económicas.

Se descubre, entre sus amistades, gentes de vida azarosa o bajo el peso de la ley. Aparecen, también, amigas sospechosas. Es decir, Odette Blancard tiene competidoras.

La Policía va aumentando constantemente el «dossier» del juez Mayer. Se descubre que es una figura de los bajos fondos de Montparnasse. Cuando se pregunta a los camareros de los bares de Pigalle todos le recuerdan: «Edmond» es su nombre de aventura.

Nada más llegar a San Lázaro, nada más pisar la gran estación, el juez Mayer se transformaba para adaptarse, como una piel nueva, su personaje favorito.

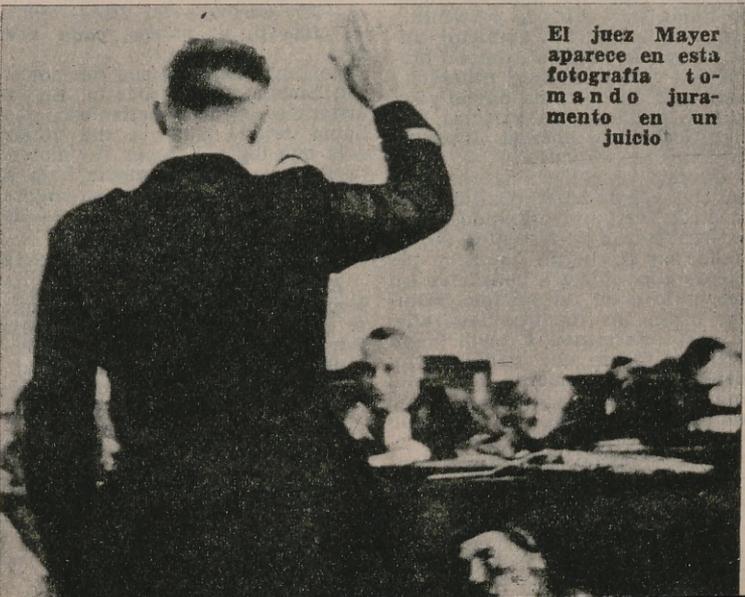
La investigación policiaca va comprobando que el círculo de sus amistades, aparentemente frívolas, guarda estrecha relación con los bajos fondos de la política clandestina.

Alguien avanza una hipótesis: el juez Mayer es un hombre-informe. Pero ¿para quién?

Comienza entonces a organizarse la encuesta hacia atrás. Se realiza por la Policía una vasta operación retrospectiva que coloca ante el director general de la D. S. T. la figura completa del hombre. Su historia íntima.

MAGISTRADO Y AGENTE DE NEGOCIOS OSCUROS

A los dieciocho años, Edmond Mayer abandonaba la Alsacia natal para continuar sus estudios en la Universidad de Dijón. Cuan-



El juez Mayer aparece en esta fotografía tomando juramento en un juicio

do termina la carrera de Derecho, su primer empleo es en Amiens, luego en Chateau-Thierry. Son los años oscuros del juez.

Cuando comienza la guerra está en Thionville. Ya está casado. La mujer, alsaciana como él, extremadamente joven, le sigue hasta la Francia libre.

Pero desde 1945 la historia se va ensombreciendo. Separado de su primera mujer con la que ha tenido una hija, a quien las leyes dejan al amparo de la madre.

Inmediatamente contrae matrimonio nuevamente para divorciarse rápidamente. Es el juego de coger la cola con los dientes. Sin embargo, sigue siendo para sus colegas el hombre formal que conocían últimamente en Ruan.

Cuando llega la liberación está algún tiempo en París en una sección especial. La sección quinta, especializada en robos y abusos de confianza. Es por ese tiempo en el que un suceso importante se cruza con la vida de Mayer.

UNA MUJER MUERE SOSPECHOSAMENTE

Se habían conocido mucho antes, «casi una veintena de años antes», ha dicho la hermana de Marta, Pero en 1948 volvieron a encontrarse.

La mujer era Marta Cailleux. En el momento de encontrarse con ella, en 1948, acababa de morir su marido, un hombre llamado Corde, que poseía una oficina de negocios en el arrabal de Saint-Antoine. Marta animó al magistrado a que se hiciera cargo de los oscuros negocios del marido y, por ese tiempo, pide la excidencia en el Cuerpo.

—Tres semanas después del encuentro mi hermana caía enferma—dice M. Cailleux—y era admitida en el hospital de beneficencia.

Con esas palabras alude el hermano de Marta Cailleux al hecho de que, aun contando con dinero efectivo, la mujer tiene que ser atendida en un establecimiento para los pobres. ¿Qué hace Mayer? Frío, indiferente, cuida de su negocio entablando desde él unas relaciones y unas deudas que le perseguirán, más tarde, implacablemente.

Mientras tanto, Marta, que se ha recobrado de la enfermedad, regresa a su casa, pero condicionada a un régimen. Diariamente tiene que ser atendida con inyecciones hasta que, en noviembre de 1950, fallece en el hospital de Garches. Durante todo ese tiempo había sido cuidada y atendida como indigente. Sin embargo antes de morir envía a Edmond Mayer las procuraciones necesarias para que quede como dueño y señor de la oficina de negocios. Ello significaba, por encima, unos seis millones de francos.

Cuando se verifica la autopsia del cadáver de Marta Cailleux los médicos ven, sorprendidos, que existen trazas persistentes de arsénico en el cuerpo. Nada, a pesar de ello, obliga a pensar en un asesinato o en un suicidio. «Quizá, dirán los médicos es reflejo de determinadas medicinas.» Principalmente que nadie se ha detenido a considerar que una mujer en relativa buena posición muera abandonada en un hospital de la Beneficencia.

El hermano de Marta ha con-

tado con verismo impresionante sus observaciones a su llegada a París:

—Edmond Mayer no asistió a los funerales, y cuando tres semanas más tarde fui al arrabal Saint-Antoine para ver en qué situación habían quedado sus negocios, me encontré con nuevas caras. El negocio lo había vendido Edmond Mayer en varios millones.

LA VUELTA DEL HIJO PRODIGO

Deshecho el negocio, dueño del dinero que aquél le produjo y de «avances» económicos de los clientes, Edmond Mayer piensa, nuevamente, en la vuelta al Consejo de la Magistratura. Es un poco el regreso del hijo prodigo.

Sus amigos y sus colegas le preguntan e inquieran de su tiempo dedicado a los negocios.

—Tengo—les había dicho—mu-cha inesperienza para esas cosas.

Nadie supo ni una palabra de Marta Cailleux ni de su misteriosa muerte indigente y miserable. Nadie supo, tampoco, que el arsénico jugó su papel.

Obtenido el reingreso fué destinado, inicialmente, a Thionville y más tarde a París. Es, un poco, el recorrer los lugares de años atrás. Las viejas caras.

Su último puesto lo alcanza en Ruan. Nombrado juez de instrucción de la antigua ciudad, tiene que llevar la causa contra los cuatro comunistas españoles. Nadie, en absoluto, cree que el juez Mayer lleve otra vida o tenga, a sus espaldas, un pasado oscuro. Su personalidad aparece limpia. Se le ve pasear, a horas metódicas y exactas cada día. En la casa donde vive, a los esposos Cos-sart, aun hoy, no les entra en la cabeza que «su» juez sea el alegre «Edmond» de Montparnasse.

Hábil, fino, ha ordenado antes de marcharse sus viejos libros de Derecho. Nadie sospecha que todo es una máscara brillantemente dispuesta. Que el dinero tan escaso que maneja en Ruan sale de sus bolsillos abundantemente en París. Y su desdoblamiento es tan perfecto que ni aun Odette Blancard, con la que vive en el estudio de Simón Bolívar, 66, desde hace tres años, consigue traspasar su telón de acero.

Su madre, que vive, como ya hemos dicho, en Brumath, en el número 2 de la calle del General Rampont, contesta a la Policía con una carta que recibió el día 30 de diciembre:

—Me escribía—les dice— todos los días o, al menos, cada dos días.

No sabía nada de sus relaciones con Marta ni con Odette. En la distancia, el hijo meticuloso, que había dejado morir a una mujer a la que iba a heredar sin molestarse en ir durante media hora a sus funerales, cuenta a su madre las líneas sencillas, regulares de una vida sin doble fondo.

«DINERO POLITICO»

Antes de marcharse, el juez Mayer—eso es al menos lo que se dice— ha escrito al Consejo Superior de la Magistratura, comunicando alguna cosa importante. ¿Qué es ello? El secreto profesional, auténticamente riguroso, cierra los labios.

Mientras tanto, la Policía mueve sus pasos en torno a la sor-

prendente abundancia de medios económicos con que contaba el juez. ¿De dónde salían?

No, desde luego, de los acreedores del viejo negocio de Marta Cailleux, que era poco para el régimen de vida del magistrado. Las pesquisas de la Policía, sobre todo su fino instinto en estas cuestiones, han llevado la convicción al ánimo de todos de que se trata de «dinero político».

Hasta el momento se sabe, con toda certeza, la desaparición de dos piezas esenciales en el proceso de los cuatro comunistas españoles, pero, ¿se trata de un caso aislado?

La vida íntima y verdadera de Edmond Mayer, «oficialmente» grave y ordenado ciudadano francés, garantizan lo contrario. Por lo menos invita a pensarlo.

En principio parece decidida su vinculación con los partidos comunistas. Si a ellos les vendían tan notables piezas de los expedientes de los procesos su desaparición puede tener, en los momentos actuales, dos explicaciones: la primera es que, la próxima apertura del proceso—el 10 de febrero— contra los cuatro españoles, le asustó y puso pies en polvorosa. La segunda, que hay que tener en cuenta que los acreedores del arrabal de Saint-Antoine le perseguían obstinadamente, llegó a temer que el escándalo estallaría de una forma u otra, e inmediatamente que se realizara una investigación decidida se descubriría su doble juego.

¿LOS DOCUMENTOS Y EL JUEZ MAYER TRAS EL «TELÓN DE ACERO»?

En los momentos actuales, escapándose de la investigación, comienza a abrirse paso la creencia de que el juez Mayer, como los documentos 130 y 135, han desaparecido tras el «telón de acero».

Así desaparecieron un día los diplomáticos Burgess y Mac Lean y otros muchos, incluido Pante-corvo, el investigador atómico de quien precisamente los días pasados se han tenido noticias.

Unos y otros, como el juez Mayer, salieron un día de excursión, desaparecieron en cualquier localidad sin dejar rastro y, meses después, por el mismo misterioso procedimiento, lo hacían sus familias. Si ello fuera así comenzaría con la evasión del juez Mayer, ocurrida en los momentos que se proclama en Francia la crisis del Régimen, la Justicia y el Ejército; un nuevo y formidable escándalo. Vendría a demostrar, al fin y a la postre, algo bien claro: cómo el soborno comunista ha vencido y llegado a las instituciones claves. Quizá cuando termine en su totalidad la investigación, si el juez Mayer no aparece, se hagan evidentes muchas cosas más que los franceses van aprendiendo poco a poco. Por ejemplo: que la defensa de un país, en los momentos actuales, se realiza atendiendo a un supuesto bien sencillo: el partido comunista es una organización al servicio de una potencia extranjera. Tales son, en los momentos actuales, las consideraciones que, con motivo de la desaparición del juez Mayer—uno de los 10.000 desaparecidos anuales—, hace la Prensa francesa.

También puede ser que el juez Mayer se haya echado novia.

TIERRA SANTA, CAMPO DE MARTE

HISTORIA SECRETA DE ISRAEL



SE PREPARA UN SEGUNDO "ROUND" ENTRE ARABES Y JUDIOS

DIAS antes de producirse en Gaza el grave incidente fronterizo egipci-israelí, que ha vuelto a crear una peligrosa tensión internacional en Oriente Medio, donde, como una vez dijo Wendell Willkie, «se almacena la pólvora suficiente para hacer volar el techo del mundo», llegó a nuestro poder un folleto editado en El Cairo, en lengua inglesa, con el título siguiente: *The Story of Zionist Espionage in Egypt (La historia del espionaje sionista en Egipto)*.

En el prólogo de esta *Historia* se dice lo siguiente: «El proceso de los trece prisioneros por un Tribunal militar, acusados de sabotaje, arroja nueva luz sobre la actitud de Israel para con Egipto y sobre los crímenes planeados contra este país.

Mientras los israelitas hablan de paz con el mundo árabe, no sólo rompen el armisticio con sus casi diarios asaltos, sino que van más allá, reclutando centenares de agentes (financiados por medio del sistema internacional de mendicidad, que Israel ha inventado y convertido en un arte), dispersándolos a través del mundo árabe para cometer actos de sabotaje, destruyendo vidas de gentes inocentes, haciendo palmarlo que la seguridad y la paz no están bien establecidas en Oriente Medio.

Los recientes atentados cometidos en Egipto demuestran que un gran número de incidentes considerados antes como demasiado insignificantes para merecer la atención del Estado eran de hecho instigados por agentes sionistas, para dar la impresión de que el Gobierno de Egipto es incapaz de mantener la ley y el orden.»

Sigue a continuación el relato de la criminal actuación llevada a cabo por los agentes sionistas en Egipto con las confesiones de los procesados y una serie de conclusiones:

«Las confesiones de los acusados demuestran que cometieron sus crímenes contra Egipto por las siguientes razones:

1.ª Minar las negociaciones angloegipcias.

2.ª Crear una ruptura entre América y Egipto.

3.ª Instigar a la comisión de disturbios contra el Gobierno egipcio.

Las confesiones también revelaron que:

1.º Los acusados fueron adiestrados en los elementos del sionismo, y en los principios del espionaje, sabotaje y terrorismo, en Israel.

2.º La Organización israelí que operaba en Egipto comenzó sus actividades en 1951.

3.º Los acusados no son egipcios en el verdadero sentido de la palabra, a pesar del hecho de que algunos de ellos nacieron en Egipto, ya que pertenecen a familias de nacionalidad no egipcia.»

TIERRA SANTA, CAMPO DE MARTE

Todos los alegatos y documentos reunidos en esta *Historia del espionaje sionista en Egipto* revelan con harta elocuencia un hecho inútilmente soslayado en las conferencias internacionales donde son examinadas las situaciones que pueden alterar o poner en peligro la paz del mundo. Ese hecho es la irreconciliable hostilidad existente entre el Estado de Israel y el mundo árabe, sólo temporalmente paliada por un armisticio precario, que se romperá cualquier día. El sangriento incidente de Gaza, ocurrido en la noche del 28 de febrero al 1 de marzo, y que costó a los egipcios 39 muertos (dos, civiles) y 30 heridos (dos, civiles), y a los israelíes ocho muertos y 13 heridos no es el comienzo, sino el remate de una continuada serie de escaramuzas fronterizas en las que siempre hay algún muerto

anónimo del que nadie o casi nadie se ocupa. De vez en cuando nos enteramos de que los israelíes cometen una carnicería en Qubia (53 árabes muertos) o de que los árabes vuelan una «pipe-line» en alguna parte. Nada más.

Y un día sucederá lo irremediable. Las hostilidades, suspendidas desde hace seis años, volverán a estallar y a encender la guerra en Tierra Santa, pese a todos los «cinturones de seguridad» colocados en torno a esta larvada guerra bíblica, en la que un pueblo, el árabe, lucha contra una tremenda injusticia histórica, y otro pueblo, el judío, lucha contra un destino trágico: el de la dispersión, el de la diáspora.

Merece la pena reconstruir esta historia, que no se ha cerrado, que aun tendrá un dramático epílogo de sangre y fuego.

LA DECLARACION BALFOUR

La cosa empezó, hace muchos años, con la empresa sionista y el sueño de crear un hogar nacional judío. En el libro *La experiencia y el error*, de Ham Weizmann, verdadero fundador de la República de Israel, pueden leerse estos párrafos reveladores: «Neces-

Campaña
to de la
Legión Árabe



sitábamos la ayuda de una gran potencia... y fué Inglaterra la que nos concedió su apoyo y su benevolencia... En el VI Congreso Sionista, cuyas sesiones se celebraron en Suiza, Mr. Herzl (Theodor Herzl fué el fundador del sionismo político) se levantó para anunciar a todos los judíos del mundo que Gran Bretaña, y sólo ella entre todos los Estados del mundo, había reconocido a los judíos como una nación que tenía un carácter de independencia propio... Herzl leyó una carta escrita por lord Laterson, representante del Gobierno británico. Esta carta nos ofrecía la tierra de Uganda como hogar nacional.

«Los miembros del Congreso aceptaron esta oferta, pero la matamos y la enterramos sin ruido.»

Los judíos, en efecto, no querían un hogar nacional en Uganda, sino en su bíblica tierra, en Palestina. Cuando lord Balfour, secretario del Foreign Office, preguntó a Weizmann por qué no habían aceptado los judíos fundar su hogar nacional en Uganda, la respuesta del famoso químico y padre de la República israelí contestó:

—¿Qué replicaría usted si alguien le dijese que se fuese a vivir en París en lugar de hacerlo en Londres?

Después vino la famosa Declaración Balfour. Decía así:

«2 de noviembre de 1917.

Querido lord Rothschild:

Tengo un gran placer en participar a usted, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía con las aspiraciones sionistas de los judíos, que ha sido sometida al Gabinete y aprobada:

«El Gobierno de Su Majestad ve favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mayores esfuerzos para facilitar la realización de este objeto, bien entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y estatutos políticos de que gozan los judíos de cualquier otro país.»

Al terminarse la primera guerra mundial, Inglaterra asumió el mandato sobre Palestina por delegación de la Sociedad de Naciones. Los sionistas hicieron presión sobre lord Curzon, sucesor de lord Balfour en el Foreign Office, para que en el proyecto del mandato figurase una frase que obligase a Gran Bretaña a reconocer la promesa hecha en la Declaración Balfour.

Los sionistas se salieron con la suya. Dictaron incluso la frase: «Y el reconocimiento de los derechos históricos de los judíos en Palestina.»

Lord Curzon, más diplomático que Balfour, la «suavizó» un poco pensando en la reacción que iba a producirse entre los árabes:

«Y el reconocimiento de las relaciones y de las vinculaciones históricas de los judíos en Palestina.»

LA HISTORIA SECRETA

Esta es la historia «oficial» que anda por los textos. Pero, ¿hay una historia secreta en la crea-

ción de un hogar nacional judío?

Desde que se publicaron los famosos «Protocolos de los sabios de Sión», considerados por unos como auténticos y por otros como apócrifos, mucho se ha escrito y mucho se ha hablado sobre esta «historia secreta» que precedió al natalicio del nuevo Estado de Israel. Es aconsejable, pues, la cautela. Pero quiero aducir aquí algunos testimonios de calidad sobre el caso.

Por el año 1948 fui citado en un hotel de Madrid por un escritor suizo llamado Severin Reinhart (su verdadero nombre es René Sonderegger). Acababa de publicar un libro titulado «Spanischer Sommer» («Verano español»). En este libro, Sonderegger o Reinhart aportaba unos curiosos—y sensacionales—documentos sobre la ayuda que determinados banqueros judíos habían prestado a Hitler para su ascensión al Poder.

En su maleta de viaje, abierta sobre una cama, René tenía los documentos originales. Me permitió que les echase un vistazo. Parecían auténticos.

Después hablamos del Estado de Israel, y Reinhart-Sonderegger me dijo poco más o menos lo siguiente:

—Detrás de esa creación artificial del Estado de Israel hay una gigantesca empresa judía e imperialista. A banqueros como Warburg, Loeb, Seligmann y otros les importa un rábano el que los hombres de su raza encuentren o no un hogar nacional judío en Palestina. Lo que les interesa a ellos son los recursos minerales que hay en el mar Muerto.

Yo me quedé bastante sorprendido; pero pensé que no sería muy descabellado pensar que, tratándose de judíos, detrás del soñado hogar palestino hubiese también vastos intereses económicos.

No he vuelto a ver a René Sonderegger-Severin Reinhart. Pero en el tiempo transcurrido desde entonces he tropezado con otros dos testimonios de calidad que abundan en aquella historia del mar Muerto.

Un testimonio es el del propio Gamal Abdel-Nasser, jefe del Gobierno egipcio. En su librito «La Philosophie de la Revolution», Nasser escribe lo siguiente: «Israel no era más que el recién nacido del imperialismo... Si Palestina no hubiese caído bajo mandato británico, el sionismo jamás podría haber concebido la idea de un hogar en Palestina, y en cualquier caso esta idea habría sido una utopía desprovista de toda posibilidad de realización.»

LA RIQUEZA DEL MAR MUERTO

Si, ¿Por qué Inglaterra apadrinó esta peregrina idea, expresada tan imprudentemente por lord Balfour? Hojeando dos libros llegados a mis manos no por pura casualidad, pues uno de ellos me fué enviado desde los Estados Unidos por un general del Ejército americano al que conocí en Madrid cuando estaba preparando un libro sobre nuestra guerra civil. En estos dos libros

volví a encontrarme por segunda vez con el asunto de la riqueza mineral del mar Muerto.

En uno de estos dos libros—«El misterio del Estado de Israel», por Arthur Roberts—se hace el autor la siguiente pregunta: «No es posible que haya algo muy particular acerca de Palestina que haga pensar a ciertos poderosos banqueros que para ellos vale la pena promover un hogar nacional para los judíos en aquel país—por razones puramente personales y materialistas de su interés?»

Un poco más adelante dice: «En 1925, los agentes de la Corona para las colonias editaron, en interés del Gobierno de Palestina, una publicación titulada «Producción de minerales en las aguas del mar Muerto», en cuya página 2 aparece lo siguiente:

«De las cifras anteriores se deduce que las cantidades de sales del mar Muerto son, aproximadamente:

| | Toneladas métricas |
|---------------------------|--------------------|
| Cloruro de potasio | 2.000.000.000 |
| Bromuro de magnesio | 980.000.000 |
| Cloruro de sodio | 11.000.000.000 |
| Cloruro de magnesio | 22.000.000.000 |
| Cloruro de calcio | 6.000.000.000 |

La riqueza mineral de las aguas del mar Muerto se calculan en cinco trillones de dólares. Nada menos.

Lo más curioso del caso es que el folleto que revelaba estas cifras desapareció misteriosamente de la circulación. Al parecer, todos los ejemplares fueron destruidos, a excepción de los que quedaron en el Museo Británico, en la Oficina Colonial y en la Cámara de los Comunes.

En el otro libro a que aludía más arriba, «The Zionists», editado por la Armstrong Foundation, Fort Worth, 9, Texas, después de señalarse los hechos y las cifras indicadas se añade: «Estas grandes concesiones fueron hechas en primer lugar por el secretario británico de Colonias al sionista ruso Moise No vemeysky, en 1923, y finalmente otorgadas el 1 de enero de 1930, por la Cámara de los Lordes a la Palestine Potash Limited... Esta Compañía está integrada íntegramente por judíos sionistas americanos, británicos y rusos.»

LA OCASION PERDIDA

La verdad, toda la verdad sobre este asunto no estamos nosotros en condiciones de revelarla. Pero las palabras de Nasser, combinadas con las de René Sonderegger, pueden contener todo o casi todo el «misterio de Israel»: una criatura del imperialismo de ciertas potencias y de las finanzas judías internacionales, apoyada en los sueños de «Hogar» de los sionistas sentimentales y a costa de los árabes palestinos.

Al terminarse la segunda guerra mundial, los judíos, diezmarados en Europa central, emigraron en masa a Palestina reclutados violentamente con el apoyo de varias organizaciones terroristas la creación del Estado de Israel. Esta historia es también «oficial» y sus episodios es-

tán lo suficientemente recientes para que nos tomemos la pena de recordarlos.

Inglaterra tuvo que retirarse de Palestina bajo una oleada de terror. En la lucha entre el imperialismo británico y el oro judío triunfó este último. Y el mismo día que Ben Gurion proclamaba el nacimiento del Estado de Israel, en Tel-Aviv (14 de mayo de 1948), seis cazas «Spitfire», de fabricación británica y tripulados por pilotos egipcios, bombardeaban la nueva capital israelí. Comenzó aquella guerra confusa y desesperada, para la que los Ejércitos árabes no estaban preparados.

Sobre las incidencias de aquella lucha no podemos extendernos, porque ello nos robaría demasiado espacio. La guerra la perdieron los Estados árabes, y fueron las Naciones Unidas las que consagraron el reparto de Palestina. Y así, el 24 de febrero de 1949, Israel y Egipto firmaron el armisticio en Rhodes, tras largas y difíciles negociaciones, llevadas a cabo bajo la dirección del norteamericano Ralph Bunche, sucesor del asesinado conde de Bernadotte. La cláusula principal de aquel armisticio decía que las fuerzas judías ocuparían el desierto del Negeb, conquistado en el curso de las últimas batallas.

El armisticio con la actual Jordania exigió cinco semanas de negociaciones, también en la isla de Rhodes, firmándose el 3 de abril de 1949. El armisticio con el Líbano (23 de marzo) se firmó en el puesto de Policía de fronteras de Ras el Nakura... Para «suavizar» las inevitables fricciones que habrían de producirse en una geografía caótica basada en el reparto del 29 de abril de 1947, quedaba como gendarme sobre el suelo ensangrentado de Palestina, la Comisión de Armisticio de las Naciones Unidas, que el 11 de mayo de 1949 admitió como país miembro al recién nacido Estado de Israel (37 votos a favor contra 12 y nueve abstenciones).

CIEN MIL REFUGIADOS

La creación del hogar judío se hizo a costa de dejar sin hogar a unos 100.000 árabes. El problema de los refugiados árabes ha sido la peor y la más peligrosa secuela de la partición de Palestina. Son 100.000 personas expulsadas de sus casas y de sus tierras, obligadas hoy a vivir en tiendas de campaña, de la caridad y de los donativos, siempre insuficientes, de varias Sociedades filantrópicas. La única previsión que no se cumplió de la «Declaración Balfour» fué aquella de que «no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina». Tampoco fué atendida aquella resolución de la O. N. U. que recomendaba al Consejo de Seguridad que adoptase las medidas necesarias para el regreso de los refugiados árabes. En este sentido no se ha hecho absolutamente nada, y se comprende que este gravísimo problema actúe con una enorme presión sobre el conjunto del estado de la cuestión en Tierra Santa. Han sido los refugiados

árabes de Gaza los que estuvieron a punto de enconar la tensión entre Egipto e Israel al grito de «¡Queremos armas y no ropas!» Y serán estos refugiados quienes, ahora y siempre, constituirán la fuente de un nuevo conflicto árabeisraelí.

Esto y la arbitraria partición geográfica de Palestina es lo que ha hecho imposible hasta la fecha, y lo que hará seguramente imposible en el futuro, una verdadera paz entre el mundo árabe y el nuevo Estado judío. Ni implícita ni explícitamente ha reconocido a qué la existencia oficial de éste, y a nadie se le oculta que en los pueblos y ciudades árabes de todo el Oriente Medio se está fraguando lentamente la «revancha» o la reparación.

El mundo ha tenido ocasión de lamentar y tendrá todavía muchas más ocasiones de hacerlo, si Dios no lo remedia, el que el esfuerzo hecho a última hora por el señor Warren Austin, delegado de los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, para detener el funesto proyecto de reparto de Palestina, sustituyéndolo por un régimen internacional de tutela, fracasase.

COMUNISMO Y SIONISMO

Esta situación sin salida creada en Palestina por una turbia alianza del imperialismo y del capitalismo judío, y consagrada «a fortiori» por las Naciones Unidas, es la que ha impedido que hasta la fecha el mundo árabe no haya podido integrarse en la organización defensiva del mundo anticomunista. En primer lugar, porque, como dice Nasser en su «Filosofía de la revolución», el Estado de Israel es una criatura más del capitalismo occidental; y en segundo lugar, porque es evidente que hoy Israel es para esos pueblos árabes una amenaza más inmediata que la amenaza comunista, que, por cierto, los árabes suelen relacionar con el sionismo. En el aludido folleto «The Story of Zionist Espionage in Egypt» podemos leer lo siguiente: «Sionismo y comunismo son dos fuerzas distintas con un mismo objetivo político: la dominación mundial. Ambos poderes cooperan secretamente y en público, sin fricciones, ya que al fin el poder será eventualmente para el sionismo... El partido comunista egipcio ha impreso panfletos diciendo que los egipcios no tienen nada que hacer en Palestina, no debiendo interferirse en tal disputa.»

Los hechos son así, y por eso, cuando alguien preguntó en París al secretario general de la Liga Árabe por qué tenía tan poco en cuenta el peligro ruso, aquí contestó:

—Ustedes ven una estrella roja sobre el mar Negro. Nosotros los árabes vemos una estrella amarilla sobre el mar Muerto.

El sentimiento de que Israel, el expoliador, ha nacido de la concupiscencia imperialista occidental se interpone como una sombra en el alma de los árabes cuando se habla de crear un pacto de seguridad prooccidental en Oriente Medio. Fué este afán imperialista inglés el que, decepcionando amargamente a los ára-



Camión egipcio que fué objeto de una emboscada por parte de los israelitas en Gaza

bes en Versalles, llevó a Gran Bretaña a asumir un mandato tras el que estaban los cinco billones de dólares del mar Muerto. «Si Palestina no hubiese caído bajo mandato británico, el sionismo jamás habría podido concebir la idea de un Hogar en Palestina...» Evidentemente, Nasser tiene razón.

EL BECERRO DE ORO Y LA PALOMA DE MAHOMA

En 1951, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos se comprometieron formalmente a mantener la paz en Oriente Medio. El compromiso sigue en pie, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces. Francia, apenas consultada por las otras dos potencias cuando éstas llevan a cabo alguna iniciativa en aquella tormentosa región, está amargada y resentida porque ha perdido toda su influencia en Siria; Inglaterra ha tenido que evacuar el canal de Suez, con lo que su interés en Oriente Medio ha disminuido por lo menos en un 50 por 100; y los Estados Unidos, pese a su buena voluntad y a sus esfuerzos para atraerse a Egipto, pese a la inteligencia y laboriosidad del embajador Caffery, tampoco ha obtenido resultados positivos. ¿Cómo actuarían estas potencias y en qué sentido si un conflicto estallase mañana en las arenas del Negeb, en los alrededores de Gaza o de Beersheba?

Por de pronto, se han zafado de lo ocurrido en Gaza.

Digamos finalmente que la unidad de la Liga Árabe estaba en peligro después de la firma del pacto de defensa mutua entre Turquía y el Irak. Egipto se había pronunciado energicamente contra este «desviacionismo hacia el Oeste». Pero he aquí que el incidente de Gaza ha actuado como un catalizador: el Irak se ha puesto inmediatamente al lado de Egipto, y la federación entre ese último país y Siria se ha precipitado, «quemándose etapas» que normalmente habrían exigido mucho tiempo.

El incidente de Gaza ha servido para poner a prueba la cohesión de la Liga Árabe y también para recordarnos que el armisticio que «tapó las redomas del furor»—para emplear una imagen churchilliana—no es más que un alto en una guerra sin cuartel entre un Estado creado por el oro sionista y sostenido por la Banca internacional judía, y un puñado de pueblos penetrados por el espiritua-lismo musulmán.

El «becerro de oro», en una palabra, contra la paloma de Mahoma.

M. BLANCO GOBIO

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



TIERRA SANTA, CAMPO DE MARTE

SE PREPARA
UN SEGUNDO "ROUND"
ENTRE ARABES Y JUDIOS

HISTORIA SECRETA
DE ISRAEL

Arriba: Soldados árabes en sus puestos de defensa ante Jerusalén.—Abajo: Las mujeres judías también reciben instrucción militar. En la otra fotografía, grupos árabes se apresuran evacuar una zona de peligro, ante los posibles acontecimientos

